BIBLIOTECA
DE
NOVELAS POPULARES

V. HUGO

Han de Islandia.

Tomo primero.

ADMINISTRACIÓN:
CALLE DE VALENCIA, 28
MADRID

BIBLIOTECA

DE

NOVELAS POPULARES

VICTOR HUGO

HAN DE ISLANDIA

NOVELA TRADUCIDA POR

D. EUGENIO DE OCHOA

Tomo primero.

MADRID
ADMINISTRACION
calle de Valencia, 28.

8249—Imp. de Gabriel L. del Horno, San Bernardo, 92. Teléf 19

HAN DE ISLANDIA

I

—¡Para que se vea adónde conduce el amor, vecino Niels! Esa pobre Guth Stersen no estaría ahí de cuerpo presente sobre esa piedra negra, como una estrella marina olvidada por la marea, si nunca hubiera pensado más que en clavetear la barca y componer las redes de su padre, el buen viejo. ¡San Usufo el pescador la consuele en su pesar!

—Pues ¿y su novio?—repuso una voz aguda y temblona.—Su novio, Gill Stadt, ese muchachón que ve usted tendido á su lado, no estaría ahí si, en vez de hacer el amor á Guth y de buscar fortuna en esas malditas minas de Rœraas, hubiera empleado su juventud en mecer la cuna de su hermanito, pendiente de las ahumadas vigas de su cabaña.

El vecino Niels, á quien se dirigía el primer interlocutor, interrumpió:

—Tanto envejece esa memoria como ese cuer-

po, comadre Olly; Gill no tiene ningún hermano, y aun por eso será más cruel la aflicción de la pobre viuda Stadt; porque ya está su cabaña enteramente desierta, y si quiere mirar al cielo para consolarse, hallará entre el cielo y sus ojos su antiguo techo, de donde pende aún la cuna vacía de su hijo, ya hecho hombre, y muerto.

—¡Pobre madre!—repuso la vieja Olly.—Pues, por lo que hace al joven, él se tiene la culpa. ¿Quién le manda hacerse minero en Rœraas?

—En efecto—dijo Niels;—esas condenadas minas se nos llevan un hombre por cada ascalino de cobre que nos producen. ¿Qué decís de esto, compadre Braall?

—Los mineros son unos locos—respondió el pescador.—Para ganar la vida, el pescado no debe salir del agua, y el hombre no debe entrar en la tierra.

—Pero—preguntó un muchacho—¿y si el trabajo de las minas era necesario á Gill Stadt para obtener la mano de su amada?

—Nadie debe exponer su vida—interrumpió Olly—por cosas que no lo merecen.—¡Buen lecho de bodas ha ganado Gill, en efecto, para su Guth!

—¿Conque esa muchacha—repuso otro curioso—se ha ahogado desesperada por la muerte de ese joven?

—¿Quién lo dice?—gritó con voz de trueno un soldado que acababa de abrirse paso por entre la muchedumbre.—Esa muchacha, á quien yo conozco muy bien, era, en efecto, la novia de un minero que murió hace poco aplastado por un peñón en las galerías subterráneas de Storwaadsgrube,

junto á Rœraas; pero era también querida de uno de mis compañeros, y como quiso antes de ayer introducirse furtivamente en Munckholm para celebrar con su amante la muerte de su novio, la lancha que la llevaba zozobró en una peña, y ahogóse la chica.

Elevóse un confuso rumor de voces.—¡Imposible, señor soldado!—gritaban las viejas.—Las jóvenes callaban, y el vecino Niels repetía en tono malicioso al pescador Braall su grave sentencia:—¡Para que se vea adónde conduce el amor!

Iba ya el militar á enfadarse seriamente contra sus contradictoras femeninas. Ya las había llamado *decrépitas brujas de la gruta de Quiragoth*, y no parecían ellas dispuestas á llevar con paciencia tan grave insulto, cuando una voz agria é imperiosa, que decía: *¡Silencio, silencio, viejas chochas!*, puso fin á la contienda. Callaron todos como cuando el súbito *quiquiriquí* de un gallo se eleva entre el cacareo de las gallinas.

Antes de seguir adelante en nuestra escena, acaso no será inútil describir el sitio donde pasaba, que era—ya, sin duda, lo ha adivinado el lector—uno de aquellos lúgubres edificios que la pública piedad y la previsión social consagran á los cadáveres desconocidos, último asilo de hombres que, por lo general, han vivido en la desgracia; donde se presentan el curioso indiferente, el observador adusto ó filantrópico y también amigos y parientes desconsolados, á quienes una larga é insoportable inquietud sólo ha dejado una terrible esperanza. En la época, lejana ya de nosotros, y en el país poco civilizado

adonde he transportado á mis lectores, no se había imaginado todavía, como en nuestras ciudades de fango y de oro, hacer de estos sitios horribles monumentos ingeniosamente siniestros y elegantemente fúnebres. No llegaba á él la luz por una avertura de forma tumular, á lo largo de una bóveda sabiamente cincelada, sobre unas especies de camas donde no parece sino que se ha querido dejar á los muertos algunas de las comodidades de la vida, y donde hay sus correspondientes almohadas para el sueño. Si se entreabría la puerta del conserje de aquellos sitios, la vista, fatigada de ver cadáveres desnudos y repugnantes, no tenía, como hoy, el placer de descansarla sobre elegantes muebles y alegres criaturas. La muerte aparecía allí en toda su hediondez, en todo su horror, y aún no se había intentado adornar su descarnado esqueleto con cintas y guirindolas.

La sala en que se hallaban nuestros interlocutores era espaciosa y obscura, lo que la hacía parecer más espaciosa todavía; no recibía luz más que por la puerta cuadrada y baja que se abría sobre el puerto de Drontheim, y por un agujero del techo de donde caía una luz blanca y espesa con la lluvia, la nieve y el granizo, sobre los cadáveres tendidos perpendicularmente debajo. Aquella sala estaba dividida en su anchura por una balaustrada de hierro de medio cuerpo de alta: penetraba el público en la primera parte por la puerta cuadrada, y veíanse en la segunda seis largas losas de granito negro, dispuestas de frente y paralelas entre sí. Una pequeña puerta

lateral servía en cada sección de entrada al conserje y á su ayudante, cuyas habitaciones ocupaban la parte posterior del edificio, pegada al mar. El minero y su novia ocupaban dos de las losas negras; anunciábase ya la descomposición del cuerpo de la segunda en las grandes manchas azules y rojas que corrían á lo largo de sus miembros en el sitio de los vasos sanguíneos. Las facciones de Gill eran duras y sombrías; pero estaba su cadáver tan horriblemente mutilado, que era imposible conocer si fué en vida tan buen mozo como decía la vieja Olly.

Delante de aquellos despojos inanimados empezó, á presencia de la turba silenciosa, la conversación de que hemos sido intérpretes fieles.

Un hombre alto, viejo y acartonado, sentado con los brazos cruzados y la cabeza baja en un banquillo cojo en el rincón más obscuro de la sala, no había prestado atención alguna á cuanto se había dicho, hasta el momento en que se levantó de pronto gritando:

—¡Silencio; silencio, viejas chochas! Y cogió al soldado por un brazo.

Callaron todos; volvióse el soldado, y soltó una sonora carcajada al ver á su extraño interruptor, cuyo rostro macilento, cabellos escasos y sucios, largos dedos y traje completo de cuero de renjífero (1), justificaban cumplidamente tan jovial acogida. Elevábase entretanto un murmullo en la turba de las señoras mujeres, que quedaron mudas por un instante:—Es el conserje del *Splad-*

(1) Cuadrúpedo de Noruega, algo parecido al ciervo.

jest (1). ¡El maldito guardián de los muertos! ¡El diabólico Spiagudry! ¡El pícaro brujo!

—¡Silencio, ancianas; silencio! Si es hoy día de *sábado*, id corriendo á buscar vuestros palos de escoba, no sea que se escapen ellos solos. Dejad en paz á este respetable descendiente del dios Thor.

Y luego, procurando hacer un gesto gracioso, dirigió Spiagudry la palabra al soldado:

—Iba usted diciendo, camarada, que esta miserable mujer...

—¡Pícaro viejo!—murmuró Olly.—Sí, nos llama *miserables mujeres* porque nuestro cuerpo, si cae entre sus uñas, no le produce, según la tarifa, más que treinta ascalinos, mientras que recibe cuarenta por los huesos y el pellejo de un hombre.

—¡Silencio, ancianas; silencio!—replicó Spiagudry.—¡Vaya, que estas hijas del Diablo son como sus calderas! Cuando se acaloran, han de meter bulla. Diga usted, seor rey de espadas: ese soldado de quien era querida esta Guth, ¿va, sin duda, á matarse desesperado por haberla perdido?

Aquí estalló la explosión, por largo tiempo comprimida.—¿Han visto ustedes qué tunante, bribón, pagano, judío?—gritaron veinte voces agrias y discordantes.—Quiere que se mate el otro pobrecillo, á causa de los cuarenta ascalinos que le produce un muerto.

—¿Y por qué no?—repuso el conserje del Splad-

---

(1) Nombre de aquel edificio destinado á los cadáveres, que corresponde á la *Morgue* de París.

jest.—Nuestro excelso rey y señor Christiern quinto, ¡San Hospicio le bendiga!, ¿no se declara el protector nato de todos los jornaleros de las minas, para con sus miserables despojos enriquecer cuando mueren el real tesoro?

—Es hacer mucho honor al rey—replicó el pescador Braall—comparar el real tesoro con el arca de este osario, y su persona con la de vuestra merced, vecino Spiagudry.

—¡Vecino!—dijo el conserje, indignado por tanta familiaridad;—¡vecino! Diga usted más bien huésped, porque es muy posible que llegue un día, señor ciudadano de la barca, en que tenga que prestaros por ocho días una de mis seis camas de piedra. Pero, dejando esto aparte—añadió sonriendo amablemente,—si hablé de la muerte de ese soldado, fué únicamente con el objeto de ver perpetuarse el uso del suicidio en las grandes y trágicas pasiones que acostumbran inspirar esas doncellas.

—Y, en fin, señor cadáver, guardián de cadáveres—dijo el militar,—¿adónde piensas ir á parar con tu amable visaje, que se parece no poco á la última risa de un ahorcado?

—¡Bien dicho, señor valentón!—respondió Spiagudry.—Siempre dije yo que había más facultades intelectuales debajo del casco del gendarme Thurns, que venció al Diablo con el sable y con la lengua, que bajo la mitra del obispo Isleif, que escribió la historia de Islandia, ó bajo el bonete cuadrado del profesor Shoenning, que hizo la descripción de nuestra catedral.

—En ese caso, si quieres creerme, saquito de

cuero, abandona tus rentas del Spladjest, y ve á venderte al gabinete de Historia Natural del virey, en Berghen. Por San Belfegorio te juro que se pagan allí á peso de oro los bichos raros como tú. Pero, en fin, ¿qué me quieres?

—Cuando los cuerpos que recibo han sido hallados en el agua, tenemos obligación de ceder la mitad de la ganancia á los pescadores. Quería, pues, rogar á vuestra merced, ilustre descendiente del gendarme Thurn, que suplicase á ese pobre cuitado que no se ahogue, y que elija otro género de muerte; cosa que debe de serle indiferente. Espero que no querrá perjudicar en su hora postrimera á un buen cristiano que dará hospitalidad á su cadáver, en caso, repito, de que la pérdida de Guth le impela á cometer ese acto de desesperación.

—Ahí está tu error, caritativo y hospitalario conserje. Mi compañero no tendrá la satisfacción de entrar en esta apetitosa posada. ¿Te parece que no se ha consolado ya con otra mozuela de la pérdida de ésa? Tiempo hacía ya, ¡voto á cribas!, que estaba harto de la tal Guth.

Al decir estas palabras, la tempestad que Spiagudry había logrado un momento antes separar de su cabeza, cayó más terrible que nunca sobre el malandante soldado.

—¡Cómo, qué, picarón, miserable!—gritaron las viejas.—¿Así os olvidáis de nosotras? ¡Para que vaya una mujer de bien á amar á estos canallas! ¿Eh?

Las jóvenes callaban, y aun no faltó quien, bien á pesar suyo, conviniese en que el tal

mala pieza tenía una presencia bastante gallarda.

—¡Oh! ¡Oh!—dijo el soldado.—¿Tenemos aquí una repetición del *sábado?* ¡Terrible debe de ser el suplicio de Belcebú si está condenado á oir semejantes coros una vez por semana!

No sabemos cómo hubiera acabado aquella nueva borrasca si no hubiera atraído en aquel momento la atención general un rumor que llegaba desde la parte exterior del edificio. Crecía el griterío por instantes, y pronto entró tumultuosamente en el Spladjest una turbamulta de chiquillos casi en cueros gritando y saltando alrededor de unas angarillas cubiertas que llevaban dos hombres á cuestas.

—¿De dónde viene eso?—preguntó el conserje á los mozos.

—De las playas de Urchtal.

—¡Oglypiglap!—gritó Spiagudry.

Abrióse una de las puertas laterales, y un hombrecillo de raza lapona vestido de cuero se presentó, é hizo señal á los mozos de que le siguieran.

Acompañólos Spiagudry, y cerróse la puerta antes de que la curiosa multitud hubiese tenido tiempo de adivinar, por lo largo del cuerpo colocado en las angarillas, si era un hombre ó una mujer.

Ocupaba aún este incidente la imaginación de todos, cuando aparecieron de nuevo en la sala Spiagudry y su ayudante Oglypiglap cargados con un cadáver de hombre, que colocaron cuidadosamente en una de las losas de granito.

—Tiempo hace—dijo Oglypiglap—que no han

tocado mis manos tan buena ropa.—Y luego, alzando la cabeza y empinándose sobre las puntas de los pies, colgó encima del muerto un elegante uniforme de capitán.

La cabeza del cadáver estaba sumamente desfigurada, y cubiertos de sangre todos sus miembros: el conserje le roció todo él repetidas veces con un cubo de agua medio roto.

—¡Por el alma de San Belcebú—exclamó el soldado,—que estoy viendo á un oficial de mi regimiento! Veamos. ¿Si será el capitán Bollar? ¿De dolor de haber perdido á su tío? ¡Bah! Es su heredero. ¿El barón Randmer? Ayer perdió su hacienda al juego; pero mañana volverá á ganarla, y con ella, la de su adversario. ¿Si será el capitán Lory, porque se le ha ahogado su perro? ¿Ó el tesorero Strunck, porque su mujer le es infiel? Pero á fe mía que no veo motivo en todo ello para tal desesperación.

Aumentaba la muchedumbre por momentos. Pasaba á la sazón por el puerto un joven que, viendo aquel gentío allí parado, apeóse de su caballo, puso las riendas en manos del criado que le seguía, y entró en el Spladjest. Llevaba un simple traje de camino y un sable á la cintura; cubríale de pies á cabeza una larga capa verde; una pluma negra, prendida en el sombrero á un cintillo de diamantes, le caía sobre el noble semblante balanceándose sobre su frente elevada y sombreada de largos cabellos castaños; sus botas y sus espuelas, cubiertas de fango, anunciaban que venía de lejos.

Cuando entró en el Spladjest, un hombrecillo

pequeño y rechoncho, embozado como él en una larga capa, y metidas ambas manos en dos guantes enormes, respondía al soldado.

—¿Y quién le dice á usted que este hombre se ha matado? ¡Así creeré yo que se ha suicidado él como que se ha quemado por sí solo el resto de la catedral!

Como el alacrán hace dos heridas, esta interpelación hizo nacer dos respuestas.

—¡Nuestra catedral!—dijo Niels.—Ahora están cubriéndola de cobre. Ese miserable de Han de Islandia es el que dicen que le ha pegado fuego para dar trabajo á los mineros, entre los cuales se hallaba su protegido Gill Stadt, que está presente.

—¡Cómo, qué!—exclamaba por su parte el soldado.—¿Osar sostenerme á mí, segundo arcabucero de la guarnición de Munckholm, que este hombre no se ha saltado la tapa de los sesos?

—Este hombre ha muerto asesinado—repuso con frialdad el hombrecillo.

—¡Vaya un oráculo infalible!—respondió el soldado.—Tan perspicaces me parecen tus ojillos de zorra, como tus manazas debajo de los guantazos con que las cubres en mitad del verano.

Brilló un relámpago de cólera en los ojos del hombrecillo.

—¡Soldado, pide á tu patrón que estas manos no dejen algún día la señal de sus uñas sobre tu cara!

—¡Salgamos!—gritó el soldado encendido en cólera.—¡Salgamos! Pero no—añadió en segui-

da,—que no debe hablarse de desafío delante de los muertos.

Refunfuñó el hombrecillo algunas palabras en una lengua extranjera, y desapareció.

—Se le ha encontrado en las playas del Urchtal—dijo una voz chillona.

—¿En las playas de Urchtal?—repitió el soldado.—Esta mañana debió de desembarcar en ellas el capitán Dispolsen, de vuelta de Copenhague.

—El capitán Dispolsen no ha llegado aún á Munckholm—dijo otra voz.

—Se asegura—añadió otro—que Han de Islandia ronda actualmente por esas playas.

—En ese caso, es posible que este hombre sea el capitán—dijo el soldado.—Sí; Han es el asesino, porque todos sabemos que el pícaro islandés asesina de un modo tan diabólico, que sus víctimas parecen muchas veces suicidas.

—¿Quién es ese Han?—preguntó uno.

—Es un gigante.

—Es un enano.

—¿Conque nadie le ha visto?—repuso un tercero.

—¡Chitón!—dijo la vieja Olly.—Dicen que no hay más que tres personas que hayan hablado palabras humanas con él; ese bribón de Spiagudry, la viuda Stadt, y... Pero ha tenido miserable vida y miserable muerte ese pobre Gill, que está presente. ¡Chitón!

—¡Chitón!—repitieron todos en coro.

—Ahora—exclamó repentinamente el soldado—estoy seguro de que ése es, en efecto, el capitán Dispolsen: reconozco la cadena de acero

que le regaló al ponerse en camino, nuestro prisionero, el pobre Schumacker.

El joven de la pluma negra rompió impetuosamente el silencio:

—¿Estáis seguro de que ese es el capitán Dispolsen?

—Seguro, ¡por los méritos de San Beelcebub!—respondió el soldado.

El joven salió del Spladjest al oir estas palabras.

—Llama una lancha para Munckholm—dijo á su criado.

—Pero, señor, ¿y el general?...

—Les llevarás los caballos; yo iré mañana á verle. Haz lo que te mando y calla. Vamos, ya se acerca la noche y tengo prisa; venga una lancha.

Obedeció el criado, y siguió por largo rato con los ojos al joven de la pluma negra, que se alejaba lentamente y majestuosamente de la orilla surcando las aguas.

II

Sin duda sabe ya el lector que estamos en Drontheim, una de las cuatro principales ciudades de Noruega, aunque no era á la sazón el punto en que residía el virrey. En la época en que pasa esta historia (en 1699) el reino de Noruega estaba unido aún al de Dinamarca y gobernado por virreyes, cuya corte era Berghen, ciudad más

grande, más meridional y más hermosa que Drontheim, á pesar del renombre de mal gusto que la daba el célebre almirante Tromp.

Drontheim ofrece una vista agradable desde el golfo á que da su nombre esta ciudad; el puerto, muy ancho, aunque no siempre entran en él los buques con comodidad, sólo presentaba entonces el aspecto de un largo canal, ceñido á la derecha de buques dinamarqueses y noruegos, y á la izquierda de buques extranjeros, división prescrita por decreto del gobierno. Distínguese en el fondo la ciudad sobre una llanura bien cultivada, bajo las altísimas agujas de su catedral. Esta iglesia, uno de los más bellos monumentos de la arquitectura gótica, como puede verse en el libro del profesor Shœnning, tan eruditamente citado por Spiagudry, que la describió antes de que la hubiesen destrozado frecuentes incendios, tenía en su más elevada torre la cruz episcopal, signo distintivo de la catedral del obispado luterano de Drontheim. Encima de la ciudad se ven, en azulada lontananza, las cimas blancas y nebulosas de los montes de Kole, semejantes á los agudos florones de una corona antigua.

En mitad del puerto, á un tiro de cañón de la orilla, se eleva, sobre una masa de peñascos batidos por las olas, la solitaria fortaleza de Munckholm, sombría prisión que albergaba entonces á un cautivo, célebre por el esplendor de sus largas prosperidades y de sus rápidos infortunios.

Schumacker, nacido en un rango obscuro, se había visto colmado de los favores de su señor, y precipitado luego desde el sillón de gran canci-

ller de Dinamarca y de Noruega hasta el banco de los traidores; arrastrado á un cadalso, y sumergido, en fin, gracias á la misericordia real, en un calabozo aislado en el confín de ambos imperios Sus criaturas le habían derribado sin que tuviese derecho para llamarles ingratas. ¿Cómo había de quejarse al ver rotos bajo sus pies los escalones que no alzó á tanta altura más que para elevarse á sí mismo?

El que habiá fundado la nobleza en Dinamarca veía desde el fondo de su destierro, á los que él había hecho grandes, repartirse sus propias dignidades. El conde de Ahlefeld, su mortal enemigo, era su sucesor como gran canciller; el general Arensdorf disponía, como gran mariscal, de los ascensos militares, y el obispo Spollyson ejercía el empleo de inspector de las universidades. El único de sus enemigos que no le debió su elevación, era el conde Ulrico Federico Guldenlew, hijo natural del rey Federico III, virrey de Noruega: éste era el más generoso de todos.

Hacia el triste peñasco de Munckholm se adelantaba lentamente la barca del joven de la pluma negra. El sol descendía rápidamente detrás de la solitaria fortaleza, cuya mole interceptaba sus rayos ya tan horizontales, que el aldeano de las lejanas colinas orientales de Larsynn podía ver pasearse junto á él la so ıbra vaga del centinela colocado sobre la torre más alta de Munckholm.

III

—Andrew, decid que dentro de media hora toquen las oraciones. Sorsyll relevará á Duckness en el rastrillo principal, y Maldivio subirá á la azotea de la torre grande: que haya la mayor vigilancia del lado de la torre del León de Slesvig: que no se olvide disparar á las siete el cañonazo para levantar la cadena del puerto...; pero, no; todavía no ha llegado el capitán Dispolsen; es menester, al contrario, encender el fanal y ver si arde el de Walderhog, como he mandado hoy mismo; sobre todo, que se preparen algunos refrescos para el capitán. ¡Ah! Antes que se me olvide: dos días de calabozo á Toric Belfast, segundo arcabucero del regimiento, por haber estado fuera todo el día.

Así hablaba el sargento de armas bajo la bóveda negra y ahumada del cuerpo de guardia de Munckholm, situado en la torre baja que domina la puerta principal del castillo.

Los soldados á quienes se dirigía dejaron la cama ó el fuego para ir á ejecutar sus órdenes: en seguida todo volvió al mismo silencio que antes.

Resonó entonces en la parte exterior el ruido acompasado y alternativo de dos remos.

—¡Ya será, por fin, el capitán Dispolsen!—dijo el sargento abriendo la ventanilla cruzada de barras de hierro que daba sobre el golfo.

En efecto, llegaba ya una lancha á la puerta de hierro.

—¿Quién va?—gritó el sargento con ronca voz.

—¡Abrid!—respondieron.—Paz y seguridad.

—No se entra. ¿Tenéis la papeleta?

—Sí.

—Ahora lo veremos—respondió el sargento;—y, ¡por vida del santo de mi devoción, que si mentís, he de hacéros catar el agua del golfo!...

Y luego cerrando el postigo, y volviéndose despechado, añadió: ¡Tampoco es el capitán!

Brilló una luz detrás de la puerta de hierro; rechinaron los mohosos cerrojos; alzáronse las barras, abrióse la puerta, y el sargento examinó un pasaporte que le presentó el recién venido.

—Adelante—dijo.—Pero alto ahí—añadió en tono brusco;—deje usted á la puerta el cintillo del sombrero: no se entra con alhajas en las prisiones de Estado. El reglamento dice «que el rey y los miembros de la familia del rey, el virrey y los miembros de la familia del virrey, el obispo y los jefes de la guarnición, son los únicos exceptuados de esta regla». ¿Supongo que no tenéis ninguna de estas cualidades?

El joven, sin responder palabra, desprendió el proscripto cintillo, y se lo dió en pago de su trabajo al pescador que le había traído; éste, temeroso de que se arrepintiera de su generosidad, se apresuró á interponer un espacio considerable entre el bienhechor y el beneficio.

Mientras el sargento, murmurando entre dientes de la imprudencia de la Cancillería que así prodigaba las papeletas de entrada, colocaba en

su lugar las pesadas barras y hacía resonar sobre las gradas de la escalera de caracol del cuerpo de guardia los tacones de sus enormes botas, el joven de la pluma negra, después de haberse embozado de nuevo en su capa, atravesaba á pasos precipitados la negra bóveda de la torre baja, luego la plaza de armas, luego el sotechado de la artillería, donde yacían por tierra algunas antiguas culebrinas desmontadas, que aún pueden verse en el museo de Copenhague, y de las cuales le obligaba á alejarse el imperioso grito de un centinela. Llegó al rastrillo principal, que le fué franqueado apenas enseñó el pergamino; entonces, seguido de un soldado, cruzó, siguiendo la diagonal sin equivocarse y como persona acostumbrada á aquellos sitios, uno de los cuatro patios cuadrados que flanquean el gran patio circular, de cuyo centro sale el enorme peñasco redondo donde se elevaba á la sazón el castillejo llamado *Torre del León de Slesvig*, á causa del largo cautiverio que en él hizo sufrir Ralfo el Enano en otros tiempos á su hermano Joatham el León, duque de Slesvig.

No es nuestro intento dar aquí una descripción de la fortaleza de Munckholm con tanto más motivo cuanto el lector, encerrado en una prisión de estado, acaso temería no poder *escaparse por el jardín*. Y no serían muy fundados sus temores, porque la torre del León de Slesvig destinada á prisioneros de alta categoría, les presentaba, entre otras comodidades, la de pasearse en una especie de jardín silvestre bastante capaz, donde crecían entre las rocas alrededor de

la alta prisión, y en una cerca de grandes muros y enormes torres, multitud de acebos, tejos y pinos centenarios.

Luego que hubo llegado al pie del peñasco redondo, subió el joven por las gradas groseramente esculpidas en la peña que se alzan tortuosamente hasta el pie de una de las torres de la cerca, en la cual una poterna abierta en su parte inferior, servía de entrada al castillo. Tocó allí con toda la fuerza de sus pulmones un cuerno de cobre que le entregó el encargado de vigilar el rastrillo principal.—¡Abrid! ¡abrid!—gritó una voz desde lo interior;—¡será sin duda ese maldito capitán!...

Abrióse la poterna, y vió el recién llegado en el interior de una sala gótica, débilmente alumbrada, á un joven oficial muellemente reclinado sobre un montón de capas y de pieles de renjífero, junto á una de aquellas lámparas de tres mechas que suspendían nuestros mayores á los casetones de sus techos, y que por el momento hallábase en el suelo. La elegante riqueza, y aun la excesiva afectación de sus vestidos, contrastaban con la desnudez de la sala y pobreza de los muebles; tenía un libro abierto en la mano, y volvió algún tanto la cabeza hacia el recién llegado.

—¿Es el capitán? ¡Salud, capitán! Muy lejos estaría usted de creer que hacía esperar á un hombre que no tiene el honor de conocerle; pero nuestro conocimiento pronto estará hecho, ¿no es verdad? Empiece usted por recibir mi más profundo y sincero pésame por su vuelta á este ve-

nerable castillo; por poco más que me quede en él voy á echarme una alegría como la del mochuelo que se clava á la puerta de los castillos para servir de espantajo, y cuando vuelva á Copenhague para las bodas de mi hermana, lléveme el diablo si me conocen cuatro señoritas por ciento. Diga usted: los lazos de color de rosa en el jubón ¿continúan siendo de moda? ¿Se han traducido algunas novelas nuevas de aquella francesa, la señorita Scudery? Ahora justamente estoy leyendo *Clelia*. Supongo que todavía será de moda en Copenhague...; es mi código de galantería, ahora que suspiro lejos de tantos divinos ojos; porque por más divinos que sean los ojos de nuestra prisionera—ya sabe usted de quien hablo—maldito si me dicen palabra... ¡Voto va! A no ser por las órdenes de mi padre... Porque ha de saber usted, capitán, aquí para entre nosotros, que mi padre—¡chitón!—me ha encargado que... pues... ya me entiende usted... á la hija de Schumacker. Pero todo es inútil, esa linda estatua no es una mujer, siempre llora y nunca me mira.

El joven, que no había podido aún interrumpir la suma volubilidad del oficial, lanzó un grito de sorpresa:—¡Cómo! ¿qué decís? ¡encargado de seducir á la hija del desgraciado Schumacker!...

—¡Seducir! Vaya por seducir, si así se llama eso ahora en Copenhague; pero el diablo que lo logre. Anteayer, estando de guardia, me puse expresamente por ella una magnífica gorguera francesa que he recibido del mismo París. ¿Pues querrá usted creer, amigo mío, que ni aun si-

quiera alzó los ojos sobre mí, á pesar de que crucé tres ó cuatro veces por su habitación, haciendo sonar mis espuelas nuevas, cuyos acicates son mayores que un ducado de Lombardía? Esa es la forma más moderna, ¿no es así?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el joven golpeándose la frente.—¡Es posible!

—¡Para que vea usted!—respondió el oficial, trabucando el sentido de esta exclamación.—¡Ni siquiera reparó en mí! Es increíble, y sin embargo es verdad.

Paseábase el joven de arriba abajo, á pasos gigantescos, violentamente agitado.

—¿Quiere usted tomar algo, capitán Dispo-sen?—dijo el oficial.

—Yo no soy el capitán Dispolsen—respondió el joven.

—¡Cómo!—exclamó el oficial con tono severo, y levantándose impetuosamente,—¿quién sois vos para osar introduciros aquí á esta hora?

El joven le presentó su licencia.—Quiero ver al conde Griffenfeld; es decir, á vuestro prisionero.

—¡El conde! ¡El conde!—murmuró el oficial con notable descontento.—Sobre que esta licencia está como debe, esta es la forma del vicecanciller Grummond de Knud: «El portador podrá visitar á cualquiera hora y en cualquiera ocasión todas las prisiones reales.» Grummond de Knud es hermano del antiguo general Levin de Knud, que manda en Drontheim, y ya sabrá usted que el general ha elevado á mi futuro cuñado.

—Mil gracias por esos importantes detalles de

familia, señor teniente. ¿Le parece á usted que no me ha contado ya bastantes?

—El impertinente tiene razón—dijo entre dientes, y mordiéndose los labios el teniente.—¡Hola! ¡ujier! ¡ujier de la Torre!, llevad á este extranjero á la prisión de Schumacker, y no se enfade si he desenganchado su luminaria de tres mechas. Quise examinar un objeto que fecha sin duda de Scioldo-el-Pagano, ó de Havar-el-Hendido... Además, ya no se cuelgan del techo más que las arañas de cristal—dijo, y mientras el joven y su conductor atravesaban el jardín desierto del castillo, volvió á añudar, mártir de la moda, el roto hilo de las sabrosas aventuras de la amazona Clelia y de Horacio el Tuerto.

IV

Un hombre y dos caballos acababan de entrar en el patio del palacio del gobernador de Drontheim. Apeóse el jinete con muestras de poco contento, y ya se preparaba á conducir los dos palafranes á la cuadra, cuando se sintió coger el brazo por detrás fuertemente, y oyó una voz que le decía:

—¡Cómo! ¿y vienes solo, Poël? ¿y tu amo? ¿Dónde está tu amo?

El que esto decía era el anciano general Levin de Knud, que habiendo visto desde su ventana al criado del joven de la pluma negra, y una si-

lla vacante, había bajado precipitadamente y fijaba sobre el lacayo una mirada más inquieta aún que su pregunta.

—Excelencia—dijo Poël inclinándose profundamente—mi amo ya no está en Dronthiem.

—¿Cómo? ¿Con que ha estado en Drontheim? Y se ha ido sin ver á su general, ¡sin dar un abrazo á su antiguo amigo! ¿Y desde cuándo?

—Esta noche ha llegado, y esta noche se ha puesto en camino.

—¡Esta noche! ¡Esta noche! ¿Pero dónde se ha detenido? ¿Dónde está?

—Se ha apeado en el Spladjest y se ha embarcado para Munckholm.

—Yo le hacía con los antípodas... ¿Pero qué diablos ha ido á hacer á ese castillo? ¿qué iba á buscar al Spladjet? ¡Verdadero caballero errante! Así como así, la culpa es mía en gran parte. ¿Por qué le he dado esa educación? He querido que fuese libre á pesar de su rango...

—Y por eso no es esclavo de las etiquetas—dijo Poël.

—No, pero lo es de sus caprichos. Vamos, supongo que pronto volverá; trata de tomar algo, Poël. Dime—y el rostro del general presentó una expresión de inquietud—dime, Poël, ¿habéis corrido mucho por esos mundos de Dios?

—Mi general, hemos venido en línea recta de Bergen. Mi amo estaba triste.

—Triste! ¿Pues qué ha habido entre él y su padre? No le agrada esta boda?

—Lo ignoro; pero dicen que su Serenidad lo exige.

—¿Lo exige? ¿Dices que el virrey lo exige? Pero para que él lo exija es menester que Ordener se resista.

—Nada sé, excelencia. Parece que está triste.

—¡Triste! ¿Sabes cómo le ha recibido su padre?

—La primera vez le recibió en el campamento, junto á Berghen. Su Serenidad dijo:—No te veo muy á menudo, hijo mío.—Tanto mejor para mí, mi padre y señor—respondió mi amo—si vuecencia lo advierte. Luego dió á su Serenidad noticias muy detalladas sobre sus correrías del Norte, y su Serenidad dijo:—Está bien. El día siguiente volvió mi amo del palacio y dijo:—Quieren casarme; pero es menester que yo vea antes á mi segundo padre, el general Levin. Ensillé los caballos y ya estamos acá.

—¿Con que sí?—dijo el general con una alegría infantil.—¿Con que me ha llamado su segundo padre?

—Sí, señor.

—Pues yo juro que si esa boda le disgusta, antes incurriré en el enojo del rey, que consentir en ella. Y sin embargo, ¡la hija del gran canciller de los dos reinos!... A propósito, Poël, ¿sabe Ordener que su futura suegra, la condesa de Ahlefeld, está aquí de *incógnito* desde ayer, y que esperamos al conde?

—No lo sé, mi general.

—¡Oh! Sí debe saberlo, porque si no, ¿á qué fin había de haber tocado retirada apenas llega?

Dicho esto, el general después de haberse despedido de Poël con una sonrisa amable, y saludado al centinela que le presentaba las armas,

volvió inquieto á su palacio, de donde acababa de salir inquieto.

V

Cuando después de haber hecho pasar al extranjero las escaleras en espiral y los altos salones de la torre del León de Slesvig, le abrió por fin el ujier la puerta de la habitación donde se hallaba el que buscaba, las primeras palabras que llegaron á los oídos del joven fueron éstas:

—¿Es por fin el capitán Dispolsen?

El que hacía esta pregunta era un anciano, sentado de espaldas á la puerta, apoyados los codos en un bufete, y reclinada la frente sobre las manos. Vestía una toga de lana negra, y veíanse encima del lecho, colocada en un rincón de la estancia, un escudo partido, en torno del cual pendían los collares rotos de los órdenes del Elefante y de Dannebrog; había encima del escudo una corona de conde volcada, y los dos fragmentos de una *mano de justicia* (1) unidos en cruz, completaban el conjunto de estos singulares adornos.

El anciano era Schumacker.

—No señor—respondió el ujier;—y luego, volviéndose al extranjero: —Este es el preso—le dijo —y dejándolos solos, volvió á cerrar la puerta, antes de haber podido oir la voz áspera del anciano, que decía:—Si no es el capitán, no quiero ver á nadie.

---

(1) Especie de cetro que remata en una mano.

Quedóse el extranjero en pie junto á la puerta al oir estas palabras; y el prisionero, creyéndose solo, porque ni siquiera había vuelto la cabeza, volvió á su profunda meditación.

—¡El capitán me ha abandonado y vendido seguramente!—exclamó después de un buen rato. —¡Los hombres! Los hombres son como aquel pedazo de hielo que un árabe confundió con un diamante; guardóle como joya preciosa en su zurrón, y cuando fué á buscarle, ni aun halló un poco de agua. .

—Yo no soy de esos hombres—dijo el extranjero.

Schumacker se levantó precipitadamente.—¿Quién está aquí? ¿Quién me escucha? ¿Es algún secuaz de ese miserable Guldenlew?...

—No habléis mal del virrey, señor conde.

—¿Señor conde? Me llamáis así para adularme... pero es inútil, porque ya no soy poderoso.

—El que ahora os habla nunca os ha conocido poderoso, y no por eso deja de ser vuestro amigo.

—Porque sin duda espera algo de mí; los recuerdos que se conservan de los desgraciados, siempre están en proporción con las esperanzas que éstos inspiran.

—Yo soy el que debiera quejarme, noble conde, porque me he acordado de vos, y vos me habéis olvidado. Yo soy Ordener.

Un reflejo de alegría pasó por los tristes ojos del anciano, y una sonrisa que no pudo reprimir entreabrió su blanca barba, como el rayo del sol que desgarra una nube cenicienta.

—¡Ordener! ¡Bien venido, viajero Ordener! ¡Oh! Calma y felicidad al viajero que se acuerda del pobre cautivo!

—¿Conque me habíais olvidado, señor conde? —preguntó Ordener.

—Os había olvidado—respondió Schumacker volviendo á su continente sombrío, como se olvida la brisa que nos refresca y que pasa; la brisa que tal vez se convierte en el huracán que nos arrebata.

—Conde de Griffenfeld—repuso el joven—¿no esperabais ya volverme á ver?

—El viejo Schumacker no lo esperaba; pero hay aquí una niña que esta mañana mismo me hacía observar que el ocho de Mayo hizo justamente un año que estabais ausente.

—¡Dios mío!—exclamó Ordoner estremeciéndose.—¿Habláis de Ethel, noble conde?

—Pues ¿de quién?

—Vuestra hija, señor, ¿se ha dignado contar los meses que ha durado mi ausencia? ¡Oh! ¡Qué días he pasado tan tristes! He visitado Noruega desde Cristianía hasta Wardhus, pero mis deseos siempre me llevaban á Drontheim.

—Haced uso de vuestra libertad, amigo, mientras gocéis de ella... Pero decidme por fin quién sois; yo quisiera, Ordener, conoceros bajo otro nombre; el hijo de uno de mis mortales enemigos se llama Ordener.

—Acaso, señor conde, ese mortal enemigo os ama más de lo que vos le amáis á él.

—Eso es eludir mi pregunta... Pero guardad vuestro secreto; acaso llegaré á conocer algún

día que el fruto que apaga mi sed es un veneno que me mata.

—¡Conde!—dijo Ordener con voz irritada.—¡Conde!—repuso con acento de queja y de compasión.

—¿Y por qué he de fiarme de vos—respondió Schumacker,—de vos que abrazáis siempre en mi presencia el partido del implacable Guldenlew?

—El virrey—interrumpió en tono grave el mancebo—acaba de dar orden de que estéis libre en lo sucesivo y sin guardias en el interior de toda la torre del León de Slesvig. He oído esta noticia en Berghen, y sin duda la recibiréis de oficio inmediatamente.

—Favor es ése que no me atrevía yo á esperar, y deseo de que no creo haber hablado á nadie más que á vos. Por lo demás, bien veo que disminuyen el peso de mis cadenas á medida que aumenta el de mis años, y es probable que cuando mis dolencias me hayan dejado sin fuerza alguna, me digan: ¡ya estáis en libertad!

Sonrió el anciano con amargura; luego añadió:

—Y vos, mancebo, ¿conserváis aún vuestras locas ideas de independencia?

—Si no conservara esas locas ideas no estaría aquí.

—¿Cómo habéis venido á Drontheim?

—A caballo.

—¿Cómo habéis venido á Munckholm?

—En una lancha.

—¡Insensato!, que se cree libre y pasa de un caballo á una lancha. ¡No son tus miembros los

que ejecutan tus voluntades, sino un animal, sino la materia... y á eso llamas voluntades!

—Yo obligo á los seres á obedecerme.

—Tomar sobre algunos seres el derecho de ser obedecido por ellos, es dar á otros el derecho de que á uno le manden. La independencia no existe más que en la soledad.

—¿Conque no amáis á los hombres, noble conde?

Empezó el anciano á sonreir tristemente. Lloro indignado de ser hombre, y me río de los que quieren consolarme. Algún día lo sabréis, si lo ignoráis todavía: el infortunio hace al hombre desconfiado, como la prosperidad le hace ingrato. Pero supuesto que venís de Berghen, decidme cuál viento próspero ha soplado sobre la suerte del capitán Dispolsen. Sin duda le ha acaecido alguna gran ventura, pues se ha olvidado de mí.

Ordener no sabía qué responder.

—¿Dispolsen, señor conde?—dijo con voz sombría. Para hablaros de él he querido venir hoy mismo. Sé que poseía toda vuestra confianza...

—¿Lo sabéis?—interrumpió el prisionero con inquietud. Os engañáis; nadie en el mundo posee mi confianza. Verdad es que Dispolsen tiene en su poder mis papeles... papeles en extremo importantes. Por mí fué á Copenhague, á ver al rey... Tampoco negaré que contaba más con él que con cualquiera otro... En la época de mi poder nunca le serví en nada.

—¡Pues bien, conde... hoy le he visto!

—Vuestra turbación me lo dice todo; me ha vendido...

—¡Ha muerto!

—¡Muerto!

Cruzó los brazos el prisionero é inclinó abatido la cabeza; luego, fijando en el joven su mirada penetrante:

—¿No os díje que le había acaecido alguna gran ventura?

Luego volvió los ojos hacia la pared en que estaban suspendidos los símbolos de sus pasadas grandezas, é hizo un movimiento con la mano como para alejar el testigo de una pena que procuraba reprimir.

—El no me inspira compasión. ¡Un hombre de menos en la tierra!... ¿Qué importa? Lo que es yo, tampoco: ¿qué me queda ya que perder? ¿Pero mi hija... mi pobre hija? Yo seré la víctima de esa infame trama, y... ¿qué será después de esa niña si la arrebatan el auxilio de su padre?

Entonces se volvió de repente á Ordener.

—¿Cómo ha muerto? ¿Dónde le habéis visto?

—En el Spladjest; no se sabe si ha muerto suicida ó asesinado.

—Vamos á lo más importante: si ha sido asesinado, yo sé de dónde viene el golpe; entonces todo se perdió. Me traía las pruebas de la trama que urden contra mí; estas pruebas hubieran podido salvarme y perderlos. ¡Ellos las han destruído! ¡Pobre Ethel!

—Señor conde—dijo Ordener,—mañana sabré si ha sido asesinado.

Schumacker, sin responder palabra, siguió á Ordener que se alejaba, con ojos en que se pinta-

ba la calma de la desesperación, más espantosa aún que la de la muerte.

Estaba Ordener en la solitaria antecámara del prisionero, sin saber á qué lado dirigir sus pasos. La tarde era ya entrada y la sala obscura; abrió una puerta á la casualidad, y hallóse en un inmenso corredor, sólo alumbrado por la luz de la luna que cruzaba rápidamente por entre pálidas nubes. Sus velados esplendores caían por intervalos sobre los altos y pintados vidrios, dibujando sobre la pared opuesta como una larga procesión de fantasmas que aparecía y desaparecía simultáneamente en las profundidades de la galería. Hizo el joven lentamente la señal de la cruz, y se dirigió hacia un esplendor rojizo que brillaba trémulo en el confín del corredor.

Estaba una puerta entreabierta en él; una joven arrodillada en un oratorio gótico, al pie de un altar, recitaba á media voz las letanías de la Virgen: oración sencilla y sublime en que el alma, elevándose á la Madre de los siete Dolores, sólo la pide que pida á Dios por ella.

Estaba esta joven vestida de negro crespón y de gasa blanca, como para indicar en cierto modo á primera vista que hasta entonces había pasado su vida en la tristeza y en la inocencia. Aun en aquella modesta actitud, mostraba aquella virgen en todo su cuerpo el sello de una naturaleza singular: negros eran sus ojos, y su larga cabellera, belleza rara en el Norte; su mirada alzada á la bóveda parecía más bien inflamada por el éxtasis que apagada por el recogimiento; parecía, en fin, una virgen de las orillas de

Chipre ó de los campos del Tibur, velada en los cendales fantásticos de Osián y prosternada ante la cruz de madera y el altar de piedra de Jesús.

Estremecióse Ordener y estuvo á punto de desfallecer, porque reconoció á la que rezaba.

Rezaba por su padre, por el poderoso caído, por el viejo cautivo abandonado, y recitó en alta voz el salmo de la salida del cautiverio.

También rezaba por otro; pero Ordener no oyó su nombre: no le oyó, porque ella no le pronunció; pero la hermosa niña recitó el cántico de la Salamita, de la esposa que espera al esposo y la vuelta de su amado.

Ordener se alejó en la galería; respetó á aquella virgen que hablaba con el cielo. La oración es un gran misterio, y su corazón estaba lleno, á pesar suyo, de un delirio desconocido, pero profano.

Cerróse lentamente la puerta del oratorio, y una luz y una mujer blanca en medio de las tinieblas se acercaron á Ordener. Detúvose él porque sentía una de las agitaciones más violentas de la vida; arrimóse á la obscura pared; su cuerpo estaba débil, y los huesos de sus miembros se chocaban en sus coyunturas, y en el silencio de todo su ser, los latidos de su corazón palpitaban en sus oídos.

Cuando pasó la virgen, oyó el crujido de una capa y un aliento ronco y precipitado.

—¡Dios mío!—exclamó.

Precipitóse Ordener hacia ella; sostúvola con un brazo, mientras en vano procuraba con el

otro sostener la lámpara que ella había dejado caer, y que se apagó.

—Yo soy—dijo el mancebo con dulzura.

—¡Ordener!—exclamó la hermosa,—porque el último dejo de aquella voz que no había oído en todo un año, duraba aún en su oído.

Y la luna que pasaba iluminó la alegría de aquel semblante angelical; luego prosiguió, tímida y confusa, y desprendiéndose de los brazos del mancebo:

—Es el señor Ordener...

—El es, condesa Ethel...

—¿Por qué me llamáis condesa?

—¿Por qué me llamáis señor?

Calló la niña y sonrió; calló el joven y suspiró. Ethel rompió el silencio la primera:

—¿Cómo estáis aquí?

—Perdonadme, si mi presencia os aflige. Vine á hablar al conde, vuestro padre.

—Según eso—dijo Ethel con voz alterada,—¿sólo habéis venido por mi padre?

Bajó el joven la cabeza, porque aquellas palabras le parecían muy injustas.

—¿Sin duda hace ya mucho tiempo?—prosiguió Ethel en tono de queja.—¿Sin duda hace ya mucho tiempo que estáis en Drontheim? La ausencia no ha podido pareceros larga, es bien seguro.

Ordener, profundamente ofendido, no respondió palabra.

—Bien hicisteis—dijo la prisionera con voz trémula de dolor y de despecho.—¿Pero—añadió con altivez—supongo, señor Ordener, que no me habréis oído rezar?

—Condesa—respondió el joven—os he oído.

—¡Ah, señor Ordener! No es propio de un buen caballero escuchar así.

—Yo no os he escuchado, noble condesa—dijo Ordener con voz doliente;—os he oído.

—He rezado por mi padre—repuso la niña fijando en él sus ojos y como esperando una respuesta á estas sencillas palabras.

Ordener guardó el más profundo silencio.

—También he rezado—continuó inquieta y observando con atención el efecto que producirían sobre Ordener estas palabras;—también he rezado por uno que tiene vuestro mismo nombre, por el hijo del virrey, del conde Guldenlew. Porque es menester rezar por todos, aun por nuestros perseguidores.

Y Ethel se puso colorada porque creía mentir; pero estaba picada contra el joven, y creía haberle nombrado durante su oración: la hermosa virgen no le había nombrado más que en su alma.

—Ordener Guldenlew es muy desgraciado, señora, si le contáis en el número de vuestros perseguidores; es muy feliz, sin embargo, si ocupa un lugar en vuestras oraciones.

—¡Oh! No, no—dijo Ethel sobresaltada y temerosa al ver la fría indiferencia de su amado;—no, yo no rezaba por él. Yo no sé lo que he hecho, ni lo que hago. En cuanto al hijo del virrey, le aborrezco... No le conozco. No me miréis con esos ojos severos. ¿Os he ofendido? ¡Y no perdonaréis nada á una pobre prisionera, cuando sin duda pasáis los días al lado de alguna dama noble y hermosa, libre y feliz como vos!...

—¡Yo, condesa!—exclamó Ordener.

Ethel derramaba un torrente de lágrimas; el joven se precipitó á sus pies.

—¿No me habéis dicho—prosiguió sonriendo entre sus lágrimas—que la ausencia os ha parecido corta?...

—¿Quién, yo, condesa?

—No me llaméis así—respondió Ethel con dulzura;—ya no soy condesa para nadie, y para vos mucho menos...

Levantóse el joven impetuosamente y no pudo menos de estrecharla contra su corazón en un arrebato convulsivo.

—¡Pues bien! Ethel mía, llámame tu Ordener. —Dime,—y clavó una mirada de fuego sobre sus ojos empapados en lágrimas;—dime: ¿me amas?

No pudo oirse lo que respondió la virgen, porque Ordener, fuera de sí, bebió en sus labios, juntamente con su respuesta, aquel primer favor, aquel beso de fuego que basta para purificar la ternura de los amantes.

Quedaron ambos sin poder hablar, porque estaban en uno de aquellos momentos solemnes, tan raros y tan breves en la tierra, en que siente el alma un reflejo de la felicidad de los cielos... Instantes indefinibles en que dos almas hablan en un lenguaje que sólo ellas pueden comprender. Entonces calla todo lo que hay en el cuerpo de humano, y los dos seres inmateriales se unen misteriosamente para la vida de este mundo y la eternidad del otro.

Ethel se había desprendido lentamente de los brazos de Ordener, y á la luz de la luna ambos

se miraban con delirio. Los ojos ardientes del mancebo respiraban un orgullo varonil y un valor de león, mientras que las miradas húmedas de Ethel estaban bañadas de aquel pudor, vergüenza angelical que en el corazón de una virgen siempre se mezcla á todas las alegrías del amor.

—¿Hace un momento, en este corredor, huías de mí, Ordener mío?

—No huía de ti, pero estaba como el pobre ciego que recobra la vista después de largos años, y que vuelve la cara porque no puede sufrir la luz.

—Mejor puede aplicarse á mí esa comparación... á mí, que durante tu ausencia no he tenido más felicidad que la presencia de un desgraciado: de mi padre. Pasaba los días consolándole y—añadió bajando los ojos—esperándote. Leía á mi padre las fábulas del Eda, y cuando le veía dudar de los hombres le leía el evangelio, para que á lo menos no dudase del cielo; luego le hablaba de ti, y él callaba, lo que prueba que te ama; y cuando había pasado inútilmente toda la tarde en mirar á lo lejos por el camino á los viajeros que llegaban y en el puerto á los buques que arribaban, meneaba él la cabeza con amarga sonrisa, y yo lloraba. Esta prisión, donde he pasado hasta ahora toda mi vida, había llegado á serme odiosa; y sin embargo estaba en ella mi padre, que la llenaba para mí, antes que te conociera; ¡pero tú no estabas en ella, y yo deseaba esa libertad que no conocía!

Había en los ojos de aquella hermosa, en el

candor de su ternura, en el dulce pudor de su franqueza, un encanto que no puede decirse con palabras humanas. Ordener la escuchaba con aquella alegría concentrada de un ser arrebatado al mundo positivo para asistir al mundo ideal.

—Yo por mí—dijo—ya no quiero esa libertad de que tú no participas.

—¡Cómo!—Ordener, ¿ya no nos separaremos jamás?

Esta expresión recordó al joven todo lo que había olvidado.

—Ethel mía, esta tarde tendré que dejarte; ¡pero mañana te volveré á ver para dejarte de nuevo hasta que vuelva para siempre!

—¡Dios mío—interrumpió dolorosamente la hermosa,—todavía ausente!

—Repito, vida mía, que volveré pronto á sacarte de esta prisión, ó á sepultarme en ella contigo.

—Prisionera con él!—exclamó.—¡Ah! No me engañe: ¿puedo esperar tanta felicidad?

—¿Qué juramento exiges, Ethel? ¿qué quieres de mí?—exclamó Ordener.—Dime: ¿no eres mi esposa? Y arrebatado de amor, la estrechaba fuertemente contra su corazón.

—Tuya soy!—murmuró Ethel con voz moribunda.

Y aquellos dos corazones nobles y puros palpitaban entonces deliciosamente uno junto á otro, sin dejar de ser nobles y puros.

En aquel momento resonó junto á ellos una estruendosa carcajada: un hombre embozado en su

capa descubrió una linterna sorda que llevaba escondida, y cuya luz iluminó de súbito el rostro aterrado y confuso de Ethel, y el semblante atónito y altanero de Ordener.

—¡Bravo, bravo, parejita mía! ¡Bravo! Me parece que después de haber andado tan poco tiempo por el país de la ternura, no habéis seguido todos los recodos del arroyo del Amor, y que habéis tomado sin duda algún atajo para llegar tan pronto á la cabaña del Beso.

Sin duda habrán reconocido ya nuestros lectores al teniente admirador de madama Scudery. Sorprendido en la lectura de *Clelia* por el toque de las doce de la noche que no habían oído los dos amantes, empezó su ronda nocturna en la torre, y al pasar por la estremidad del corredor de Oriente, había oído algunas palabras y visto moverse dos bultos en la galería á la claridad de la luna. Entonces, curioso y emprendedor, cubrió la linterna con su capa, y se acercó de puntillas á los dos fantasmas, á quienes su brusca carcajada acababa de arrancar tan desagradablemente á un éxtasis amoroso.

Hizo Ethel un movimiento para separarse de Ordener; pero luego volviendo á él como por instinto, y para pedirle protección, ocultó su ardorosa frente en el seno del mancebo.

Este levantó la suya con un orgullo de rey.

—¡Ay de aquél!—dijo,—¡ay de aquel que acaba de asustarte y afligirte, Ethel mía!...

—En efecto—dijo el teniente;—¡ay de mí si he tenido la desgracia de asustar á la tierna Mandane!

—Señor teniente—dijo Ordener con tono altanero,—hágame usted el favor de callarse.

—Señor insolente—replicó el militar,—hágame usted el favor de callarse.

—¿Lo oís?—repuso Ordener con voz de trueno. —Comprad vuestro perdón con el silencio.

—*Tibi tua*—respondió el teniente.—Tome usted sus consejos para sí: comprad vuestro perdón con el silencio.

—¡Silencio!—exclamó Ordener con una voz que hizo temblar las altas vidrieras; y dejando á la aterrada Ethel en uno de los antiguos sillones, sacudió con singular energía el brazo del oficial.

—¡Hola, señor Villano!—dijo el teniente entre irritado y risueño:—¿cómo se atreve usted á ajar tan brutalmente este jubón sin reparar que es del más rico terciopelo de Abingdon?

Miróle Ordener con atención.

—Teniente—le dijo,—mi paciencia es más corta que mi espada.

—Os comprendo, valiente doncel—dijo el teniente con sonrisa irónica.—Quisierais que os hiciese el honor de atravesaros de una estocada en desafío, ¿pero sabéis quién soy yo? No, no, señor mío; *príncipe contra príncipe, pastor contra pastor,* como decía el hermoso Leandro.

—Si puede decirse también *cobarde contra cobarde*—repuso Ordener—seguramente no tendré el insigne honor de batirme con vos.

—Juro que me enfadaría, apreciabilísimo pastor, si llevaseis siquiera un uniforme.

—No tengo sus franjas ni sus galones, pero su sable, sí.

El impetuoso joven, echándose la capa atrás, habíase puesto la gorra en la cabeza y echado mano al puño de su sable, cuando Ethel, volviendo en sí á la vista de aquel peligro inminente, se precipitó sobre su brazo y se colgó á su cuello lanzando un grito de súplica y de terror.

—Bien hacéis, gallarda señorita, si no queréis que el doncel reciba el castigo de sus demasías —dijo el teniente, que al oir las amenazas de Ordener, habíase también puesto en guardia con toda serenidad; —bien hacéis, repito, porque Ciro iba á enojarse con Cambises, dado caso de que no sea hacer demasiado honor á este vasallo el compararle con Cambises.

—En nombre del cielo, señor Ordener—decía Ethel,—¡no sea yo causa y testigo de semejante desgracia!... Y luego, levantando hacia él sus hermosos ojos, añadió: ¡Ordener, yo te lo pido!

Envainó Ordener lentamente la espada que tenía ya casi fuera de la vaina, y el teniente prosiguió:

—A fe mía, caballero..., ignoro si lo sois, pero os lo llamo porque me parece que lo merecéis; á fe mía que uno y otro seguimos las leyes de la bravura, pero no en manera alguna las de la galantería. Razón tiene esta señorita: compromisos como el que os creo digno de entablar conmigo, no deben ser presenciados por mujeres, aunque, con perdón sea dicho de esta señorita, puedan tener por causa á las mujeres. No podemos, pues, aquí buenamente hablar más que del *duellum remotum,* y como ofendido, si queréis fijar época, sitio y armas, mi buena hoja toledana y mi pu-

ñal de Mérida estarán á la disposición de vuestro tajo fundido en las fraguas de Ashkreuth ó de vuestro montante templado en el lago Sparbo.

El *duelo emplazado* que proponía á Ordener el teniente, era muy usual en el Norte, donde pretenden los inteligentes en la materia que nació la costumbre del desafío. Los más valientes caballeros proponían y aceptaban el *duellum remotum;* dilatábase hasta muchos meses y aun hasta muchos años, y durante este intervalo no debían los adversarios, ni en palabras ni en acciones, ocuparse en el asunto causa del desafío: en amor, por ejemplo, los dos rivales se abstenían de ver á su querida, á fin de que las cosas quedasen en el mismo estado; en este punto ambos confiaban en su mutua buena fe, como en los antiguos torneos, cuando los jueces del campo creían violada la ley cortés y echaban su bastón en la palestra, parábanse al punto los combatientes; pero hasta que se aclararan las dudas, la garganta del vencido quedaba á la misma distancia de la garganta del vencedor.

—Pues bien, caballero—dijo Ordener—un mensajero os indicará de mi parte el sitio, la época y las armas.

—Sea—respondió el teniente;—tanto más cuanto así tendré tiempo para asistir á las ceremonias de la boda de mi hermana..., porque habéis de saber que tendréis el honor de batiros con el futuro cuñado de un gran señor, del hijo del virrey de Noruega, del barón Ordener Guldenlew, el cual, con motivo de este ilustre himeneo, como dijo Artamenes, va á ser creado conde de Danes-

kiold, coronel y caballero del Elefante, y yo, que soy hijo del gran canciller de los dos reinos, sin duda seré nombrado capitán...

—Basta, basta, teniente Ahlefeld—dijo Ordener impaciente;—todavía no sois capitán, ni es coronel el hijo del virrey..., y los sables siempre son sables.

—Y los villanos, siempre villanos, por más que uno haga para elevarlos hasta sí—dijo entre dientes el militar.

—Señor mío—continuó Ordener,—ya conocéis la ley de caballería; no volveréis á entrar en esta torre, ni hablaréis palabra sobre este asunto.

—En cuanto al silencio, prometo ser callado como Mucio Scévola con el ascua sobre la mano. No volveré á entrar en esta torre, ni tampoco ningún Argos de la guarnición; porque precisamente acabo de recibir orden para dejar sin guardias en lo sucesivo á Schumacker, orden que estoy encargado de comunicarle esta noche; lo cual hubiera llevado á efecto á no haber empleado una gran parte de ella en probarme un par de borceguíes nuevos de Cracovia. Esa orden, aquí para entre nosotros, me parece muy imprudente. ¿Quiere usted que le enseñe mis borceguíes?

Durante esta conversación, Ethel, viéndolos apaciguados, y no sabiendo qué cosa era un *duellum remotum*, había desaparecido, después de haber dicho en voz baja al oído de Ordener: *Hasta mañana.*

—Quisiera, teniente Ahlefeld, que me ayudascis á salir de la fortaleza.

—Con mil amores—dijo el teniente,—aunque ya es muy tarde; ó por mejor decir, muy temprano. Pero, ¿cómo hallaréis una lancha?

—Eso corre de mi cuenta—dijo Ordener.

Entonces, conversando amigablemente, cruzaron el jardín, el patio circular, el patio cuadrado, sin que Ordener, conducido por el oficial de guardia, hallase el menor obstáculo; pasaron el rastrillo principal, el sotechado de la artillería, la plaza de armas, y llegaron á la torre baja, cuya puerta de hierro se abrió por orden del teniente.

—¡Hasta más ver, teniente de Ahlefeld!—dijo Ordener.

—¡Hasta más ver—respondió el oficial;—os declaro valiente campeón, aunque no sé quién seais vos, ni si aquellos de vuestros pares que llevaréis á nuestro *duellum*, podrán tomar el título de padrinos, ó deberán limitarse al modesto nombre de asistentes.

Apretáronse la mano los dos jovenes; cerróse la puerta de hierro, y volvió el teniente, tarareando un aria de Lulli, á admirar sus botas polacas y la novela francesa.

Ordener, solo en la playa, quitóse los vestidos que envolvió en su capa, y ató á la cabeza con el cinturón de su sable; y luego, poniendo en práctica los principios de independencia de Schumacker, se precipitó en el agua fria y serena del golfo, y empezó á nadar en medio de la obscuridad, hacia la orilla, dirigiéndose al Spladjest, sitio adonde estaba segurísimo de llegar en todo evento, ó muerto ó vivo.

Como las fatigas del día le habían rendido,

costóle mucho trabajo llegar á la opuesta playa. Vistióse á toda prisa, y se encaminó al Spladjest, que se dibujaba en la plaza del puerto como una mole negra, porque hacía un buen rato que estaba la luna cubierta de nubes.

Al acercarse al edificio, oyó como un ruido de voces, y vió un débil resplandor que salía por la ventanilla del techo. Admirado, llamó con repetidos golpes á la puerta; cesó al punto el ruido, y la luz, que volvió á aparecer, mostróle un bulto negro que salía por la abertura superior y se acurrucaba sobre el techo plano del edificio. Llamó Ordener por tercera vez con el pomo de su sable, y gritó:—¡Abrid en nombre de Su Majestad el rey! ¡Abrid en nombre de su Serenidad el virrey!

Abrióse por fin la puerta lentamente, y Ordener se halló cara á cara con la luenga, enjuta y pálida catadura de Spiagudry, que, los vestidos en desorden, los ojos desencajados, erizados los cabellos, las manos ensangrentadas, traía una lámpara sepulcral, cuya llama no temblaba tanto, ni con mucho, como su cuerpo largo y transparante.

VI

Como hasta una hora después que el joven viajero de la pluma negra salió del Spladjest, habiendo caído ya enteramente la noche y salido la gente, cerró Oglypiglap la puerta exterior del fúnebre edificio, mientras que su amo Spiagudry

regaba por última vez los cuerpos fiados á su vigilancia. Retiráronse luego uno y otro á su muy poco suntuosa habitación, y mientras dormía Oglypiglap en su miserable jergón, como uno de los cadáveres que le rodeaban, el venerable Spiagudry, sentado enfrente de una mesa de piedra cubierta de librotes viejos, de plantas desecadas y de huesos descarnados, se sumergía en sus graves estudios; estudios que, aunque en realidad muy inocentes, habían contribuído no poco á darle entre la plebe una reputación de brujería y de diablería, fatal é inseparable acompañamiento de la ciencia en aquella época.

Muchas horas hacía ya que estaba sumergido en sus meditaciones, y próximo, en fin, á dejar sus libros para meterse en la cama, paró la atención en este lúgubre pasaje de Thormodo Torfœus:

«Cuando un hombre enciende su lámpara, la muerte está en su casa, antes de que se apague aquélla...»

—Con perdón sea dicho del sabio doctor—dijo para sí á media voz,—no sucederá así esta noche en mi casa;—y tomó la lámpara para apagarla.

—¡Spiagudry!—gritó una voz que salía de la sala de los cadáveres.

Estremecióse el pobre conserje hasta la medula de sus huesos, y no porque creyese, como tal vez hubieran hecho otros en su lugar, que los tristes huéspedes del Spladjest se rebelaban contra su guardián. Era bastante instruído para no sentir esos terrores imaginarios; y si el suyo era

tan positivo, era porque conocía harto bien la voz que le llamaba.

—¡Spiagudry!—repitió furiosa la misma voz.—¿Tendré que ir á arrancarte las orejas para hacer que me oigas?

—Piedad tenga el bienaventurado San Hospicio, no de mi alma, sino de mi cuerpo—dijo el aterrado anciano;—y con pasos que el miedo aceleraba y detenía juntamente, se dirigió hacia la segunda puerta lateral, que abrió con mano trémula. Nuestros lectores se acordarán de que esta puerta comunicaba á la sala de los muertos.

La lámpara del anciano iluminó entonces un cuadro singularmente nauseabundo y horrible. A un lado, el cuerpo largo, flaco y ligeramente encorvado de Spiagudry; al otro, un hombre pequeño, rehecho y rechoncho, vestido de pies á cabeza de pieles de toda especie de animales, teñidas aún en sangre seca, y en pie, junto al cadáver de Gill Stadt, que con los de la muchacha y el capitán ocupaba el fondo de la escena. Estos tres mudos testigos, velados en una especie de penumbra, eran los únicos que pudiera ver, sin huir de espanto, á los dos vivos cuya conversación iba á empezar.

Las facciones del recién llegado, que la luz hacía resaltar fuertemente, tenían un carácter extraordinariamente indómito y feroz. Eran sus barbas rojas y crespas á manera de matorrales, y su frente, cubierta bajo un gorro de piel de ante, parecía erizada de cabellos del mismo color; su boca era enorme, sus labios muy gruesos, sus dientes blancos, agudos y separados; su na-

riz corva como el pico de un águila, y sus ojos de un gris azulado, sumamente móviles, lanzaban á Spiagudry una mirada oblicua en que sólo la malicia del mico templaba la ferocidad de la hiena. Este personaje singular estaba armado de un ancho sable, de un puñal sin vaina, de una hacha con filos de piedra, sobre cuyo grueso mango apoyábase á la sazón; sus manos estaban cubiertas de ásperos guantes de cuero de zorra azul.

—Ese viejo espectro me ha hecho esperar mucho tiempo—dijo hablando consigo mismo, y lanzando una especie de rugido como una fiera.

Spiagudry seguramente se hubiera puesto pálido de miedo, si Spiagudry hubiera podido ponerse pálido.

—¿Sabes—prosiguió el del hacha dirigiéndose á él directamente—que vengo de las playas de Urchtal? ¿Tenías gana, haciéndome esperar á la puerta, de trocar tu lecho de paja por uno de esos lechos de piedra?

Aumentó el temblor de Spiagudry, y los dos únicos dientes que le quedaban rechinaron violentamente.

—Perdonad, señor—dijo doblando el arco de su infinito cuerpo hasta el nivel de su interlocutor, —dormía con un sueño profundo.

—¿Quieres que te haga yo conocer un sueño más profundo todavía?

Hizo Spiagudry un gesto de terror, el único que pudiera llamarse más ridículo que sus gestos de alegría.

—¿Qué es eso? ¿qué hay?—prosiguió el hombre-

cillo.—¿Qué tienes? ¿no te es agradable mi presencia?

—¡Oh! Señor y amo mío—respondió el conserje,—no hay seguramente para mí felicidad comparable á la de gozar de la vista de vuestra excelencia.

Y los esfuerzos que hacía por dar á su semblante aterrado una expresión amable, sólo pudieran no causar risa á los difuntos.

—Viejo zorro sin rabo, mi excelencia te manda que me entregues los vestidos de Gill Stadt.

Al pronunciar este nombre, el rostro feroz y burlón del recién llegado tomó una expresión triste y sombría.

—¡Oh señor! perdonad... pero ya no los tengo —dijo Spiagudry:—vuestra gracia sabe que tenemos obligación de entregar al fisco real los despojos de los mineros, de quienes es heredero el rey en calidad de su tutor nato.

El hombrecillo se volvió hacia el cadáver, cruzó los brazos, y dijo con sordo acento:—Tiene razón; estos miserables mineros son como el eider: se le hace el nido para quitarle la pluma.

Y luego, levantando el cadáver entre sus brazos, y apretándole en ellos fuertemente, empezó á lanzar roncos quejidos de pena y de amor, semejantes á los gruñidos de una osa que acaricia á sus hijuelos; á estos sonidos inarticulados se mezclaban de cuando en cuando algunas palabras de un dialecto extranjero que no entendía Spiagudry.

Dejó luego caer el cadáver sobre la piedra, y se volvió hacia el anciano.

—¿Sabes, maldito brujo, el nombre del soldado en mala hora engendrado, que ha tenido la desgracia de ser preferido á Gill por esta muchacha? Y dió un fuerte empellón con el pie á los restos fríos de Guth Stersen.

Spiagudry hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—¡Pues bien! Juro por el hacha de Ingolfo, el jefe de mi raza, que he de exterminar á cuantos usan ese uniforme; y designaba los vestidos del capitán.—El hombre de quien quiero vengarme estará entre ellos; yo incendiaré todo el bosque para quemar el arbusto venenoso que contiene. Lo juré el día mismo en que murió Gill, y ya le he dado un compañero que debe regocijar su cadáver. ¡Oh Gill! Ahí estás, sin fuerza y sin vida, tú que alcanzabas á la foca á nado y á la cabra montés en la carrera; tú, que luchando ahogabas al oso de los montes de Kole, ahí estás inmóvil; tú, que recorrías el Drontheimus, desde el Orkel hasta el lago de Snuasen, en un día; tú, que trepabas por los picos del Dofrefiela como trepa la ardilla por el roble, ahí estás mudo. ¡Oh Gill! Tú, que en pie sobre las tempestuosas cumbres de Konisberg, cantabas con voz sonante más que el trueno. ¡Oh Gill! En vano he cegado por ti las minas de Fa-roër, en vano he pegado fuego á la iglesia catedral de Drontheim; todo ha sido inútil! Yo no veré perpetuarse en ti la raza de los hijos de Islandia, la descendencia de Ingolfo el Exterminador; ¡tú no heredarás mi hacha de piedra, antes por el contrario, tú me legas tu cráneo para que en él beba yo toda mi

vida el agua de los mares y la sangre de los hombres!

Entonces, cogiendo la cabeza del cadáver:

—Spiagudry—dijo—ayúdame; y quitándose los guantes, descubrió sus anchas manos, armadas de uñas largas, duras y encorvadas como las garras de un tigre.

Spiagudry, que le vió prepararse á hacer saltar con su sable el cráneo del cadáver, exclamó con un acento de horror que no pudo reprimir:—¡Justo cielo, Señor!... ¡Un muerto!

—¿Y qué?—repuso sereno el hombrecillo.—¿Prefieres que esta hoja se temple aquí en la sangre de un vivo?

—Permitidme que suplique á vuestra cortesía... ¿Cómo puede Vuecencia profanar? Vuestra gracia... señor, vuestra Serenidad no querrá...

—¿Acabas? ¿Necesito yo, esqueleto ambulante, de todos esos títulos para creer en tu profundo respeto hacia mi sable?

—¡En el santo nombre de San Waldemaro, de San Usufo, del bienaventurado San Hospicio, paz á los muertos!...

—Ayúdame y no hables de santos al demonio.

—Señor—prosiguió el suplicante Spiagudry—¡yo os lo pido en nombre de vuestro ilustre abuelo San Ingolfo!...

—Ingolfo el Exterminador era un réprobo como yo.

—¡En nombre del cielo—dijo prosternándose el anciano,—ese terrible anatema es el que quiero evitaros!

Llegó á su colmo la impaciencia del descendiente de Ingolfo: sus ojos grises y cristalinos brillaron como dos ascuas.

—¡Ayúdame!—repitió blandiendo su sable.

Esta palabra fué pronunciada en el acento en que la pronunciaría un león si hablara. El conserje, aterrado y casi muerto, se sentó sobre la piedra negra, y sostuvo con sus manos la cabeza fría y húmeda de Gill, mientras que el hombrecillo, con ayuda de su sable y de su puñal, arrancaba el cráneo con singular destreza.

Terminada esta operación, consideró por largo rato el sangriento cráneo, pronunciando palabras singulares; luego se lo entregó á Spiagudry para que lo despojase del pelo y le lavase, y exclamó lanzando una especie de bramido:

—¡Y yo! Yo no tendré al morir el consuelo de pensar que un heredero del alma de Ingolfo beberá en mi cráneo la sangre de los hombres y el agua de los mares.

Después de un silencio sombrío, continuó:

—El huracán sigue al huracán, la avalancha arrastra á la avalancha, ¡y yo, yo seré el último de mi raza! ¿Por qué no ha aborrecido Gill como yo á todos los humanos? ¿Qué demonio enemigo del demonio de Ingolfo le ha impelido á aquellas fatales minas en busca de un poco de oro?

Spiagudry, que le llevaba el cráneo de Gill, le interrumpió diciendo:—Razón tiene su excelencia; hasta el oro, dice Suorro Sturleson, cuesta á veces demasiado caro.

—Ahora me recuerda—dijo el hombrecillo—una comisión que voy á encargarte: aquí tienes

una caja de hierro que me he encontrado en los bolsillos de ese capitán, de quien no tienes, como ves, todos los despojos; según está sólidamente cerrada, debe contener oro, única cosa verdaderamente preciosa á los ojos de los hombres: se la entregarás á la viuda Stadt, en la aldea de Thoctree, para pagarla su hijo.

Sacó entonces de su morral de piel de renjífero un cofrecillo pequeño de hierro, que recibió Spiagudry inclinando la cabeza.

—Cumple fielmente mis órdenes—dijo el descendiente de Ingolfo el Exterminador, lanzándole una mirada penetrante;—piensa en que nada impide que dos demonios se vean... Te creo aún más cobarde que avaro, y tú me respondes de este cofre...

—¡Oh! Señor, yo os juro por mi alma...

—¡No! Por tus huesos y por tu carne.

Resonó entonces un golpe violento en la puerta del Spladjest. Admiróse el hombrecillo; tembló Spiagudry, y cubrió la luz de la lámpara con la mano.

—¿Qué es eso?—exclamó su interlocutor.—Y tú, miserable viejo, ¿cómo te propones temblar cuando oigas la trompeta del juicio final?

Oyóse entonces un golpe más fuerte que el primero.

—Será sin duda algún muerto que tiene prisa de entrar—dijo el hombrecillo.

—No señor—murmuró Spiagudry;—no se permite entrar á los muertos después de las doce de la noche.

—Muerto ó vivo, el que llama me echa de aquí.

Tú, Spiagudry, sé fiel y mudo; yo te juro por el alma de Ingolfo y por el cráneo de Gill, que pasarás revista en tu posada de cadáveres á todo el regimiento de Munckholm.

Y entonces el monstruo, atando á su cinto el cráneo de Gill, y poniéndose los guantes, se lanzó con la agilidad de un gato, y subiéndose sobre los hombros de Spiagudry, á la ventana del techo por la cual desapareció.

Por tercera vez hicieron temblar el Spladjest los recios golpes de la puerta, y mandó una voz sonora que abriesen en nombre de Su Majestad y del virrey. Entonces el pobre conserje, agitado á la par por dos terrores diferentes, uno de los cuales pudiera llamarse de *recuerdo,* y el otro de *esperanza,* se encaminó á la puerta cuadrada y la abrió temblando.

VII

De vuelta en su gabinete, después de haber dejado á Poël, repantigóse el gobernador de Drontheim en su ancha poltrona y mandó, para distraerse, á uno de sus secretarios que le leyese los memoriales presentados al gobierno.

El secretario, después de haber hecho un saludo respetuoso, empezó:

«1.° El reverendo doctor Anglyvio pide que se proceda al reemplazo del reverendo doctor Foxtipp, director de la biblioteca episcopal, por causa de incapacidad. El exponente ignora quién podrá reemplazar al dicho doctor incapaz; pero

no puede menos de hacer presente que el doctor Anglyvio ha ejercido por largo tiempo el empleo de bibliotec...»

—Que lo examine el obispo—interrumpió el general.

—«2.º Atanasio Munder, sacerdote, capellán de las cárceles, pide el perdón de doce reos penitentes, con motivo de las gloriosas bodas de su cortesía Ordener Guldenlew, barón de Thorvick, caballero de Dannebrog, hijo del virrey, con la noble señora Ulrica de Ahlefeld, hija de su gracia el conde gran canciller de los dos Reinos.»

—Se tendrá presente—dijo el general.—¡Pobres reos!

—«3.º Fausto Prudencio Destrombides, súbdito noruego, poeta latino, desea hacer el epitalamio de los dichos nobles esposos.»

—¡Ah! ¡Ah! El pobre diablo ya debe de ser viejo, si es el mismo que en 1674 preparó un epitalamio para el proyectado matrimonio entre Schumacker, entonces conde de Griffenfeld, y la princesa Luisa Carlota de Holstein Augustemburgo, matrimonio que no se llevó á efecto. Mucho me temo—añadió entre dientes el Gobernador—que Fausto Prudencio sea el poeta de los matrimonios desbaratados. Se le tendrá presente; adelante. Cuidaremos de informarnos con motivo de ese poeta si hay alguna cama vacante en el hospital de Drontheim.

—«4.º Los mineros de Guldbranshal, de las islas Fa-roër, del Sund-Moër, de Hubfallo, de Rœraas y de Kongsberg piden que se les exima de los perjuicios de la tutela real.»

—Esos mineros son gente turbulenta; hasta he oído decir que empiezan ya á murmurar del largo silencio que se ha guardado sobre su representación. Se deliberará con madurez.

—«5.° Braall, pescador, declara, en virtud del Odelsrecht, que persevera en la intención de rescatar su patrimonio.»

—«6.° Los síndicos de Nœs, Lœvig, Indal, Skongen, Stod, Sparbo y otros lugares y aldeas del Drontheimus septentrional, piden que se ofrezca un premio por la cabeza del bandido, asesino é incendiario Han, natural, según se cree, de Klispstadur, en Islandia. Se opone á esta petición Nycol Orugix, verdugo del Drontheimus, quien sostiene que el susodicho Han le pertenece. La apoya Benigno Spiagudry, conserje del Spladjest, en cuyas manos debe parar el cadáver.»

—Ese bandido es harto peligroso—dijo el general,—sobre todo cuando se temen disturbios entre los mineros. Proclámese su cabeza á precio de mil escudos reales.

—«7.° Benigno Spiagudry, médico, anticuario, escultor, mineralogista, naturalista, botánico, legista, químico, mecánico, físico, astrónomo, teólogo, gramático...»

—¿Pero no es ése—interrumpió el general—aquel Spiagudry, conserje del Spladjest?

—El mismo—respondió el secretario.—«Conserje por nombramiento de su Real Majestad, del establecimiento llamado *Spladjest*, en la ciudad de Drontheim, expone que él, Benigno Spiagudry, es el que ha descubierto que á las estre-

llas llamadas fijas no las alumbra el astro llamado Sol; *ítem*, que el verdadero nombre de Odin es *Friggio*, hijo de *Fridulfo; ítem*, que el *lombrico marino* se alimenta de arena; *ítem*, que el rumor de la gente aleja á los pescados de las costas de Noruega, de modo que los medios de subsistencia disminuyen en proporción del aumento de la población; *ítem*, que el golfo llamado Otte-Sund se llamaba antiguamente *Limfiord*, y que no tomó el nombre de *Otte-Sund* hasta que Othon el Rojo arrojó en él su lanza; *ítem*, expone que por consejo suyo y bajo su dirección se ha hecho de una estatua vieja de Freya, la estatua de la Justicia que decora la plaza mayor de Drontheim, y que ha sido convertido en diablo, como símbolo del crimen, el león que se hallaba bajo los pies del ídolo; *ítem*...»

—¡Eh! Basta ya de eminentes servicios. Veamos qué es lo que pide.

Volvió el secretario muchas hojas y prosiguió: «El muy humilde exponente cree poder en recompensa de tantos trabajos útiles á las ciencias y á las bellas letras, suplicar á su excelencia que aumente la tasa de cada cadáver masculino ó femenino en diez ascalinos, lo cual no puede menos de ser muy grato á los muertos, probándoles la mucha estima en que son tenidos sus individuos...»

Abrióse en esto la puerta del gabinete, y anunció el ujier en alta voz *á la noble señora condesa de Ahlefeld*.

Al mismo tiempo una señora alta y gruesa, que llevaba en la cabeza una pequeña corona de con-

desa, ricamente vestida de raso escarlata orlado de armiño y de rapacejos de oro, entró en la estancia, y aceptando la mano que le presentaba el general, fué á sentarse junto á su sillón.

La condesa podía tener como hasta cincuenta años. La edad no había tenido, por decirlo así, que añadir ninguna arruga á las muchas con que de largos años atrás habían surcado su rostro los sinsabores del orgullo y los desvelos de la ambición. Fijó la noble señora sobre el general su mirada altanera y su sonrisa falsa.

—Parece, señor general, que vuestro discípulo se hace esperar: debió haber llegado antes de ponerse el sol.

—Y ya hubiera llegado, señora condesa, si no hubiera ido á Munckholm.

—¡Cómo! ¡A Munckholm! Supongo que no habrá ido á buscar á Schumacker...

—Tal vez.

—La primera visita del barón de Thorvick ¿ha sido para Schumacker?

—¿Y por qué no, condesa? Schumacker es desgraciado.

—¡Cómo, general! ¿El hijo del virrey tiene relaciones con ese prisionero de estado?

—Federico Guldenlew, al encargarme el cuidado de su hijo, me suplicó, noble señora, que le educase como si fuera mío. He creído que el trato con Schumacker sería útil á Ordener, destinado también á ser poderoso algún día; por lo tanto, con la autorización del virrey he pedido á mi hermano Grummond de Knud un derecho de entrada para todas las prisiones, el cual

he dado á Ordener. El muchacho se aprovecha de él.

—¿Y desde cuándo, noble general, ha hecho el barón Ordener ese conocimiento tan útil?

—Hará poco más de un año, señora condesa; y aun parece que no le desagradó el trato de Schumacker, pues le ha fijado por mucho tiempo en Drontheim; y sólo por orden mía expresa, y con notable sentimiento suyo, logré que se pusiese en camino el año pasado para visitar Noruega.

—¿Y sabe Schumacker que su consolador es el hijo de uno de sus mayores enemigos?

—Sabe que es un amigo, y esto le basta.

—Pero vos, señor general—dijo la condesa fijando en él una mirada penetrante—¿sabíais al tolerar, y aun al formar esa amistad, que Schumacker tiene una hija?

—Sí, señora.

—¿Y esa circunstancia os ha parecida indiferente para vuestro discípulo?

—El discípulo de Levin de Knud es un hombre de bien. Ordener conoce la barrera que le separa de la hija de Schumacker, y es incapaz de seducir sin objeto legítimo á una joven, y sobre todo á la hija, de un hombre desgraciado.

La noble condesa de Ahlefeld se puso colorada y luego pálida; volvió la cabeza, procurando esquivar la mirada serena del anciano cual si fuera la de un acusador.

—En fin—dijo con voz balbuciente—esa amistad me parece... general, permitid que os lo diga... extraña é imprudente. Se asegura que los mine-

ros de las aldeas del Norte amenazan rebelarse, y que el nombre de Schumacker está comprometido en este asunto.

—¿Qué me contáis, señora?—exclamó el gobernador.—Schumacker ha sobrellevado hasta ahora con firmeza su infortunio. ¡Bah! Ese rumor es sin duda infundado.

Abrióse la puerta en aquel momento y anunció el ujier que un mensajero de su gracia, el gran canciller, deseaba hablar á la noble condesa.

Levantóse ésta precipitadamente, saludó al gobernador, y mientras continuaba éste el examen de los memoriales, pasó á sus habitaciones, situadas en un ala del palacio, dando orden de que introdujesen al mensajero.

Estaba hacía ya algunos momentos sentada en un rico sofá, en medio de sus doncellas, cuando entró este último. Hizo la condesa, al verle, un movimiento de repugnancia que al punto reprimió bajo una sonrisa afectuosa. No parecía, sin embargo, repugnante á primera vista, el aspecto del recién llegado: era un hombre más bien pequeño que alto, y cuyo aspecto anunciaba más bien cualquier otro empleo que el de mensajero. Sin embargo, examinándole con atención, su rostro parecía tan franco que ya rayaba en imprudente, y la jovialidad de sus miradas tenía un no sé qué de diabólico y siniestro. Inclinóse profundamente delante de la condesa, y la presentó un paquete cerrado con hilos de seda.

—Noble señora—dijo—dignaos permitirme que me atreva á ofrecer á vuestros pies un precioso

mensaje de su gracia vuestro ilustre esposo, mi venerado señor.

—¿Pues no viene él en persona? ¿Cómo os ha elegido por mensajero?—preguntó la condesa.

—Importantes quehaceres dilatan la llegada de su gracia, como veréis por esta carta, señora condesa; en cuanto á mí, debo, por orden expresa de mi noble señor y amo, disfrutar el insigne honor de tener una conferencia particular con vuecencia.

Palideció la condesa, y dijo con voz trémula:

—¡Yo! ¡Una conferencia secreta con vos, Musdœmon!

—Si eso pudiese afligir en lo más mínimo á mi noble señora, llegaría á su colmo la desesperación de este su indigno servidor.

—¡Afligirme! No, seguramente—respondió la condesa procurando sonreir.—¿Pero es tan necesaria esa conferencia?

El mensajero inclinó la frente casi hasta el suelo.

—¡Absolutamente necesaria! La carta que la ilustre condesa se ha dignado recibir de mis manos así lo expresa con toda formalidad.

Era cosa muy extraña ver á la altiva condesa de Ahlefeld temblar y palidecer delante de un criado que la prodigaba tan profundos acatamientos. Abrió lentamente la carta y leyó su contenido: después de haberla leído por segunda vez.

—Vamos—dijo á sus doncellas—que nos dejen solos.

—Dignaos, noble señora—dijo el mensajero hincando una rodilla en tierra—perdonarme la

libertad que oso tomarme y el disgusto que creo causar á vuestra gracia.

—Creed, por el contrario—repuso la condesa con forzada sonrisa,—que tengo mucho placer en veros.

Retiráronse en esto las doncellas.

—¿Conque ya has olvidado, Elfega, que hubo un tiempo en que nuestras entrevistas á solas no te disgustaban, eh?

Así hablaba el mensajero á la noble condesa, é iban estas palabras acompañadas de una risa semejante á la del demonio cuando en el momento en que se cumple el plazo se apodera del alma que se le ha entregado.

Inclinó al suelo su cabeza humillada la poderosa señora.

—¡Ojalá lo hubiera olvidado!—exclamó.

—¡Pobre loca! ¿Cómo puedes avergonzarte de cosas que ningún ojo humano ha visto?

—Lo que los hombres no ven, Dios lo ve.

—¡Dios! ¡Pobre mujer! Tú no eres digna de haber engañado á tu marido porque él es menos crédulo que tú.

—¡Oh! Me insultáis con poca generosidad, Musdœmon. ¡Mis remordimientos!

—Pues bien; si los tienes, Elfega, ¿por qué los aumentas todos los días con nuevos crímenes?

Ocultó la condesa su frente entre las manos; el mensajero prosiguió:

—¡Elfega, es menester decidirse: ó los remordimientos y basta de crímenes, ó el crimen y basta de remordimientos! Haz como yo, elige lo segundo; es lo mejor..., lo más divertido á lo menos.

—Quiera Dios—dijo en voz baja la condesa—que no encontréis esas crueles palabras en la eternidad.

—Vamos, hija mía; basta de chanza.

Entonces Musdœmon, sentándose junto á la condesa y pasándola el brazo alrededor del cuello,

—Elfega—la dijo—haz por ser, al menos en idea, lo que eras hace veinte años.

La desgraciada condesa, esclava de su cómplice, procuró corresponder á sus asquerosas caricias. Había en aquellos abrazos adúlteros de dos seres que se despreciaban y se aborrecían mutuamente, un carácter demasiado odioso, aun para aquellas almas degradadas.

Los ilegítimos placeres que habían hecho su alegría, y que no sé qué horrible convenio los obligaba á prodigarse aún, constituían entonces su martirio. ¡Extraño y justo castigo de los enlaces criminales! Su crimen se había convertido en su suplicio.

La condesa, para abreviar aquel tormento adúltero, preguntó en fin á su odioso amante, arrancándose de sus brazos, de qué mensaje verbal le había encargado su esposo.

—Ahlefeld—dijo Musdœmon—al ver robustecerse su poder á causa del matrimonio de Ordener Guldenlew con nuestra hija...

—¡Nuestra hija!—exclamó la altiva condesa; y su mirada, fija en Musdœmon, recobró todo su orgullo y su desdén.

—Pues yo creo—respondió el imperturbable mensajero—que tanto me pertenece Ulrica á mí

como á tu marido. Iba, pues, diciendo que este enlace no satisfacía enteramente á tu marido, si no logramos derribar enteramente á Schumacker. Desde el fondo de su prisión, ese antiguo privado es casi tan temible como en su palacio; tiene en la corte amigos obscuros, pero poderosos, tal vez porque son obscuros, y el rey, al saber hace un mes, que las negociaciones del gran canciller con el duque de Holstein-Plœn no iban adelante, exclamó con impaciencia: *Griffnefeld sabía él solo más que todos ellos juntos.* Un intrigante llamado Dispolsen, que ha venido de Munckholm á Copenhague, ha obtenido de él muchas audiencias secretas, después de las cuales, el rey ha hecho pedir á la cancillería donde están depositadas, los títulos de nobleza y de las propiedades de Schumacker. Se ignora á qué aspira éste; pero aun cuando no deseara más que la libertad, esto, para un prisionero de estado, es desear el poder. Es menester, pues, que muera, y que muera judicialmente; á forjarle un crimen se dirigen todos nuestros trabajos.

—Tu marido, Elfega, so pretexto de inspeccionar de *incógnito* las provincias del Norte, va á asegurarse por sí mismo del resultado que han producido nuestros manejos entre los mineros á quienes queremos provocar en nombre de Schumacker á una insurrección que luego nos será fácil sofocar. Lo que nos inquieta es la pérdida de muchos papeles importantes relativos á este plan, y que tenemos motivos para creer se hallen en poder de Dispolsen. Sabiendo, pues, que había salido de Copenhague para Munckholm, llevan-

do á Schumacker sus pergaminos, sus diplomas y aun acaso algunos documentos que pueden perdernos ó comprometernos por lo menos, hemos emboscado en las gargantas de Kole á algunos canallas fieles, encargados de darle pasaporte para el otro mundo después de haberle despojado de sus papeles. Pero si, como se asegura, Dispolsen ha venido de Berghen por mar, todos nuestros trabajos son inútiles por esta parte. No me cabe duda, sin embargo, de haber oído algunos rumores relativos al asesinato de un capitán llamado Dispolsen. Allá lo veremos. Entretanto andamos buscando á un famoso bandido, Han de Islandia, á quien quisiéramos poner al frente de la rebelión de los mineros. Y tú, prenda mía, ¿qué noticias me das de por acá? ¿Ha caído en la red la palomita de Munckholm? ¿La hija del ex ministro ha sido presa por fin de nuestro *falco-fulvus*, de nuestro hijo Federico?

La condesa, recobrando toda su altivez, exclamó de nuevo:

—¡Nuestro hijo!

—Pues ya se ve: ¿qué edad puede tener el muchacho? Veinticuatro años... Veintiséis hace que nos conocemos, Elfega.

—Sábelo Dios—exclamó la condesa.—Mi Federico es el heredero legítimo del gran canciller.

—Sí, Dios lo sabe—respondió riendo el mensajero;—el diablo puede ignorarlo. Por lo demás, tu Federico es un botarate indigno de mí, y no merece la pena de que disputemos por tan poca cosa. No sirve más que para seducir una muchacha, y, en fin..., ¿lo ha logrado á lo menos?

—Todavía no, que yo sepa.

—Pues es menester, Elfega, que veas de hacer un papel algo menos pasivo en nuestros asuntos: el del conde y el mío son, como ves, bastante activos. Mañana vuelvo á reunirme con tu marido; por tu parte, no te limites por Dios á rezar por nuestros pecados como la Madona que invocan los italianos cuando asesinan. Es menester también que Ahlefeld trate de recompensarme algo más espléndidamente de lo que los ha hecho hasta ahora: mi suerte está unida á la vuestra; pero ya me voy cansando de ser el servidor del esposo cuando soy el amante de la mujer, y de no ser más que el ayo, el preceptor, el pedagogo, cuando casi soy el padre...

Oyóse entonces el toque de las doce de la noche, y entró una de las doncellas á recordar á la condesa que, según los reglamentos del palacio, á aquella hora debían estar apagadas todas las luces. La condesa, gozosa de terminar una conferencia desagradable, llamó á todas sus damas.

—Permítame la excelentísima condesa—dijo Musdœmon al retirarse—conservar la esperanza de volver á verla mañana, y de ofrecer á sus pies el homenaje de mi más profundo respeto.

VIII

—A fe mía—dijo Ordener á Spiagudry—que ya empezaba á creer que los cadáveres alojados en este edificio eran los encargados de abrir la puerta.

—Perdonad, señor—respondió el anciano, en cuyos oidos resonaban todavía los nombres del rey y del virrey, y repitiendo su excusa vulgar. —Yo... yo... dormía profundamente.

—En ese caso, parece que no dormían vuestros muertos, pues ellos eran sin duda los que hablaban hoce un momento.

Turbóse Spiagudry extraordinariamente.

—¿Decís, señor extranjero, qué habéis oído...?

—Sí, sí, he oído; pero ¿qué importa? No he venido aquí á ocuparme en vuestros asuntos, sino á ocuparos en los míos. Entremos.

No tenía Spiagudry los mayores deseos de introducir al recién venido junto al cadáver de Gill, pero estas últimas palabras le tranquilizaron algún tanto. Además, ¿podía resistir?

Dejó, pues, entrar al joven, y luego, cerrando la puerta,

—Benigno Spiagudry—dijo—está á vuestras órdenes en todo lo que hace relación á las ciencias humanas. No obstante, si, como parece anunciarlo vuestra visita nocturna, creéis hablar á un hechicero, os equivocáis, *ne famam credas*- soy un sabio y nada más. Pasemos, señor ex; tranjero, á mi laboratorio.

—No—dijo Ordener;—junto á estos cadáveres vamos á detenernos.

—¡Junto á estos cadáveres!—exclamó Spiagudry recomenzando á temblar.—Pero, señor, no podéis verlos.

—¡Cómo que no puedo ver unos cuerpos que no están ahí más que para ser vistos! Repito que tengo que pediros detalles sobre uno de ellos, y vuestra obligación es dármelos. Obedeced de grado, amigo, ó tendréis que obedecer por fuerza.

Profesaba Spiagudry á los sables un respeto profundo, y veía brillar uno de estos fatales instrumentos en el costado de Ordener.—*Nihil non arrogat armis*—murmuró entre dientes, y buscando en su manojo de llaves, abrió la reja é introdujo al extranjero en la segunda sección de la sala.

—Veamos los vestidos del capitán—dijo éste.

En aquel momento un rayo de luz de la lámpara cayó sobre la cabeza sangrienta de Gill Stadt.

—¡Dios mío!—exclamó Ordener.—¡Qué abominable profanación!

—¡Tened compasión de mí, bienaventurado San Hospicio!—dijo en voz baja el conserje.

—¡Anciano!—prosiguió Ordener con voz amenazante—¿tan lejos estáis de la tumba para violar el respeto que le es debido?... ¿Y no teméis, desgraciado, que os enseñen los vivos lo que se debe á los muertos?

—¡Oh!—exclamó el conserje.—¡Perdón! ¡No he sido yo! ¡Si supierais!... Y entonces se detuvo, acordándose de las palabras del descendiente de

Ingolfo el Exterminador: *Sé fiel y mudo.*—¿Habéis visto salir á alguno por esta tronera?—preguntó con voz moribunda.

—Sí.

—¿Era tu cómplice?

—No. ¡Era el culpable, el solo culpable! ¡Lo juro por todas las reprobaciones infernales, por todas las bendiciones del cielo, por ese cuerpo tan indignamente profanado!... Y el pobre viejo se prosternó á los pies de Ordener.

Había en la desesperación del miserable Spiagudry y en sus ardientes protestas un acento de verdad que persuadió al mancebo.

—Anciano—dijo—levántate, y si no has ultrajado á la muerte, no envilezcas la ancianidad.

Levantóse el conserje y Ordener prosiguió:

—¿Quién es el culpable?

—¡Oh! ¡Silencio, señor, silencio! No sabéis de quién habláis. ¡Silencio! Y Spiagudry se repetía interiormente: *Sé mudo y fiel.*

—¿Quién es el culpable?—repuso Ordener con serenidad.—Yo quiero saberlo.

—¡En nombre del cielo, señor, no habléis de ese modo!—Callad, no sea que...

—El miedo no me hará callar y te hará hablar.

—¡Excusadme, señor, excusadme!—dijo el desolado Spiagudry.—No puedo...

—Puedes, porque yo quiero.—¡Es menester que me nombres al profanador!...

De nuevo procuró Spiagudry salirse de la cuestión.

—¡Pues bien! Noble caballero, el profanador de este cadáver es el asesino de este capitán.

—¿Luego este capitán ha muerto asesinado? —preguntó Ordener, á quien esta transición recordó el objeto de su visita.

—Seguramente.

—¿Y por quién? ¿Por quién?

—En nombre de la santa á quien invocaba vuestra madre al daros á luz, no os empeñéis en saber este nombre, por Dios, no me obliguéis á revelarle.

—Si pudiera aumentarse el interés que tengo en saberlo, vos le aumentarías, anciano, con el interés de la curiosidad. Mando que me digáis el nombre del asesino.

—Pues bien—dijo Spiagudry;—observad esas profundas hendeduras producidas por uñas largas y cortantes sobre el cuerpo de ese infeliz. Ellas os dicen quién es el asesino.

Y el anciano enseñaba á Ordener profundos rasguños sobre el cadáver desnudo y lavado.

—¿Cómo—dijo Ordener,—le ha devorado una fiera?

—No, no.

—Pues como no haya sido el diablo...

—¡Chitón! ¡Cuidado no adivinéis! ¿Habéis oído hablar—prosiguió el conserje en voz baja—de un hombre ó de un monstruo con faz humana, cuyas uñas son tan largas como las de Astarot que nos ha perdido ó las del Antecristo que nos perderá?...

—Hablad más claro.

—¡Ay de aquél!, dice el Apocalipsis.

—Lo que yo quiero saber es el nombre del asesino.

—El asesino... el nombre... ¡Señor, tened compasión de mí, tened compasión de vos!

—La segunda de estas súplicas destruía el efecto de la primera, aun cuando motivos graves no me obligasen á arrancarte ese nombre. No abuses por más tiempo...

—Pues señor, ya que lo exigís—dijo Spiagudry estirándose y en alta voz—el asesino, el profanador es Han de Islandia.

No le era desconocido á Ordener este nombre terrible.—¡Cómo!—respondió—¡Han! ¡Ese execrable bandido!

—No le llaméis bandido, porque siempre vive solo.

—Entonces, ¡miserable!, ¿cómo le conocéis? ¿Qué crímenes comunes os han unido?

—¡Oh noble señor! No creáis en las apariencias. ¿Es, por ventura, venenoso el tronco de la encina porque en él se abrigue la serpiente?

—Basta de vanas palabras; un perverso no puede tener por amigo más que á un cómplice.

—Yo no soy su amigo y mucho menos su cómplice; y si no os han persuadido mis juramentos, señor, dignaos observar que esta detestable profanación me expone, para de aquí á veinticuatro horas, cuando vengan á recoger el cuerpo de Gill Stadt, al suplicio de los sacrílegos, poniéndome así en la más espantosa inquietud en que se ha hallado jamás alma inocente.

Estas consideraciones de interés personal hicieron más impresión en Ordener que la voz suplicante del pobre viejo, á quien habían probablemente inspirado en gran parte su patética

aunque inútil resistencia al sacrilegio del monstruo. Quedó Ordener un momento pensativo, mientras Spiagudry procuraba adivinar en la expresión de su rostro si aquel silencio decidiría la paz ó la borrasca.

—En fin—dijo con tono severo, pero sin cólera—anciano, por vuestra vida decidme la verdad: ¿habéis hallado papeles sobre este oficial?

—Ninguno á fe mía.

—¿Sabéis si Han de Islandia los ha hallado?

—Juro por San Hospicio que lo ignoro.

—¿Lo ignoráis? ¿Sabéis dónde se oculta ese Han de Islandia?

—Nunca se esconde, señor; siempre anda errante.

—Bien; pero, en fin, ¿cuáles son sus guaridas?

—Ese maldito pagano—respondió el anciano en voz baja—tiene tantas guaridas como arrecifes la isla de Hitteren, como rayos la estrella de Sirio.

—De nuevo os pido—interrumpió Ordener—que habléis en términos positivos. Yo voy á daros el ejemplo: escuchad. Vos tenéis relaciones misteriosas con un bandido, de quien sostenéis no ser el cómplice; si le conocéis, debéis saber dónde está retirado ahora. No me interrumpáis. Si no sois su cómplice, no vacilaréis en guiarme para que le busquemos...

Spiagudry no pudo contener su espanto.

—¡Vos, Dios mío! ¡Vos, noble señor, lleno de juventud y de vida, provocar, buscar á ese demonio encarnado! Cuando Ingialdo, el de los

cuatro brazos, peleó con el gigante Nyetolmo, á lo menos tenía cuatro brazos...

—Pues si son menester cuatro brazos — dijo Ordener sonriendo,—¿no seréis vos el que me guie?

—¡Yo guiaros! ¿Cómo podéis burlaros así de un pobre viejo que ya casi tiene necesidad de que le guien?

—Empezad, amigo—repuso Ordener,—por no burlaros de mí. Si esta profanación, de que consiento en creeros inocente, os expone al castigo de los sacrílegos, no podéis quedaros aquí; tenéis, pues, que huir. Os ofrezco mi salvaguardia, pero con la condición de que me conduciréis á la guarida de ese bandido. Sed mi guía, y yo seré vuestro protector. Más digo: si encuentro á Han de Islandia, aquí le traeré muerto ó vivo; podréis probar vuestra inocencia, y os prometo que recuperaréis vuestro empleo. Entretanto, aquí tenéis más escudos reales de los que éste os produce por año.

Ordener, reservando la bolsa para el fin, había observado en sus argumentos la gradación exigida por las leyes más sanas de la lógica; aquéllos eran, sin embargo, en sí mismos bastante convincentes para dejar indeciso á Spiagudry. El buen viejo empezó por tomar el dinero.

—Mucha razón tenéis, noble señor—dijo en seguida, y sus ojos, hasta entonces indecisos, se fijaron en Ordener.—Si os sigo, me expongo á la venganza del formidable Han; si me quedo, mañana caigo entre las uñas del verdugo Orugix... Y ahora que me acuerdo, ¿cuál es el suplicio de

los sacrílegos?... No importa. En uno y otro caso mi pobre pellejo corre peligro; pero como, según la juiciosa observación de Sæmond-Sigfusson, alias el *Sabio*, *inter duo per icula æqualia minus imminens eligendum est*, os sigo. Sí, señor; os sigo, seré vuestro guía...; pero no olvidéis, y os lo suplico, que he hecho cuanto ha estado en mi mano para apartaros de tan temerario designio.

—Sea—dijo Ordener;—seréis mi guía. Anciano —añadió echándole una mirada expresiva,— cuento con vuestra probidad.

—¡Oh! Señor, la fe de Spiagudry es tan pura como el oro que acabáis de darme tan generosamente.

—Que no sea de otro modo, si no queréis que os pruebe que el hierro de mi sable tiene tan buenos quilates como el oro de mi bolsa. ¿Dónde creéis que esté ahora Han de Islandia?

—Como el mediodía del Drontheimus está lleno de las tropas que se han enviado á consecuencia de no sé qué petición del gran canciller, Han debe haberse dirigido hacia la gruta de Walderlong, ó al lago de Smiasen. Nuestro camino debe ser por Skongen.

—¿Cuándo podréis seguirme?

—Hoy, cuando haya caído la noche y esté cerrado el Spladjest, vuestro humilde servidor empezará al lado de vuestra merced á desempeñar su empleo de guía, por el cual privará á los muertos de su asistencia. Ya buscaremos un medio de ocultar durante todo el día, á los ojos del pueblo, la mutilación del minero.

—¿Dónde os hallaré esta noche?

—En la plaza mayor de Drontheim, si os acomoda, junto á la estatua de la Justicia que antes fué Freya, y que me protegerá sin duda bajo su sombra, en atención al precioso diablo que he hecho esculpir bajo sus pies.

Spiagudry iba seguramente á repetir de palabra á Ordener la exposición de su memorial al gobernador, si éste no le hubiese interrumpido:

—Basta, anciano; ya está hecho el tratado.

—Hecho—repitió el conserje.

Apenas pronunció estas palabras, cuando resonó una especie de gruñido encima de ellos. Spiagudry se estremeció.—¿Qué es eso?—dijo.

—¿No hay aquí—dijo Ordener igualmente sorprendido—más habitante vivo que vos?

—Es verdad; ahora me acuerdo de mi vicario Oglypiglap — repuso Spiagudry tranquilizado con esta idea;—sin duda está durmiendo estruendosamente. Un lapón dormido, dice el obispo Arngrim, mete tanta bulla como una mujer despierta.

Diciendo esto, habían ya llegado á la puerta del Spladjest, que Spiagudry abrió con mucho tiento.

—Id con Dios, señor mío de mi alma—dijo á Ordener,—y el cielo os colme de venturas. Hasta la noche; si pasáis casualmente por delante de la cruz de San Hospicio, dignaos rezar algunos padrenuestros por el alma de vuestro miserable servidor Benigno Spiagudry.

Entonces, cerrando la puerta apresuradamente, tanto por temor de ser visto, como por preservar su lámpara de las primeras brisas mati-

nales, volvió junto al cadáver de Gill, y se ocupó en poner la cabeza de éste de modo que no pudiese verse la mutilación.

Muchas razones habían sido necesarias para que se decidiera el tímido conserje á aceptar la aventurada oferta del extranjero. En los motivos de su temeraria determinación entraban: primera, el temor de Ordener presente; segunda, el del verdugo Orugix; tercera, un antiguo odio á Han de Islandia, odio de que apenas se atrevía á darse cuenta á sí mismo, ¡tal era su miedo! ¡tanto le comprimía el terror!; cuarta, el amor á las ciencias, en cuyo beneficio debía redundar aquel viaje; quinta, la confianza en su natural travesura para sustraerse á las miradas de Han; sexta, el atractivo meramente especulativo de cierto metal que contenía la bolsa del joven aventurero, y de que también parecía estar llena la caja de hierro robada al capitán y destinada á la viuda Stadt, mensaje que ya corría gran peligro de no separarse jamás del mensajero.

Y la séptima y última consideración era, en fin, la esperanza, bien ó mal fundada, de recuperar, tarde ó temprano, el destino que iba á abandonar. Además, ¿qué le importaba que el bandido matase al viajero, ó que el viajero matase al bandido? Al llegar á este punto de sus cuentas, no pudo menos de decirse á sí mismo en alta voz: —De todos modos me resultará un cadáver.

Resonó entonces un segundo gruñido que hizo estremecerse al pobre conserje.

—No, no son esos los ronquidos de Oglypiglap—dijo;—este ruido viene de fuera. Y luego, después de un momento de reflexión: —¡Bah! buena tontuna la mía, de asustarme por tan poca cosa; será el perro del puerto que se ha despertado y está ladrando.

Acabó entonces de disponer como pudo los desfigurados miembros de Gili; y luego, cerrando de nuevo todas las puertas, fué á descansar en su triste lecho de las fatigas de aquella noche, y á recobrar nuevas fuerzas para la siguiente.

IX

El fanal del castillo de Munckholm acababa de apagarse, y ya veía en su lugar el marinero que entraba por el golfo de Drontheim brillar á lo lejos el casco del soldado, como una estrella errante, á los rayos del sol naciente, cuando Schumacker, apoyado en el brazo de su hija, bajó según su costumbre al jardín circular que rodeaba su prisión. Ambos habían pasado una noche agitada: el viejo por los cuidados, la joven por deliciosos ensueños. Paseábanse hacía un rato en silencio, cuando el anciano prisionero fijó en su hija una mirada triste y grave:

—Ríes y te pones colorada, Ethel. Hija mía, sin duda eres feliz, porque no te avergüenzas de lo pasado y sonríes al porvenir.

Ethel se puso más colorada que antes y dejó de sonreir.

—Padre mío—dijo tímida y confusa—he traído el libro del Eda.

—Pues bien; lee, hija mía—dijo Schumacker—y volvió á sumergirse en sus meditaciones.

Entonces el triste cautivo, sentado en un peñasco á que hacía sombra un pino negro, escuchó la dulce voz de su hija sin oir lo que leía, como un viajero sediento se complace en el murmullo de la fuente que le da la vida.

Leyó Ethel la historia de la pastora Alanga que rehusó la mano de un rey porque aún no había probado que era un guerrero. El príncipe Rugiero Lodbrog no tuvo á la pastora hasta que volvió vencedor del bandido de Klipstadur, Ingolfo el Exterminador.

Interrumpió de repente su lectura un rumor de pasos y de hojas pisoteadas que arrancó á Schumacker de sus cavilaciones. Salió el ténienente de Ahlefeld de detrás del peñasco donde estaban sentados; bajó Ethel la cabeza reconociendo á su eterno interruptor, y el oficial exclamó:

—A fe mía, graciosa señorita, que el nombre de Ingolfo el Exterminador acaba de ser pronunciado por esa boca de perlas: lo he oído, y sospecho que sin duda habéis ascendido hasta él por la colina de la conversación acerca de su descendiente Han de Islandia: las señoritas son muy aficionadas á hablar de bandoleros. Bajo este aspecto, refiérense de Ingolfo y de sus descendientes cosas singularmente agradables y espantosas de oir. El Exterminador Ingolfo no tuvo más que un hijo, habido de la bruja Thoarka; este hijo no tuvo igualmente más que un hijo, habido

igualmente de una bruja. De cuatro siglos á esta parte, hase perpetuado así esta raza para la desolación de Islandia, siempre por un solo vástago que siempre produce un solo ramo. Y por esta serie de herederos únicos ha llegado en nuestros días sano y salvo el infernal espíritu de Ingolfo al famoso Han de Islandia, que ahora tenía sin duda, hace un momento, la dicha de ocupar los pensamientos virginales de la amable señorita.

Hizo aquí alto el militar: guardaba Ethel el silencio de la turbación; Schumacker el del fastidio. Hechizado de hallarlos dispuestos, sino á responder, al menos á escuchar, prosiguió:

—El bandido de Kliptadur no tiene más que una pasión: el odio á los hombres; más que un deseo: el de hacerlos daño...

—Es discreto—interrumpió bruscamente el anciano.

—Siempre vive solo—repuso el teniente.

—Es feliz—dijo Schumacker.

Esta doble interrupción que parecía sellar un pacto de conversación, colmó de alegría al militar.

—¡Presérvenos el dios Mithra de esos discretos y de esos felices! Maldito sea el mal intencionado céfiro que trajo á Noruega el último de los demonios de Islandia... Miento: mal intencionado no, porque se asegura que á un señor obispo nada menos le debemos la dicha de poseer al admirable Han de Klipstadur. Si hemos de creer á la tradición, parece que algunos aldeanos islandeses, habiéndose encontrado en los montes de

Bessested al pequeño Han, niño todavía, quisieron matarle, como Astiages al león de Bactriana; pero á ello se opuso el obispo de Scalhot, quien tomó al monstruo bajo su protección, esperando hacer un cristiano de un diablillo. El santo obispo empleó mil medios para desarrollar aquella inteligencia infernal, olvidando que nunca la cicuta se convirtió en lirio en los pensiles de Babilonia. Pagóle su cariño el imberbe energúmeno, fugándose una noche en un tronco de árbol surcando los mares é iluminando su fuga con el incendio del palacio episcopal. Y he aquí, gallarda señorita, si hemos de creer á las viejas de la comarca, el modo sobrenatural como pasó á Noruega ese islandés que, merced á su crianza, presenta hoy toda la perfección del género monstruoso. Desde entonces, cegadas las minas de Fa-roër y aplastados trescientos mineros bajo los escombros, precipitado el peñasco pendiente de Golyn durante la noche la aldea que dominaba, deshecho el puente de Half-Broën, y precipitado desde lo alto de las rocas bajo los pies de los viajeros; incendiada la catedral de Drontheim, apagados durante las noches de tempestad los fanales de las costas, y un sinnúmero de crímenes y de asesinatos sepultados en los lagos de Sparbo y de Smisasen ó escondidos en las grutas de Walderhog y de Ryless, y en las gargantas de Dofre-Field, han revelado la presencia en el Dronteimhus de ese Arimanes encarnado. Aseguran las viejas que á cada crimen nuevo le sale un pelo en la barba, y si esto es así como ellas dicen, debe ya ser su barba tan poblada como la

del más venerable mago de Asiria. Ha de saber, sin embargo, esta amable señorita, que el gobernador ha procurado más de una vez poner coto al extraordinario incremento de esa barba...

—Y todos los esfuerzos para apoderarse de ese hombre—dijo Schumacker con una mirada de triunfo y una sonrisa irónica—¿han sido inútiles? Doy por ello la más cordial enhorabuena á la gran cancillería.

No comprendió el militar éste sarcasmo del ex gran canciller.

—Han ha sido hasta el día tan incapturable como Horacio, apellidado Cocles. Soldados viejos, soldados bisoños, campesinos, montañeses, todo muere ó huye delante de él. Es un demonio inevitable é incogible; la mayor dicha á que pueden aspirar los que le buscan es á la de no encontrarle.

—Acaso esta amable señorita está admirada—continuó sentándose junto á Ethel, que se acercó á su padre—de las muchas singularidades que la cuento relativas á ese ser sobrenatural: pero no sin motivo he recopilado tantas y tan admirables tradiciones. Paréceme, y sería para mí gran ventura, que esta preciosa señorita participase de mi opinión; paréceme, digo, que las aventuras de Han podrían suministrar una novela deliciosa en el género de los sublimes escritos de la ingeniosa Scudery, *Artamenes* ó *Clelia*, de la cual no he leído, por cierto, más que seis tomos, pero que no por eso deja de ser un *capo d' opera* á mi entender. Sería forzoso, por ejemplo, ante todas cosas, suavizar nuestro clima, engalanar

nuestras tradiciones, modificar nuestros nombres bárbaros. Drontheim, ingeniosamente llamado *Durtinianum,* vería convertirse, al golpe de mi varita de virtudes, sus selvas en deliciosos bosquecillos, bañados de mil arroyuelos murmuradores, algo más poéticos que nuestros terribles torrentes. A nuestras cavernas negras y profundas sucederían aromáticas grutas, entapizadas de conchas azules y doradas chinas. En una de estas grutas habitaría un célebre encantador: Hanus de Thulé. Porque es menester convenir que el nombre de *Han de Islandia* no es grato á los oídos delicados. Este gigante...—cualquiera conoce cuán absurdo sería que el héroe de semejante novela no fuese un gigante;—este gigante descendería por línea recta del fiero Mavorte—Ingolfo el Exterminador nada dice á la imaginación—y de la encantadora Teones..., ¿qué os parece la alteracioncilla del nombre de *Toarna,* hija de la Sibila de Cumas? Hanus, después de haber sido educado por el gran mago de Thulé, se escaparía del palacio pontifical en una carroza tirada por dos dragones... Sólo un pobre de espíritu sería capaz de conservar la mezquina tradición del tronco de un árbol. Llegado á las playas de *Durtinianum* y seducido por aquel delicioso país, fijaría en él el lugar de su residencia y el teatro de sus crímenes. No dejaría de tener cuatro bemoles el hacer una pintura agradable de las insolencias de Han; pero se podría suavizar la parte que tuvieran de horrible con algún amorío ingeniosamente imaginado. La pastora Alcipe, apacentando un día su ganado en un bosque-

cillo de mirtos y de rosales, sería divisada por el gigante, que al punto se rendiría al mágico poder de sus divinos ojos; pero Alcipe ama al gallardo Nemoroso, alférez de milicias que está de guarnición en la aldea. Irrítase el gigante de la felicidad del centurión, y el centurión de los galanteos del gigante. Bien conocéis, amable señorita, todos los encantos que una imaginación fecunda podría derramar sobre las aventuras de Hanus de Thulé; y apostaría mis botas de Cracovia contra un par de patines, á que semejante asunto, manejado por la ingeniosa Scudery, volvería locas á todas las damas sensibles de Copenhague...

Este nombre arrancó á Schumacker de la adusta meditación en que permaneció sumergido durante la inútil facundia que acababa el teniente de prodigar.

—¡Copenhague! — exclamó. —Señor oficial, ¿qué hay de nuevo en Copenhague?

—Nada que yo sepa—respondió el teniente,—como no sea el consentimiento dado por el rey al importante consorcio que ocupa en la actualidad los dos reinos.

—¿Cómo?—repuso Schumacker,—¿qué consorcio?

La aparición de un cuarto interlocutor detuvo la respuesta en los labios del teniente.

Todos tres levantaron los ojos; desnublóse el rostro adusto del prisionero: la frívola fisonomía del teniente tomó una expresión de gravedad, y el dulce rostro de Ethel, pálida y confusa durante el largo soliloquio del militar, se cubrió de

vida y de contento. Suspiró profundamente, como si su corazón se sintiese aliviado de un peso insoportable, y su sonrisa triste y furtiva fué un rayo de luz para el recién venido. Este era Ordener.

El anciano, la joven y el teniente se hallaban delante de Ordener en una situación muy singular; cada uno de ellos tenía un secreto común con él, de modo que todos se molestaban recíprocamente. La vuelta de Ordener á la torre no sorprendió á Schumacker ni á Ethel, que le esperaban; pero admiró al teniente ni más ni menos que á Ordener la presencia de éste en aquel sitio. Bien hubiera podido el recién llegado temer alguna indiscreción del militar sobre la escena del día antes, si el silencio prescrito por la ley de caballería no le tranquilizara; no podía, pues, menos de admirarse de verle sentado en buena paz y compaña junto á los dos prisioneros.

Nada podían decirse reunidos estos cuatro personajes, precisamente porque tenían mucho que decirse á solas; de modo que, salvo algunas miradas de inteligencia y confusión, la acogida que halló Ordener fué sumamente fría

El teniente soltó una buena carcajada.

—Por la cola del manto real, apreciable recién venido, que estamos guardando un silencio que se parece no poco al de los senadores galos, cuando el romano Breno...; ya no me acuerdo quiénes eran los galos y quiénes los romanos, si el general ó los senadores. ¿Qué más da? Una vez que está vuesa merced con nosotros, ayúdeme por su vida á instruir á este venerable ancia-

no de las novedades del día. Ahora iba, cuando acaeció vuestra súbita entrada, á hablarle del ilustre himeneo que ocupa en esto momento á medos y persas...

—¿Qué himeneo?—dijeron en coro Ordener y Schumacker.

—En el corte de vuestros vestidos, señor extranjero—dijo el teniente—había yo adivinado que veníais de luengas tierras, y esa pregunta convierte en certidumbre mis sospechas. Ayer, sin duda, debió desembarcar vuestra merced en las orillas del Nider, en un mágico carro tirado por dos grifos alados; porque mai hubierais podido recorrer Noruega sin oir hablar de las famosas bodas del hijo del virrey con la hija del gran canciller.

—¡Cómo!—dijo Schumacker volviéndose al teniente.—¿Ordener Guldenlew se casa con Ulrica de Ahlefeld?

—Ni mas ni menos—respondió el teniente;—y eso sucederá antes de que haya pasado en Copenhague la moda de los jubones á la francesa.

—El hijo de Federico debe tener como hasta veintidós años, porque uno llevaba yo ya en la fortaleza de Copenhague cuando llegó á mis oídos la noticia de su nacimiento. Bien hace en casarse joven—continuó Schumacker con amarga sonrisa;—así no le acusarán, cuando caiga en la desgracia, de haber aspirado al capelo de cardenal.

Hacía en esto el antiguo privado una alusión á sus propias desgracias que no comprendió el teniente.

—No por cierto—dijo éste dando una carcajada.—El barón Ordener va á recibir el título de conde, el cordón del Elefante y los galones de coronel, cosas que no se concilian en manera alguna con la birreta de cardenal.

—Tanto mejor—respondió Schumacker. Y luego, después de una breve pausa, añadió meneando la cabeza, como si hubiera visto presente su venganza:—Acaso algún día le harán una argolla con ese noble cordón, le romperán sobre la frente su corona de conde y le darán de bofetadas con sus galones de coronel.

Ordener apretó la mano al irritado viejo.

—En el interés de vuestro odio, señor, no maldigáis la dicha de un enemigo antes de saber si esa dicha lo es en efecto para él.

—¿Y qué le importan—dijo el teniente—al barón de Thorvick los anatemas de este buen señor?

—¡Señor teniente!—exclamó Ordener—acaso le importan más de lo que vos creéis. Y—prosiguió después de un momento de silencio—vuestra famosa noticia no es tan segura como imagináis.

—*Fiat voluntas tua*—repuso el teniente, haciendo un saludo irónico.—Verdad es que el rey y el virrey y el gran canciller, ya lo han dispuesto todo para esta unión; que la desean, que están empeñados en ella; pero una vez que no es del gusto del señor extranjero, ¿qué importan el gran canciller, el virrey y su majestad?

—Acaso tengáis razón—dijo Ordener con seriedad.

—¡Oh! Por el alma de San Teobaldo—y el teniente se echó mano á los costados para no reventar de risa,—que en mi vida he oído cosa más chusca. Un ojo de la cara daría porque pudiese oir el barón de Thorvick á un adivino tan instruído en las cosas de este mundo, decirle la buenaventura. Creedme, docto profeta, aún tenéis poca barba en el rostro para ser buen nigromántico.

—Señor teniente—respondió Ordener con frialdad,—no creo que Ordener Guldenlew se case con una mujer á quien no ama.

—¡Valiente libro de máximas! ¿Y quién os dice, señor capaverde, que el barón no ama á Ulrica de Ahlefeld?

—¿Y quién os dice á vos—replicó al punto Ordener—que la ama?

Aquí el teniente, arrebatado por el calor de la disputa, se vió en la precisión, como muchas veces acontece, de afirmar un hecho de que no estaba seguro.

—¿Quién me dice que no la ama? ¡Buena pregunta! Lo siento por vuestra adivinación; pero nadie ignora que este matrimonio, tanto se hace por amor como por razón de Estado.

—Yo lo ignoro—dijo Ordener con tono grave.

—¿Y qué?—replicó el teniente;—eso no impide que el hijo del virrey esté enamorado de la hija del canciller.

—¿Enamorado?

—¡Loco de enamorado!

—Sería menester, en efecto, que estuviera loco para enamorarse de ella.

—¿Qué es eso? No olvidéis de quién y á quién habláis. ¡Vaya! ¡No parece sino que el hijo del conde-virrey no ha podido enamorarse de una mujer sin consultar á ese gaznápiro!

Esto diciendo, el oficial se había puesto en pie. Ethel, que vió inflamarse las miradas de Ordener, se precipitó hacia él.

—¡Oh!—dijo.—Por amor de Dios, serenaos; no hagáis caso de sus injurias. ¿Qué nos importa que el hijo del virrey ame ó deje de amar á la hija del canciller?

Aquella linda mano posada sobre el corazón del mancebo apaciguó sus borrascas; fijó en Ethel una mirada cariñosa, y no oyó la voz del teniente, que recuperando su alegría, exclamaba:

—La graciosa señorita desempeña con indecible gracia el papel de las mujeres sabinas entre sus padres y sus maridos. Mis palabras fueron poco mesuradas; olvidé—prosiguió dirigiéndose á Ordener—que existía entre nosotros un vínculo de fraternidad, y que ya no podíamos provocarnos. Caballero, venga esa mano. Seamos francos; también vuesa merced olvidó que hablaba del hijo del virrey á su futuro cuñado, el teniente Ahlefeld.

Al oir este nombre Schumacker, que antes lo había observado todo con ojos de indiferencia ó de fastidio, se lanzó de su asiento de piedra, prorrumpiendo en un grito terrible.

—¡Ahlefeld! ¡Un Ahlefeld delante de mí! ¡Serpiente! ¡Cómo no he reconocido en el hijo á su execrable padre! Déjame en paz en mi calabozo.

Yo no he sido condenado al tormento de verte. Sólo me faltaba, como se atrevía ese infame á desearlo hace un momento, ver al hijo de Guldenlew junto al hijo de Ahlefeld... ¡Traidores! ¡Cobardes! ¿Por qué no vienen en persona á saborear mis lágrimas de demencia y de rabia? ¡Raza! ¡Raza aborrecida! ¡Hijo de Ahlefeld, déjame!

El teniente, aturdido al pronto con la vivacidad de aquellas imprecaciones, no tardó en recobrar la cólera y la palabra:

—¡Silencio, viejo loco! ¿Cuándo acabas de cantarme las letanías de los demonios?

—¡Déjame, déjame—prosiguió el anciano,—y recibe mi maldición para ti y para la miserable raza de Guldenlew que va á enlazarse con la tuya!

—¡Vive Dios!—exclamó furioso el teniente—que me haces dos ultrajes...

Ordener contuvo al teniente, ciego de cólera.

—Respetad á un anciano en vuestro enemigo, caballero militar. Ya tenemos un lance pendiente; yo tomo sobre mí las ofensas del prisionero.

—Acepto—dijo el teniente;—contraéis dos deudas conmigo. El combate será á muerte, porque tengo que satisfacer dos venganzas: la mía y la de mi cuñado. No olvidéis que juntamente con mi guante levantáis el de Ordener Guldenlew.

—Teniente Ahlefeld—respondió Ordener,—abrazáis el partido de los ausentes con un calor que prueba mucha generosidad. Pero ¿no sería también acción generosa compadecerse de un

pobre anciano á quien la adversidad da algún derecho para ser injusto?

Era la de nuestro teniente una de aquellas almas en que se despierta una virtud con una alabanza. Apretó el joven la mano á Ordener, y se acercó á Schumacker, que por su mismo arrebato había caído en los brazos de la aterrada Ethel.

—Señor Schumacker—dijo el teniente,—habéis abusado de vuestra edad, y yo iba acaso á abusar de la mía, si el cielo no os hubiera deparado un campeón. Entré esta mañana por última vez en vuestra prisión, porque era para deciros que de aquí en adelante podéis quedar, por orden expresa del virrey, libre y sin guardias en la torre. Recibid esta grata noticia de la boca de un enemigo.

—Retiraos—dijo el anciano con voz sombría.—Inclinóse et teniente y obedeció, muy satisfecho allá en su interior de haber logrado una mirada afectuosa de Ordener.

Permaneció Schumacker un buen rato con los brazos cruzados, é inclinada la cabeza sobre el pecho, sepultado en sus reflexiones. De repente fijó la vista en Ordener, que estaba en pie y silencioso delante de él.

—¿Qué hay?—dijo.

—Señor conde, Dispolsen ha muerto asesinado.

Volvió el anciano á inclinar la frente sobre el pecho. Ordener prosiguió:

—Su asesino es un famoso bandido: Han de Islandia.

—¡Han de Islandia!—dijo Schumackel!

—¡Han de Islandia!—repitió Ethel.

—El asesino ha arrebado á su víctima los papeles que llevaba.

—¿Según eso—dijo el anciano,—no habéis oído hablar de un cofrecillo de hierro, sellado con las armas de Griffenfeld?

—No, señor.

Apoyó Shumacker la frente sobre las manos con profundo desaliento.

—Yo os le traeré, señor conde; fiad en mí. El crimen ha sido cometido ayer por la mañana. Han huído hacia el Norte. Yo tengo un guía que sabe sus guaridas y he recorrido muchas veces las montañas del Drontheimus. Yo cogeré al asesino.

Púsose Ethel más pálida que la nieve. Schumacker se puso en pie mirando al joven con ojos de entusiasmo, como si todavía comprendiese la virtud entre los hombres.

—¡Noble Ordener—le dijo,—adiós! y levantando una mano al cielo, desapareció entre los árboles.

Cuando se volvió Ordener, vió á Ethel sobre la roca ennegrecida por el musgo, pálida como una estatua de alabastro sobre un negro pedestal.

—¡Dios mío! ¡Ethel!—exclamó precipitándose hacia ella y sosteniéndola en sus brazos, ¿qué tienes?

—¡Oh!—respondió la hermosa con voz apenas inteligible.—¡Oh! Si me amáis... ¿Qué digo? ¡Si tenéis alguna compasión de mí, señor! Si no me hablabas ayer para engañarme, si no has venido á este castillo sólo para darme la muerte.

¡Ordener! ¡Ordener mío! ¡renuncia en nombre del cielo, en nombre de los ángeles, renuncia á ese proyecto insensato! Ordener, querido Ordener—prosiguió, y sus lágrimas corrían con abundancia, y su cabeza estaba reclinada sobre el pecho del mancebo,—haz este sacrificio por mí. No persigas á ese bandido, á ese horrible demonio á quien vas á buscar. ¿Qué interés te dirige, Ordener? Dime, ¿qué interés puede serte más caro para ti que el de la infeliz á quien llamabas ayer tu adorada esposa?

Sus sollozos no la dejaron proseguir. Sus dos brazos pendían con las manos cruzadas sobre el cuello de Ordener, en cuyos ojos fijaba sus ojos suplicantes.

—Ethel mía, haces mal en asustarte: Dios proteje las buenas intenciones, y el interés por que me expongo no es otro que el tuyo propio. Ese cofrecillo de hierro contiene...

—¡Mi interés!—exclamó Ethel interrumpiéndole.—¿Y tengo yo otro interés que el de tu vida? Y si tú mueres, Ordener, ¿qué será de mí?

—¿Y por qué he de morir, Ethel?

—¡Ah! ¡Tú no conoces á ese Han, á ese monstruo infernal! ¡Sabes tú quien es? ¿Sabes que gobierna á todas las potencias de las tinieblas? ¿Que derrumba los montes sobre las ciudades? ¿Que sus pasos ciegan las cavernas subterráneas? ¿Que su aliento apaga los fanales sobre las rocas? ¿Y crees tú, Ordener mío, resistir á ese gigante, ayudado por el demonio, con tus blancos brazos y tu frágil espada?

—¿Y tus oraciones, Ethel? ¿Y la idea de que

peleo por ti? ¿Créeme, vida mía, te han exagerado mucho la fuerza y el poder de ese bandido: es un hombre como yo, que da la muerte hasta que la reciba.

—¿Conque no quieres escucharme? ¿Conque mis palabras no son nada para ti? ¿Qué será de mí, dime, si tú te vas, si vas á correr de un peligro á otro mayor, exponiendo, por no sé qué interés de la tierra, tu vida que es mía, para entregársela á un monstruo?

Y entonces se despertaron de nuevo en su imaginación las palabras del teniente, exageradas por su cariño y su terror.

—Sí, yo te lo aseguro—prosiguió con voz que hacían balbuciente sus sollozos;—los que te han dicho que no era más que un hombre, te han engañado. Más me debes creer á mí que á ellos, Ordener, porque tú sabes que yo no quería engañarte. Mil veces ha intentado cogerle el gobierno, y él ha destruído batallones enteros. Sólo quisiera que otros te lo dijeran para que los creyeses y no te fueras.

Las súplicas de la pobre Ethel hubieran tal vez hecho vacilar á Ordener en su temeraria resolución, á no hallarse tan comprometido. Recordó las palabras que pronunció el día antes Schumacker en su desesperación, y este pensamiento le dió nueva fuerza.

—Yo podría, querida Ethel, decirte que no iré y engañarte; pero jamás te engañaré, ni aun para tranquilizarte: repito que no debo vacilar entre tus lágrimas y tus intereses: ¡se trata de tu honor, del de tu padre, de tu felicidad, de tu vida

tal vez, de tu vida, Ethel!... Y el joven la estrechaba con ternura entre sus brazos.

—¿Y qué me importa todo eso?—repuso ella en el colmo de la agonía.—Amigo mío, Ordener, mi vida, porque tú sabes que lo eres, ¡oh! no me des un infortunio seguro y terrible en cambio de pesadumbres llevaderas y dudosas. ¿Qué me importa mi vida?

—Se trata también, ángel mío, de la vida de tu padre.

Ethel se arrancó de los brazos de su amante.

—¿De mi padre?—repitió en voz baja y cubriendo su rostro una mortal palidez.

—Sí, Ethel. Ese bandolero, pagado, sin duda, por los enemigos del conde Griffenfeld, tiene en su poder papeles cuya pérdida compromete la vida, ya tan expuesta, de tu padre. Yo quiero arrancarle estos papeles con la vida.

Permaneció Ethel por algunos momentos pálida y muda; sus ojos no podían ya derramar lágrimas; su seno agitado respiraba con dificultad; miraba al suelo con ojos fijos é indiferentes, como le mira un reo en el momento en que se levanta la cuchilla sobre su cabeza.

—¡De mi padre!—murmuró con voz moribunda.

Alzó luego lentamente sus ojos hacia Ordener.

—Lo que vas á hacer es inútil, pero hazlo.

Ordener la estrechó sobre su corazón.

—¡Oh mujer celestial; deja que tu corazón palpite sobre el mío, generosa amiga! ¡Pronto volveré! Sí, tú serás mía; yo quiero ser el libertador de tu padre, para merecer el título de hijo suyo. ¡Ethel, querida Ethel!...

¿Quién podría decir lo que pasa en un corazón cuando siente que otro corazón generoso le comprende? Y si el amor une á estas dos almas parecidas con un vínculo indestructible, ¿quién podría pintar sus inefables delicias? Parece entonces que se sienten reunidas en un breve momento toda la felicidad y toda la gloria de la vida, hermoseadas con el encanto de los sacrificios generosos.

—¡Ordener mío, ve!; y si no vuelves, el dolor sin esperanza, asesina. Me quedará este lento consuelo.

Levantáronse entrambos y Ordener puso sobre su brazo el brazo de Ethel, y en su mano aquella mano adorada; cruzaron en silencio las tortuosas alamedas del triste jardín, y llegaron con profundo sentimiento á la puerta de la torre que servía de salida. Entonces Ethel, sacando del seno unas preciosas tijeras de oro, cortó un rizo de sus hermosos cabellos negros.

—Recibe esta prenda, Ordener; acompáñete siempre y sea ella más feliz que yo.

Estrechó Ordener sobre sus labios con religioso fervor los cabellos de su querida. Ella prosiguió:

—Ordener, piensa en mí, y yo rezaré por ti. Acaso mis oraciones serán tan poderosas para con Dios como tus armas para con el demonio.

Prosternóse Ordener ante los pies de aquel ángel de luz. Sentía demasiadas cosas su alma para que pudiese su boca decir ninguna, y así permanecieron ambos por algún tiempo, reclinado el uno sobre el corazón del otro. En el momento de

separarse de ella, acaso para siempre, gozaba Ordener con triste delirio de la felicidad de tener á su dulce Ethel entre sus brazos. En fin, sellando un largo y casto beso sobre la frente pálida de la hermosa virgen, se lanzó rápidamente bajo la obscura bóveda de la escalera en forma de espiral, que llevó un momento después á sus oidos la palabra tan lúgubre y tan dulce al mismo tiempo: ¡adiós!...

X.

La condesa de Ahlefeld acababa de dejar la vigilia de la noche por la del día. Reclinada sobre un sofá, pensaba en los amargos dejos de los placeres impuros, en el crimen que desgasta la vida con alegrías sin felicidad y dolores sin consuelo. Pensaba en Musdœmon, á quien culpables ilusiones habían hecho parecer á sus ojos tan seductor en otro tiempo, y tan horrible luego que pudo conocerle á fondo y ver su alma desnuda. Lloraba la miserable, no de haber sido engañada, sino de no poder serlo ya; por eso no la consolaban sus lágrimas. Abrióse entonces la puerta de su salón; limpióse la condesa los ojos apresuradamente, y se volvió irritada de que la sorprendieran, porque había mandado que la dejasen sola. Al ver á Musdœmon cambióse su cólera en espanto, que reprimió al punto viéndole acompañado de su hijo Federico.

—¡Mamá!—exclamó el teniente—¿cómo está

usted aquí? Yo la hacía á usted en Berghen. ¿Será que las señoras de gran tono hayan tomado la moda en Copenhague de vivir fuera de su casa?

Recibió la condesa á Federico con caricias, á que éste, como todos los hijos mimados, respondió con bastante frialdad. Este era acaso el más cruel de todos los castigos para aquella infeliz. Federico era su hijo querido, el único ser en el mundo á quien conservaba un afecto desinteresado, porque muchas veces en una mujer degradada, aun cuando ha desaparecido la esposa, queda algo de la madre.

—Ya veo, hijo mío, que apenas supiste que estaba tu madre en Drontheim, has venido al instante á verla.

—No: nada de eso. Me aburría en el castillo, y vine á la ciudad, donde he encontrado á Musdœmon que me ha traído aquí.

La pobre madre suspiró profundamente.

—Ahora que me acuerdo, mamá—prosiguió Federico,—me alegro mucho de ver á usted. Quiero saber: primero, si los lazos de cinta color de rosa continúan siendo de moda en Copenhague; segundo, si se ha acordado usted de traerme un frasco de aquel aceite de Jouvence que blanquea el cutis; si me ha traído usted la última novela traducida y los galones de oro virgen que pedí para mi ferreruelo color de fuego y los peinecillos que se usan ahora para sostener los bucles y...

La desgraciada condesa nada había traído á su hijo, más que el único amor que tenía en el mundo.

—He estado mala, hijo mío, y mis dolencias no me han permitido pensar en tus placeres.

—Ha estado usted mala, pero ya está usted mejor, ¿no es verdad? Diga usted, ¿cómo están mis galgos normandos? Apuesto á que se han olvidado de bañar todas las noches á mi mona en agua de rosa. ¡Verá usted cómo encuentro muerto cuando vuelva á mi loro de Bilbao! Cuando yo no estoy en casa nadie piensa en mis bichos.

—Tu madre á lo menos piensa en ti, hijo mío—dijo la condesa con voz doliente.

Si aquella hubiera sido la hora inexorable en que el ángel exterminador lanzara á las almas pecadoras en los castigos eternales, el ángel se hubiera compadecido de los dolores que sufría en aquel momento la desgraciada condesa. Musdœmon reía en un rincón de la estancia.

—Veo, señor Federico, que la espada de acero fino no quiere tomarse de orín en la vaina de hierro: vuestra señoría no quiere perder en las torres de Munckolm las sanas tradiciones de los salones de Copenhague. Pero decidme, señor mío, ¿de qué valen ese aceite de Jouvence, esas cintas de color de rosa y esos peinecillos? ¿De qué sirven esos preparativos de sitio, si la única fortaleza femenina que encierran las torres de Munckholm es inexpugnable?

—A fe mía que lo es—respondió Federico sonriendo; —y sabe Dios que cuando yo no la he rendido, no la rendirá el mismo general Schack. Pero ¿quién diablos ha de sorprender una fortaleza donde nada está en descubierto, donde todo está vigilado constantemente? ¿Qué puede el

hombre contra golas que no dejan ver más que el pescuezo, contra mangas que tapan todo el brazo, de modo que solo el rostro y las manos prueban que la amable niña no es negra como el emperador de Mauritania? Amado preceptor, toda vuestra ciencia sería inútil. Creedme, amigo mío, la fortaleza es intomable cuando la defiende el Pudor.

—¡Bravo!—dijo Musdœmon. ¿Pero no sería posible obligar al Pudor á que capitulara haciendo que el amor diese el asalto en regla, en vez de limitarse al fuego graneado de los Galanteos?

—Todo inútil, caro mío; el Amor ha entrado en la plaza, pero ha sido para auxiliar al Pudor.

—Pues entonces, señor Federico, si os tiene amor...

—¿Y quién os ha dicho, Musdœmon, que me lo tenga á mí?

—¿Pues á quién?—exclamaron al mismo tiempo Musdœmon y la condesa, que hasta entonces había escuchado en silencio, pero á quien las palabras del teniente recordaron lo que había oído Ordener.

Iba ya Federido á responder, y preparaba una ingeniosa relación de la escena nocturna del corredor, cuando el silencio prescrito por la ley de caballería se le vino á la memoria, y convirtió su jovialidad en confusión.

—Pues ya se ve,—dijo.—Yo no sé á quién... á algún villano tal vez... á algún vasallo... ¿Qué sé yo?

—¿A algún soldado de la guarnición?—dijo Musdœmon soltando una carcajada.

—¡Cómo, hijo mío!—exclamó la condesa—¿estás seguro de que ama á un villano, á un vasallo? ¡Ojalá estuvieras seguro de ello!

—Toma, pues ya se ve que lo estoy. No es á un soldado de la guarnición, ¡pero estoy bastante seguro de lo que digo para suplicarle á usted, mamá, que ponga un término á mi inutilísimo destierro en aquel maldito castillo!

Una expresión de alegría se pintó en el rostro de la condesa al oir la flaqueza de Ethel; representósela entonces bajo muy diferentes colores el empeño de Ordener Guldenlew en pasar á Munckholm, que atribuyó á la presencia de Federico en aquel castillo.

—Luego nos darás detalles sobre los amores de Ethel Schumacker, que no me sorprendían, porque la hija de un villano no puede amar más que á un villano. Pero entretanto, Federico, no hables mal de ese castillo que te ha proporcionado ayer el honor de ver á cierto personaje, dar él los primeros pasos para conocerte.

—¿Cómo? ¿Qué personaje?

—Basta de chanzas, hijo mío. ¿Nadie te ha visitado ayer? Ya ves que lo sé todo.

—Sí, y mejor que yo, según parece. ¡El diablo me lleve si he visto ayer más caras que los mascarones que sacan la lengua en las cornisas de las torres!

—¡Cómo, Federico! ¿Conque á nadie has visto?

—A nadie, mamá; á nadie por vida mía.

Federico, no haciendo mención de su antagonista, obedecía á la ley del silencio, y además ¿podía aspirar un villano al título de *alguien?*

—¡Cómo!—dijo la madre.—¿El hijo del virrey no ha ido ayer tarde a Munckholm?

—¿El hijo del virrey?—respondió Federico, echando una carcajada.—Á fe mía, mamá, que usted sueña ó chochea.

—Ni uno ni otro, hijo mío. ¿Quién estaba ayer de guardia?

—Yo.

—¿Y no has visto al barón Ordener?

—Pues ya se ve que no—respondió el teniente.

—Pero piensa, hijo mío, que ha podido entrar de incógnito, y que tú nunca le has visto, habiéndote criado en Copenhague y él en Drontheim; piensa en lo que se cuenta de sus caprichos, de sus ideas aventureras. ¿Estás seguro, hijo mío, de no haber visto á nadie?

Federico dudó un momento.

—¡No—respondió,—á nadie! No puedo decir otra cosa.

—En ese caso—respondió la condesa,—¿el barén no ha ido á Munckholm?

Musdœmon, sorprendido al principio como Federico, todo lo había escuchado atentamente; luego interrumpió á la condesa:

—Señora, permitidme; decidme, señor Federico, ¿cómo se llama el vasallo á quien ama la hija de Schumacker?

Dos veces repitió su pregunta, porque Federico, que hacía algunos momentos estaba pensativo, no la oyó á la primera vez.

—No lo sé, ó por mejor decir... sí, no lo sé.

—¿Y cómo, señor, sabéis que ama á un vasallo?

—¿Un vasallo he dicho? Sí... eso es... un vasallo...

Aumentaban las dificultades de la posición en que se hallaba al teniente. Este interrogatorio, las ideas que producía en su ánimo y la obligación de callar, le ponían en la más extraña confusión que imaginarse puede.

—Por mi vida, señor Musdœmon, y vos, mi noble madre señora, que si se ha hecho de moda la manía de molerle á uno á preguntas, pueden ustedes hacérselas uno á otro. Por mi parte, esto es todo lo que tengo que decir.

Y abriendo de golpe la puerta, desapareció, dejándolos sumergidos en un abismo de conjeturas. Bajó el mancebo rápidamente al patio, porque oía la voz de Musdœmon que le llamaba.

Montó Federico á caballo y se dirigió hacia el puerto donde pensaba embarcase para Munckholm, con la esperanza de hallar allí todavía al extranjero que sumergía en profundas cavilaciones á una de las cabezas más frívolas de una de las más frívolas capitales.

—Si fuera Ordener Guldenlew—decía para sí—en ese caso, mi pobre hermana Ulrica... Pero no. ¿Cómo es posible que haya hombre bastante estúpido para preferir la hija indigente de un prisionero de Estado á la opulenta hija de un ministro omnipotente? En todo caso la hija de Schumacker podía muy bien no pasar de ser un capricho, y nada impide, cuando se tiene una mujer propia, tener al mismo tiempo una querida; hasta es de buen tono. Pero no; no puede ser Ordener: el hijo del virrey no usaría un jubón

raído y aquella pluma negra, más vieja que el tiempo, y sin presilla, batida del viento y de la lluvia; y aquel capotón con que podría hacerse una tienda de campaña; y aquellos pelos alborotados sin peines ni bucles; y aquellas botas con espuelas de hierro llenas de polvo y de fango. Ca, no puede ser él. El barón de Torvick es caballero de Dannebrog; ese extranjero no lleva ninguna decoración ni cosa que lo valga. Si yo fuera caballero de Dannebrog, ni para dormir me quitaría las insignias de la orden. ¡Oh, no! Ni aun siquiera ha leído *Clelia*... Imposible! No puede ser el hijo del virrey.

XI

—¿Quién es? ¡Hola, Poël! ¿Quién te ha mandado subir?

—¿Su excelencia olvida que acaba de mandármelo?

—¿Sí?—dijo el general.—¡Ah! Era para que me acercases ese cartapacio.

Dió Poel el cartapacio al gobernador, quien hubiera podido alcanzarlo con sólo alargar un poco el brazo.

Su excelencia volvió á colocar en su sitio el cartapacio sin abrirle, y luego ojeó algunos papeles con distracción.

—Poël... también quería preguntarte... ¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana—respondió el lacayo al general, que tenía un reloj delante de los ojos.

—Quería decirte, Poël... ¿Que hay de nuevo en el palacio?

El general continuó su revista de papeles, escribiendo sobre cada uno de ellos algunas palabras maquinalmente.

—Nada, señor excelentísimo, sino que todavía esperamos á mi noble amo, cuya tardanza veo que tiene con cuidado á vuecencia.

Levantóse el general de su magnífico sillón, y miró á Poël con aire enojado.

—Malos ojos tienes Poël... ¡Yo, con cuidado por Ordener! Conozco el motivo de su ausencia y... y le estoy esperando.

El general Levin de Knud era en tan alto grado celoso de su autoridad, que hubiera creído comprometerla si un subalterno hubiera podido adivinar uno de sus pensamientos secretos, y creer que Ordener había obrado sin orden suya.

—Poël—prosiguió,—retírate.

Hízolo así el criado.

—A fe mía—exclamó en soliloquio el gobernador—que Ordener usa y abusa. A fuerza de doblar la hoja se llega á romperla. ¡Hacerme pasar una noche de vigilia y de impaciencia! ¡Exponer al general Levin á los sarcasmos de una cancillera, y á las conjeturas de un lacayo! Y todo porque un antiguo enemigo reciba los primeros abrazos que corresponden de derecho á un amigo antiguo. ¡Ordener! ¡Ordener! los caprichos matan la libertad. ¡Ya puede llegar ahora, que el diablo me lleve si no le recibo como la pólvora al fuego! ¡Exponer al gobernador de Drontheim á las conjeturas de un lacayo, á los sar-

casmos de una cancillera! Que venga y verá...

Continuaba el general poniendo notas en los papeles sin leerlos, tal era su mal humor.

—¡Mi general! ¡Mi noble padre!—exclamó una voz conocida.

Ordener estrechaba en sus brazos al anciano que ni aun pensó en reprimir un grito de alegría

—¡Ordener! ¡Querido Ordener! Voto va, cuánto me alegro.—Pero llegó la reflexión en medio de esta frase —Me alegro, señor barón, de que sepáis refrenar vuestros sentimientos. Parece que tenéis gusto en volverme á ver... y sin duda para mortificaros os habéis impuesto la privación de no verme durante las veinticuatro horas que hace estáis aquí.

Muchas veces me habéis dicho, padre mío que un enemigo desgraciado era antes que un amigo feliz. Ahora vengo de Munckholm.

—Seguramente—dijo el general,—cuando la desgracia del enemigo es inminente. Pero el porvenir de Schumacker...

—Es más terrible que nunca. ¡Noble general, se está urdiendo una odiosa trama contra ese desgraciado! Hombres que nacieron sus amigos quieren perderle; un hombre que nació su enemigo sabrá servirle...

El general, cuyo semblante se había ido serenando por grados, interrumpió á Ordener:

—Bien, querido Ordener: pero ¿qué me dices? Schumacker está bajo mi salvaguardia... ¿Qué hombres? ¿Qué tramas son esas de que me hablas?...

Mal hubiera podido Ordener responder con

claridad á esta pregunta, pues no tenía más que noticias muy vagas, sospechas muy inciertas sobre la situación del hombre por quien iba á exponer su vida. A muchos les parecerá que su conducta era sólo propia de un insensato; pero las almas jóvenes hacen lo que creen justo y bueno, no por cúlculo, sino por instinto; y además, en este mundo en que la prudencia es tan árida y la discreción tan irónica, ¿quién negará que la generosidad es una locura? Todo es relativo en la tierra, donde todo es limitado, y la virtud sería una gran demencia si detrás de los hombres no hubiera un Dios. Ordener estaba en aquella edad en que el hombre cree y es creído; arriesgaba su vida con confianza, y convenció al general con razones que no hubieran resistido á una discusión á sangre fría.

—¡Qué tramas! ¡Qué hombres, padre mío! Dentro de algunos días ya lo habré aclarado todo, y entonces sabréis cuanto sepa yo. Esta noche vuelvo á ponerme en camino.

—¡Cómo!—exclamó el anciano.—¿No pasarás conmigo algunas horas? Pero ¿adónde vas? ¿Por qué te vas, hijo mío?

—Algunas veces me habéis permitido hacer una buena obra en secreto.

—Sí, hijo mío; pero te vas sin saber á punto fijo por qué, y bien conoces el importante negocio que exige tu presencia.

—Mi padre me ha concedido un mes de reflexión, y yo le consagro á los intereses de otro. Una buena acción inspira un buen consejo; además, á mi vuelta nos veremos.

—¡Cómo!—repuso el general con tono cariñoso. —¿Te desagrada acaso esa boda? ¡Dicen que Ulrica de Ahlefeld es tan hermosa! Ordener, ¿la has visto?

—Creo que sí—dijo Ordener.—Me parece que es hermosa en efecto.

—¡Pues entonces!...—repuso el gobernador.

—Señor—dijo Ordener,—nunca será mi mujer.

Esta declaración fría y decisiva fué para el general como un rayo de luz que le trajo á la memoria las sospechas de la orgullosa condesa.

—Ordener—dijo meneando la cabeza,—yo debiera tener mucho juicio, porque he sido muy pecador, ¡y sin embargo soy un pobre loco! ¡Ordener!, el prisionero tiene una hija.

—¡Oh!—exclamó el joven.—De ella quería hablaros, mi general, mi padre. ¡Yo os pido por lo más sagrado, yo os pido vuestra protección para esa niña inocente y oprimida!

—Por cierto—dijo el gobernador—que te interesa un poquillo, según parece.

—¿Y cómo no había de interesarme una desgraciada prisionera á quien quieren arrancar la vida, y lo que es más, el honor?

—¡La vida! ¡el honor! ¡Cómo! ¿Qué? ¡Yo soy quien gobierna, é ignoro todos esos errores! Explícate.

—¡Padre mío!, una trama infernal amenaza las vidas del prisionero y de su hija.

—Eso que me dices es muy grave; ¿qué pruebas tienes de ello?

—El hijo primogénito de una familia poderosa está en Munckholm, con el objeto de seducir á la condesa Ethel. El mismo me lo ha dicho.

Retrocedió el general indignado.

—¡Díos mío! ¡Pobre niña! ¡Ordener! ¡Ordener! Schumacker está bajo mi protección. ¿Quién es ese miserable? ¿Qué familia es esa?

Acercóse Ordener al general, y apretándole la mano, dijo:

—La familia de Ahlefeld.

—¡De Ahlefeld!—dijo el anciano gobernador.—Sí, no hay duda; el teniente Federico está actualmente en Munckholm, noble Ordener, ¡y quieren hacerte emparentar con esa familia! ¡Yo comprendo tu repugnancia, noble Ordener!

El anciano, cruzando los brazos, permaneció algunos momentos pensativo: luego estrechó al joven entre sus brazos.

—¡Hijo mío!, puedes ponerte en camino; tus protegidos no echarán de menos tu protección: yo estoy aquí. Sí, vete; todo lo que tú haces está bien hecho. Esa infernal condesa de Ahlefeld está aquí, ¿no lo sabías?

—*La noble condesa de Ahlefeld*—dijo la voz del ujier que abrió en aquel momento la puerta del salón.

Al oir este nombre retrocedió Ordener maquinalmente hacia el fondo de la estancia, y la condesa, que entró sin verle, exclamó:

—Señor general, vuestro discípulo se burla de vuestra credulidad; yo sé que no ha ido á Munckholm.

—¿De veras?—dijo el general.

—¡Y tan de veras! Mi hijo Federico, que sale ahora de palacio, estaba ayer de guardia en la torre y á nadie ha visto.

—¿De veras, noble señora?—repitió el general.

—¡Conque así—continuó la condesa sonriendo con aire de triunfo general,—excusáis esperar á vuestro Ordener!

El general permaneció grave y silencioso.

—En efecto, ya no lo espero, señora condesa.

—General—dijo la condesa volviendo la cara, —yo creía que estábamos solos... ¿Quién es?

Fijó la condesa su mirada escudriñadora en Ordener, que la saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Me parece—prosiguió la condesa,—no le he visto más que una vez; pero á no ser por ese traje, señor general, ¿es acaso ese caballero el hijo del virrey?

—El mismo, noble señora—dijo Ordener saludando de nuevo.

—En ese caso—respondió la condesa sonriendo—permitid á una señora, que pronto será algo más para vos, que os pregunte adónde habéis ido ayer, señor conde.

—¡Señor conde! No creo haber tenido la desgracia de perder á mi noble padre.

—Ni yo tampoco lo creo seguramente. Más vale adquirir el título de conde tomando una esposa que perdiendo un padre.

—Tanto vale uno como otro, noble señora.

La condesa, aunque algo turbada de lo que veía, tomó el partido de echarlo á broma.

—Vamos, ya veo que no me habían engañado; su cortesía es un poco áspera..., pero no tardará en familiarizarse con los presentes de las damas,

cuando Ulrica de Ahlefeld le ciña al cuello la cadena del Orden del Elefante.

—¡Verdadera cadena en efecto!—dijo Ordener.

—Veréis, general Levin—prosiguió la condesa, á cuya sonrisa se mezclaba no poca confusión—cómo vuestro intratable discípulo se hace también de pencas para recibir de una dama el grado de coronel.

—Tenéis razón, señora condesa—replicó Ordener;—un hombre que ciñe espada no ha de deber sus galones á una mujer.

La fisonomía de la condesa se anubló del todo.

—¡Oh! ¡oh! ¿De dónde viene ahora el señor barón? ¿Es seguro que su cortesía no ha ido ayer á Munckholm?

—Noble señora, no siempre respondo yo á todas las preguntas. Mi general, nos volveremos á ver.

Y luego, apretando la mano á su anciano amigo, y saludando á la condesa, salió de la estancia, dejando á la noble señora estupefacta de todo lo que ignoraba, sola con el gobernador, indignado de cuanto acababa de saber.

XII

Transpórtese ahora el lector al camino de Drontheim á Skongen, camino estrecho y pedregoso que costea el golfo de Drontheim hasta la aldea de Vygla, y no tardará en oir los pasos de dos viajeros que salieron por la puerta llamada

de Skongen al caer la tarde, y suben con bastante rapidez las colinas sucesivas sobre las cuales serpentea el camino de Vygla.

Ambos van embozados en sus capas. Uno anda con paso firme y juvenil, el cuerpo derecho y la cabeza erguida; vese por debajo de su capa la contera de un sable, y á pesar de la obscuridad de la noche, se distingue una pluma meciéndose al soplo del viento sobre su gorra. El otro es un poco más alto que su compañero, si bien ligeramente encorvado; tiene sobre la espalda una joroba, formada sin duda por un morral que cubre bajo su ancha capa, cuyos contornos, profundamente festoneados, anuncian una larga hoja de servicios. No lleva más armas que un bastón con que se sostiene en su marcha desigual y precipitada.

Si la noche impide al lector distinguir las facciones de los dos viajeros, acaso los conocerá por la conversación que entabló uno de ellos después de una hora de caminar con silencio, y por consiguiente, con fastidio.

—¡Señor! ¡Mi amo! Estamos en el punto desde donde se ven á la par la torre de Vygla y los campanarios de Drontheim. Delante de nosotros, en el horizonte frontero, esa masa negra es la torre; detrás de nosotros, la catedral, cuyos arbotantes ó botareles, más negros aún que el cielo, se dibujan como las costillas del esqueleto de un mammout (1).

---

(1) Cuadrúpedo colosal que sólo existe en los Estados Unidos de América.

—¿Está Vygla muy lejos de Skongen?—preguntó el otro caminante.

—Todavía tenemos que atravesar el Ordals, señor amo; no podemos llegar á Skongen antes de las tres de la mañana.

—¿Qué hora es la que da en este momento?

—¡Dios mío! Me hacéis temblar, señor. Sí, son los sonidos de la campana de Drotheim, traídos por el viento; eso anuncia la tempestad. El soplo del Nordeste trae las nubes hacia aquí...

—En efecto; todas las estrellas han desaparecido detrás de nosotros.

—Apretemos el paso, por Dios, señor mío de mi alma. La tempestad se acerca, y acaso han observado ya en la ciudad la mutilación del cadáver de Gill y mi fuga. Apretemos el paso.

—Con mucho gusto; pero parece, amigo, que os pesa vuestra carga, por lo que podré ayudaros si queréis; yo soy más vigoroso que vos.

—No por cierto, no por cierto, que no le toca al águila cargar con la concha de la tortuga. Soy demasiado indigno de que una persona como vuestra señoría se eche á cuestas mis alforjas.

—¡Pero si os cansan!... Parece que pesan mucho. ¿Qué contienen? Ahora, hace poco, disteis un tropezón, y me pareció que sonaba en ellas algo como hierro.

El anciano se separó del joven, dando una huída como un caballo.

—Ha sonado; ¡ca!, no señor, imposible, si no contiene nada: cuatro camisas y algunos víveres. Nada, ¿qué ha de cansarme?

La afectuosa proposición del joven parecía ha-

ber causado á su anciano compañero un terror que éste procuraba disimular.

—Pues bien—repuso el joven sin advertirlo—si esa carga no os cansa, quedaos con ella.

El anciano, ya más tranquilo, se apresuró, no obstante, á mudar de conversación.

—Es cosa triste seguir de noche, como fugitivos, un camino que sería delicioso recorrer de día como observadores. Hay á orillas del golfo, á nuestra izquerda, una profusión de piedras rúnicas (1), en las cuales se pueden estudiar caracteres trazados, según las tradiciones, por los dioses y los gigantes. A la derecha, detrás de los peñascos que están á la vera del camino, se extiende el pantano salado de Sciold, que sin duda comunica con el mar por medio de algún canal subterráneo, pues en él se pesca el *lombrico* marino, pescado singular que, como está demostrado por los descubrimientos de vuestro servidor y guía, sólo se alimenta de arena. En la torre de Vygla, á que nos acercamos, es donde el rey Veremundo hizo freir los pechos de Santa Etheldera, aquella mártir gloriosa, con palo de la verdadera cruz, llevado á Copenhague por Olao III, y conquistado por el rey de Noruega. Dícese que en los tiempos sucesivos siempre han sido inútiles cuantos esfuerzos se han hecho para convertir en capilla esa maldita torre; todas las cruces que sucesivamente se han ido poniendo en ella han sido consumidas por unas mangas de fuego que caían del cielo...

---

(1) Pertenecientes á los antiguos germanos.

En aquel instante un relámpago inmenso cubrió el golfo, la colina, los peñascos y la torrre, y desapareció antes de que la vista de los dos viajeros hubiese podido distinguir ninguno de estos objetos. Paráronse uno y otro espontáneamente, y un momento después siguió al relámpago un trueno espantoso, cuyo eco se prolongó en el cielo de nube en nube, y en la tierra de roca en roca.

Alzaron los ojos y no vieron una sola estrella; nubes enormes rodaban rápidamente unas sobre otras, y la tempestad se amontonaba como una avalancha encima de sus cabezas. El violento vendaval que impelía todas aquellas masas no había descendido aún hasta los árboles que ningún soplo agitaba, y sobre cuyas hojas no resonaba aún ninguna gota de lluvia. Oíase en lo alto como un murmullo tempestuoso que, unido á los bramidos del golfo, era el único ruido que se elevaba en la obscuridad de la noche, aumentada por las tinieblas de la tempestad.

Interrumpió de repente este tumultuoso silencio, junto á los dos viajeros, una especie de rugido que hizo temblar al anciano.

—¡Cielo santo!—exclamó arrimándose al joven cuanto pudo;—es la risa del demonio en la borrasca, ó la voz de...

Un nuevo relámpago, un nuevo trueno le cortaron la palabra. Empezó entonces la tempestad con nuevo ímpetu como si no hubiera esperado más que aquella señal. Los dos viajeros se cubrieron con sus capas lo mejor posible para guarecerse de la lluvia que caía á torrentes y del

polvo espeso que levantaba el viento rápido en remolino de la tierra seca todavía.

—Anciano—dijo el joven,—un relámpago acaba de hacerme ver la torre de Vygla á nuestra derecha; separémonos del camino y busquemos en ella un abrigo mientras pasa la tempestad.

—¡Un abrigo en la Torre Maldita!—exclamó el anciano.—¡Protéjanos San Hospicio! ¿No sabéis, señor, que esa torre está desierta?

—Tanto mejor; así no tendremos que esperar á la puerta.

—No sabéis la abominación que la anatematizó en tiempo de...

—Se purificará dándonos un abrigo. Ea, anciano, seguidme; os juro que en una noche como esta buscaría la hospitalidad aunque fuera en una caverna de ladrones.

Entonces, á pesar de las observaciones del anciano, á quien había cogido por el brazo, se dirigió hacia el edificio que los frecuentes relámpagos le hacían divisar á corta distancia. Al acercarse á él vieron una luz en una de los troneras de la torre.

—Bien veis, amigo—dijo el joven—que esa torre no está desierta, lo que bastará sin duda á tranquilizaros.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Adónde me lleváis, señor? ¡No permita el bienaventurado San Hospicio que entre yo en ese oratorio del demonio!

Estaban ya al pie de la torre, á cuya temida puerta llamó el joven con toda su fuerza.

—Tranquilizaos, anciano; algún piadoso ceno-

bita habrá venido á santificar, habitándola, esta profanada mansión.

—No—decía su compañero;—no entraré aunque me maten. Yo fío que ningún ermitaño puede vivir aquí, á menos que tenga por rosario una de las siete cadenas de Beelcebub.

Entretanto, una luz que había ido bajando de tronera en tronera, brilló por fin en la cerradura de la puerta.

—¡Muy tarde llegas, Nycol!—gritó una voz agria.—Muy tarde, por vida mía; á las doce se levanta la horca, y de Skongen á Vygla no hay más que seis horas. ¿Ha habido acaso aumento de quehaceres?

Llegó esta pregunta á sazón de abrirse la puerta; la que la abría, viendo dos figuras extrañas en vez de la que esperaba, lanzó un grito de espanto y de amenaza y retrocedió tres pasos.

El aspecto de aquella mujer no era de suyo muy capaz de disipar los temores del anciano. Era muy alta; su brazo elevaba por cima de su cabeza una lámpara de hierro que inundaba su semblante de luz. Sus lívidas facciones, su rostro seco y anguloso, tenían un no sé qué de cadavérico, y de sus ojos hundidos se exhalaban siniestros reflejos, semejantes á los de una antorcha funeral. Estaba desde la cintura abajo vestida de un jubón de sayal escarlata que sólo dejaba ver sus pies descalzos, y que parecía salpicado de manchas de un encarnado más negruzco que la escarlata. Medio cubría su pecho descarnado una chaqueta de hombre del mismo color, cuyas

mangas no llegaban más que hasta el codo. El viento, colado por la puerta entreabierta, agitaba encima de su cabeza sus largos cabellos grises, sujetos apenas con una guita de corteza de árbol, lo que hacía aún más áspera la expresión de su semblante feroz.

—Buena mujer—dijo el más joven de los recién llegados,—la lluvia cae á mares; usted tiene un techo y nosotros tenemos oro.

Tiróle su compañero de la capa, diciendo en voz baja:

—¿Qué decís, señor? Si esta no es la casa del diablo es la guarida de algún salteador. Nuestro oro nos perderá en vez de protegernos.

—¡Silencio!—dijo el joven; y sacando una bolsa del jubón, hízola brillar á los ojos de su huéspeda, repitiendo lo que antes dijo.

Esta, recuperada un poco de su sorpresa, los consideraba alternativamente con ojos fijos y desencajados.

—¡Extranjeros!—exclamó en fin, como si no hubiera oido su voz.—¡Extranjeros! ¿os han abandonado, por ventura, vuestros ángeles protectores? ¿Qué venís á buscar entre los habitantes malditos de la torre maldita? ¡Extranjeros! ¡Oh! No han sido los hombres los que os han indicado estas ruinas para asilo, porque todos os hubieran dicho: más vale el relámpago de la tempestad que el hogar de la torre de Vygla. El único viviente que puede entrar aquí no entra en ninguna mansión de los otros vivientes; no deja la soledad más que por la muchedumbre, no vive más que para la muerte; sólo tiene lugar

en las maldiciones de los hombres, sólo sirve para sus venganzas, sólo existe por sus crímenes. Y el más infame malvado, en la hora del castigo descarga sobre él el desprecio universal y aun se cree con derecho para despreciarle. ¡Extranjero! Sin duda lo sois, porque vuestros pies no han retrocedido todavía con horror ante la puerta de esta torre; no turbéis por más tiempo á la loba y á los lobeznos; volved al camino por donde van los demás hombres, y si no queróis que huyan de vosotros todos vuestros hermanos, no les digáis que ha iluminado vuestros rostros la lámpara de los habitantes de la torre de Vygla.

Diciendo estas palabras, con la mano dirigida hacia la puerta, se adelantó hacia los dos viajeros. Temblaba el anciano de pies á cabeza y miraba con aire suplicante al joven, el cual no entendiendo lo que querían decir las palabras de aquella mujer, á causa de la suma volubilidad de su exabrupto, la creía enteramente falta de sexo, y no se sentía, además, en manera alguna dispuesto á volver á exponerse á la lluvia, que continuaba cayendo con estruendo.

—A fe mía, nuestra ama, que acabáis de pintarnos un personaje singular, con quien no quiero perder la ocasión de entablar conocimiento.

—El conocimiento con él pronto está hecho, y más pronto está terminado. Joven, si el demonio os impele á ello, id á asesinar á un vivo, ó á profanar un muerto.

—¡Profanar un muerto!—repitió el anciano con

voz temblona y escondiéndose en la sombra de su compañero.

—No comprendo—dijo éste—esos medios tan indirectos que me indicáis; lo más corto es quedarme aquí. Sería menester estar loco para proseguir su camino en un tiempo como éste.

—Y más loco—continuó el anciano—para albergarse haciendo este tiempo, en este sitio.

—¡Desgraciado!—exclamó la mujer;—no llames á la puerta del que no sabe abrir más que la del sepulcro.

—Aun cuando la puerta del sepulcro debiera abrirse por mí con la vuestra, mujer, no ha de decirse que me ha hecho huir una palabra siniestra: mi sable me responde de todo. Ea, cerrad la torre, porque el viento es frío, y tomad estas monedas de oro.

—¿Y qué me importa ese oro?—respondió la huéspeda.—Precioso en vuestras manos, será en las mías más vil que el estaño. Pero en fin, quedaos por vuestro oro; él puede preservar de las tempestades del cielo, pero no salva del desprecio de los hombres. Quedaos; mas os cuesta la hospitalidad de lo que se paga por matar á un hombre. Esperadme aquí un momento, y venga ese oro. Sí, esta es la primera vez que entran en esta torre las manos de un hombre cargadas de oro, sin venir también manchadas de sangre.

Entonces, después de haber puesto la lámpara en el suelo y barreadó la puerta, desapareció bajo la bóveda de una escalera negra que se divisaba en el fondo de la estancia.

Mientras temblaba el buen viejo é invocando

bajo todos sus nombres al glorioso San Hospicio, maldecía con toda su alma, pero en voz baja, la imprudencia de su compañero; éste tomó la luz y se puso á examinar el salón circular en que se hallaban. Lo que vió al acercarse á la pared le hizo retroceder de espanto, y el anciano, que con los ojos le seguía, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Una horca!

Una horca estaba en efecto apoyada contra la pared, y llegaba hasta la cimbra de la bóveda.

—Sí—dijo el joven—y aquí hay sierras de madera y de hierro, cadenas y argollas..., y aquí un caballete y unas tenazas colgadas encima de él. ¿Qué quiere decir esto?

—¡Cielo santo!—exclamó el anciano.—¿Dónde estamos?

El joven continuó con toda serenidad su reconocimiento.

—Aquí hay un rollo de cuerdas de cáñamo, hornillos y calderas; esta parte de la pared está cubierta de pinzas y de escalpelos; estos son látigos de cuero con puntas de acero..., un hacha, una maza...

—Estamos en un desván de los infiernos—interrumpió el anciano, aterrado al oir aquella prolija enumeración.

—Aquí veo—continuó el otro—unas cantimploras de cobre..., ruedas con dientes de bronce, una caja de clavos, un carniqui... Terribles instrumentos á fe mía. Anciano, el cielo sabe que me aflige haberos traído aquí por imprudencia mía.

—Sí, á buen tiempo.

El anciano estaba más muerto que vivo.

—Pero no tengáis miedo;—¿qué importa que el sitio sea peligroso? En todo caso, aquí estoy yo.

—¡Buena ayuda!--murmuró el viejo, en quien un terror superior disminuía el respeto y temor que le inspiraba su robusto compañero: un sable de treinta pulgadas contra una horca de treinta codos.

Presentóse entonces la mujer colorada, y tomando la lámpara de hierro, hizo señal á los viajeros de que la siguiesen. Subieron con precaución una escalera estrecha y vacilante, abierta en el cuerpo de una de las paredes de la torre. Al pasar por delante de cada tronera entraba una bocanada de viento y de lluvia á amagar la trémula llama de la lámpara, que cubría la huéspeda con sus manos largas y transparentes. No sin haber tropezado más de una vez en piedras movedizas, que la cobarde imaginación del anciano tomaba por huesos humanos esparcidos sobre los escalones, llegaron en el primer piso del edificio á una sala redonda semejante á la sala inferior. Brillaba en su centro, según la costumbre gótica, una ancha hoguera, cuyo humo se escapaba por un agujero abierto en el techo, no sin empañar considerablemente la atmósfera de la estancia, y cuya luz, unida á la de la lámpara de hierro, fué la que vieron desde el camino nuestros dos viajeros. Un asador, cargado de carne casi cruda, daba vueltas al fuego. El anciano, horrorizado, volvió la cabeza.

—Ahí... en ese sitio execrable—dijo á su compañero—la brasa de la verdadera cruz consumió los miembros de una santa.

A corta distancia de la hoguera había una mesa de pino; la huéspeda invitó á los viajeros á que se sentasen á ella.

—Extranjeros—dijo poniendo la lámpara en la mesa—pronto estará la cena, y sin duda mi marido se dará prisa á llegar de miedo que se le lleve el espíritu de media-noche al pasar junto á la Torre Maldita.

Entonces Ordoner—porque ya sin duda ha adivinado el lector que no eran otros los viajeros sino él y su compañero Benigno Spiagudry—pudo examinar despacio el extraño disfraz en que éste último había agotado todos los recursos de su imaginación, fecundizada por el medio de ser conocido y preso por la justicia. El pobre conserje fugitivo había trocado sus vestidos de cuero de renjífero por un traje negro completo, abandonado *in illo tempore* en el Spladjest por un célebre gramático de Drontheim, que se había tirado al mar, desesperado de no no haber podido descubrir por qué razón *Júpiter* daba *Jovis* en el genitivo. A sus abarcas de madera habían sucedido las enormes botas de un postillón arrastrado por sus caballos, botas en que estaban tan holgadas sus sutiles piernas, que no hubiera podido andar sin recurrir al expediente de rellenarlas con media arroba de paja. La colosal peluca de un joven y elegante viajero francés, asesinado por unos salteadores en las puertas de Drontheim, ocultaba su calvicie, y flotaba sobre sus hombros desiguales y puntiagudos. Un emplasto negro cubría uno de sus ojos, y merced á un bote de colorete, hallado en los bolsillos de una anciana

soltera que murió de amores, sus carrillos, pálidos y hundidos, estaban rellenos de un insólito bermellón, agradable matiz que, desleído por la lluvia, había hecho incursión hasta su barba. Antes de sentarse colocó cuidadosamente en su silla el paquete que llevaba sobre la espalda, se cubrió con su viejísima capa, y mientras absorbía toda la atención de su compañero, la suya parecía enteramente concentrada en el asado que vigilaba atenta la huéspeda, y hacia el cual lanzaba de cuando en cuando miradas de inquietud y de horror. Salían de su boca á desiguales intervalos estas y otras lúgubres exclamaciones: —¡Carne humana!—*Horrendas epulas*...—¡Antropófagos!—¡Cena de Moloc!—*Nec pueros coram populo Medea trucidet*...—¿Dónde estamos, Atreo?... —¡Druidas!...—¡Irmensul!...—¡El demonio ha derrotado á Lycaonte!...

En fin, exclamó:

—¡Ah! Gracias á Dios, ya he divisado un rabo.

Ordener, que habiéndole considerado y escuchado atentamente, había seguido el hilo de sus ideas, no pudo menos de sonreir:—No me gusta ese rabo...—¿Quién sabe? Puede que sea el de Beelcebub inocente.

No entendió Spiagudry esta chanza, porque sus ojos estaban clavados en un rincón de la sala, atónitos y desencajados. Estremecióse horripilado, y acercándose al oído de Ordener:

—Señor—exclamó—tienda usted la vista—allí hacia el fondo... sobre aquel montón de paja, en la sombra...

—¿Pues qué hay?—dijo Ordener.

—¡Tres cuerpos desnudos é inmóviles, tres cadáveres de muchachos!...

—¡Llaman á la puerta de la torre!—dijo la mujer colorada, acurrucada junto al fuego.

En efecto, dejóse oir entre el rumor de la tempestad que aumentaba por momentos, un golpe seguido de otros dos más fuertes.

—¡El es, Nycol!—y tomando la lámpara, bajó la huéspeda precipitadamente.

Aún no habían nuestros dos viajeros entablado el roto hilo de su conversación, cuando oyeron en la sala baja un confuso rumor de voces, en medio del cual se elevaron por fin estas palabras, pronunciadas con un acento que hizo temblar y estremecerse al pobre Spiagudry.

—Mujer, cállate; repito que nos quedaremos; el trueno entra sin que le abran la puerta.

Aterrado Spiagudry, arrimóse á Ordener.

—¡Señor mío de mi alma—dijo en voz apenas inteligible,—¡ay de nosotros!

Resonó en la escalera un tumulto de pasos, y luego dos hombres, vestidos de religiosos, entraron en la estancia, seguidos de la hedionda huéspeda.

Uno de aquellos hombres era bastante alto, y llevaba el traje negro y la cabellera redonda de los ministros luteranos; el otro, de pequeña estatura, llevaba un hábito de ermitaño, sujeto á la cintura con un largo cordón. Su capucha, caída sobre el rostro, sólo dejaba descubrir su larga barba negra, y sus manos estaban del todo cubiertas con las mangas de su ropón.

Al ver á aquellos dos pacíficos personajes, sintió Spiagudry desvanecerse el terror que le había causado la singular voz de uno de ellos.

—No os asustéis, hija mía—decía el luterano á la huéspeda;—los sacerdotes cristianos hacen el bien á quien los perjudica; ¿cómo habían de perjudicar á quien los hace favor? Imploramos humildemente un abrigo. Si el reverendo doctor que me acompaña os habló antes con alguna dureza, ha hecho mal en olvidar aquella moderación de la voz recomendada por nuestros votos. ¡Ah! Los más santos están sujetos á las flaquezas humanas. Me extravié esta tarde en el camino de Skongen á Drontheim, sin guía en la noche, sin asilo en la tempestad. Este reverendo hermano, á quien he encontrado lejos como yo de su retiro, se ha dignado permitirme que viniera con él á vuestra mansión, encomiándome vuestra bondad hospitalaria, hija mía; seguramente no se ha engañado. No nos digáis como el mal pastor: *¿Advena, cur intras?*—¡Recibidnos bien, digna patrona, y Dios preservará vuestras mieses de la tempestad: ¡Dios dará en la borrasca un abrigo á vuestros rebaños como vos se lo habéis dado á los viajeros extraviados!

—Anciano—interrumpió la mujer con aspereza,—yo no tengo ni mieses ni rebaños.

—Pues bien, si sois pobre, Dios bendice al pobre antes que al rico. Envejeceréis con vuestro esposo, respetados ambos, no por vuestros bienes, sino por vuestras virtudes; crecerán vuestros hijos, rodeados de la estimación de los hombres, y serán lo que ha sido su padre...

—¡Callad!—exclamó la mujer con voz de trueno.—Si continuamos siendo lo que somos, nuestros hijos envejecerán como nosotros en el desprecio de los hombros, transmitido sobre nuestra raza de generación en generación. ¡Callad, anciano! La bendición se convierte en maldición sobre nuestras cabezas.

—¡Cielo!—repuso el ministro—¿Quién sois? ¿En qué crímenes pasáis vuestra vida?

—¿Qué entendéis por crímenes? ¿Qué entendéis por virtudes? Aquí gozamos de un privilegio; no podemos tener virtudes, ni cometer crímenes.

—Esta mujer tiene el juicio trastornado—dijo el ministro, volviéndose al ermitaño, que secaba al fuego sus hábitos de buriel.

—No, no—replicó la mujer;—yo voy á deciros en dónde estáis: más quiero inspiraros horror que compasión. Yo no soy una insensata, sino la mujer del...

El prolongado retemblor de la puerta de la torre al choque de un golpe violento impidió que se oyese el resto de aquella explicación, con notable disgusto de Spiagudry y de Ordener, que habían prestado una silenciosa atención á aquel misterioso diálogo.

—Maldito sea—dijo entre dientes la mujer colorada;—el síndico mayor de Skongen, que nos ha asignado para vivir esta torre tan inmediata al camino real! Puede que todavía no sea Nycol.

Tomó, sin embargo, la lámpara. Al fin y al cabo, si es otro viajero, ¡qué importa! bien puede pasar el arroyo por donde ha pasado el torrente.

Solos ya los cuatro viajeros mirábanse entre sí á la luz de la hoguera: Spiagudry, aterrado al principio por la voz del ermitaño y tranquilizado después por su barba negra, acaso hubiera empezado á temblar de nuevo si hubiese visto las penetrantes miradas con que éste le observaba por debajo de su capucha.

En el silencio general, el ministro aventuró una pregunta.

—Hermano ermitaño—dijo,—supongo que seréis uno de los sacerdotes católicos escapados á la última persecución y que os volviais á vuestro retiro cuando tuve la dicha de encontraros. ¿Podréis decirme en qué sitio estamos?

Abrióse la desvencijada puerta de la escalera antes de que respondiera el ermitaño.

—¡Mujer! Venga una tempestad y no faltará quien acuda á sentarse á nuestra execrable mesa, y á guarecerse bajo nuestro techo maldito.

—Nycol—respondió la mujer,—no pude evitar...

—¿Y qué importan todos esos huépedes, con tal que paguen? También se gana el oro albergando á un viajero como ahorcando á un salteador.

El que esto decía estaba parado en la puerta, donde los cuatros extranjeros podían contemplarle á su sabor. Era un hombre de proporciones colosales, vestido, como la huéspeda, de rojo sayal. Su enorme cabeza parecía inmediatamente asentada sobre sus anchas espaldas, lo que contrastaba con el pescuezo largo y huesoso de su linda esposa. Era pequeña su frente, chata su

nariz y espesas sus cejas; sus ojos, rodeados de una línea de púrpura, brillaban como el fuego entre la sangre; la parte inferior de su rostro, enteramente afeitada, dejaba ver su boca grande y profunda, cuyos labios, negros como los bordes de una llaga incurable, entreabría una horrible sonrisa. Dos manojos de barbas crespas, pendientes de sus carrillos sobre su pecho, daban á su rostró, visto de frente, una forma cuadrada. Llevaba este personaje en la cabeza un sombrero gris, del cual chorreaba la lluvia, y cuya ala no se había dignado tocar siquiera con la mano al ver á los cuatro viajeros.

Lanzó Benigno Spiagudry al verle un grito de espanto, y el ministro luterano volvió la cara lleno de sorpresa y de horror, mientras que el recién llegado, que le había reconocido, le dirigía la palabra.

—¡Por ahí anda vuestra reverencia, señor ministro! Vaya, vaya, que no me esperaba la dicha de volver hoy á ver vuestro continente pacato.

Reprimió el sacerdote su primer movimiento de repugnancia; sus facciones volvieron á mostrarse graves y serenas.

—Y yo, hijo mío, me congratulo de la casualidad que ha conducido al pastor hacia la oveja extraviada, á fin, sin duda, de que la oveja volviese por fin al seno del pastor.

—¡Ja, ja! Por vida de la horca de Amán que esta es la primera vez que me oigo comparar á una oveja. Creedme, buen hombre; si queréis adular al buitre, no le llaméis palomo.

—Aquel que convierte al buitre en paloma,

consuela, hijo mío, pero no adula. Piensas que te temo, y no hago más que compadecerte.

—Preciso es que tengáis, padre cura, un buen depósito de compasión, cuando no la habéis agotado toda entera en aquel pobre diablo á quien enseñabais esta mañana la cruz para taparle la horca.

—Aquel desgraciado—respondió el luterano—era menos digno de lástima que tú; porque él lloraba, y tú ries. ¡Feliz el que reconoce en la hora de la expiación cuanto el brazo del hombre es menos poderoso que la palabra de Dios!

—Bien dicho, padre mío—respondió el huésped con horrible é irónica alegría.—¡Feliz el que llora! Nuestro hombre de hoy era un pobre cuitado que no tenía otro crimen que el de amar tanto al rey que no podía vivir sin hacer el retrato de su majestad sobre unas medallitas de cobre que luego doraba boniticamente para hacerlas más dignas de la efigie real. No ha sido ingrato con él nuestro gracioso soberano, y por eso le ha dado en recompensa de tanto amor un excelente cordón de cáñamo que, para que no lo ignoren mis dignos huéspedes, le ha sido conferido hoy mismo en la plaza mayor de Skongen, por nos, gran canciller de la orden del Patíbulo, asistido de su reverencia, que está presente, capellán mayor de la susodicha orden.

—¡Miserable, detente!—interrumpió el sacerdote.—¿Cómo puede el que castiga olvidarse del castigo? Oye la voz del trueno...

—¿Y qué es el trueno? Una carcajada de Satanás.

—¡Dios mío! ¡Acaba de asistir á una muerte y blasfema!...

—Basta de sermones, viejo loco—gritó el huésped con voz tonante y casi irritada—porque si no podríais acaso maldecir al ángel de las tinieblas que nos ha reunido dos veces, en doce horas, en el mismo carruaje y bajo el mismo techo. Imitad á vustro camarada el ermitaño que se calla, porque tiene buenas ganas de volver á su gruta de Linrass. Gracias os doy, hermano ermitaño, por la bendición que os veo dar todos los días, cuando pasáis por la colina á la Torre Maldita; pero en verdad que hasta ahora me habíais parecido mucho más alto, y esa barba tan negra mucha más blanca que ahora. ¿Vos sois, sin duda, el ermitaño de Linrass, el único ermitaño del Drontheimus?...

—En efecto—dijo el ermitaño con sordo acento.

—Luego somos—repuso el huésped—los dos solitarios de la provincia. ¡Hola, Beclia! que esté pronto listo ese trozo de cabrito; porque traigo hambre. Ahí me ha detenido en la aldea de Burlock, ese maldito doctor Manryil, que no quería darme más que doce ascalinos por el cadáver; cuarenta le dan en Drontheim á ese infernal Spiagudry, conserje del Spladjest.—¡Eh, el de la peluca! ¿qué es eso? cuidado no te caigas, hombre. A propósito de ese compadre de la peluca, dime, Beclia, si has acabado ya el esqueleto del envenenador Orgero, aquel famoso nigromántico... ya tú sabes. Tiempo es ya de enviarlo al gabinete de curiosidades raras de Berghen. ¿Has enviado á uno de tus lechones á casa del síndico

de Lœvig para reclamar lo que me debe? Cuatro escudos fuertes por haber frito á una bruja y á dos alquimistas, y quitado unas cadenas de las vigas de su tribunal que le afeaban considerablemente; veinte ascalinos por haber descolgado del palo á Ismael Tyfena, judío de quien se había quejado el reverendo obispo. y un escudo por haber puesto un brazo nuevo de madera á la horca de piedra del villorrio.

—El dinero—respondió la mujer con voz de vinagre—se ha quedado en las manos del síndico, porque tu hijo se olvidó de llevar la cuchara de palo para recibirle, y ningún criado del juez quiso entregárselo en propia mano.

El marido frunció las cejas.

—Que me caiga su pescuezo entre las manos, y verán si necesito cuchara de palo para apretarle. Con todo, no hay que regañar con el síndico; él tiene que juzgar la causa del ladrón Ivar, que se queja de que se le ha dado tormento, no por mano del atormentador, sino por la mía, alegando que, no habiendo sido juzgado todavia, no puede ser declarado infame. Ahora que me acuerdo, mujer, haz que no jueguen tus chicos con mis pinzas y mis tenazas; hoy han revuelto todos mis chismes de modo que no he podido hacer uso de ellos. ¿Dónde andan esos monstruos?—continuó el huésped acercándose al montón de paja donde Spiagudry había creído ver tres cadáveres.—Ahí están tendidos y durmiendo, á pesar del ruido, como tres ahorcados.

En estas palabras, cuyo horror contrastaba con la serenidad espantosa y atroz alegría del

que las pronunciaba, acaso ha adivinado ya el lector quién es el habitante de la torre de Vygla. Spiagudry, que desde el momento de su aparición le reconoció, por haberle visto figurar muchas veces en muy siniestras ceremonias allá en la plaza de Drontheim, estuvo á punto de desmayarse de espanto, pensando sobre todo en el motivo personal que tenía desde la víspera para temer á aquel terrible funcionario. Acercóse al oído de Ordener y díjole en voz casi inarticulada:—*Es Nycol Orugix, verdugo del Drontheimus.* Ordener, horrorizado en el primer momento, se estremeció y echó muy de menos el camino y la tempestad; pero pronto se apoderó de él no sé qué sentimiento de curiosidad indefinible, y sin dejar por eso de lamentar el susto y confusión de su pobre compañero, prestaba una atención exclusiva á las palabras y modo de vivir del ser singular que tenía á la vista, como se escucha ávidamente el bramido de una hiena ó el rugido de un tigre traído del desierto á nuestras ciudades. El digno Spiagudry estaba muy lejos de tener por entonces bastante serenidad de espíritu para hacer por su parte observaciones psicológicas. Escondido detrás de Ordener, acurrucábase en su capa, llevaba una mano trémula á su emplasto, bajaba sobre su frente la flotante peluca, y no respiraba más que con hondos y prolongados suspiros.

Entretanto, la huéspeda había servido sobre una fuente de barro el cuarto de cabrito asado, acompañado de su correspondiente cola. Sentóse el verdugo enfrente de Ordener y de Spiagudry,

entre los dos sacerdotes; y su mujer, después de haber puesto en la mesa un cántaro de cerveza endulzada con miel, un pedazo de *rindebrod* (1) y cinco platos de madera, sentóse delante del fogón, y se ocupó en afilar las pinzas melladas de su amable consorte.

—Ea, reverendo ministro—dijo Orugix riendo, —la oveja os ofrece un pedazo de cabrito. Y tú, el de la peluca, ¿es el viento el que te ha echado los pelos sobre la cara?

—El viento... señor; la tempestad—dijo en voz balbuciente el tímido Spiagudry.

—Animo, buen viejo, ánimo; ya ves que estos sacerdotes y yo somos unos buenos diablos. Ea, dinos quién eres tú y quién es ese tu compañero el taciturno, y haced los dos por hablar un poquillo, trabemos amistad; si tus discursos corresponden á tu facha, debes ser un hombre muy divertido.

—Favor que vuestra merced se digna hacerme—dijo el conserje, encandilados los labios, enseñando los dientes y guiñando el ojo para hacer que reía;—yo soy un pobre viejo...

—Sí—interrumpió el chistoso verdugo,—algún viejo sabio, algún viejo hechicero...

—¡Oh, señor! Sabio, sí; hechicero, no.

—Tanto peor: un hechicero completaría nuestro alegre *sanedrin*. Señores huéspedes, bebamos para volver la palabra á este viejo que va á animar nuestra cena. ¡A la salud del ahorcado de

---

(1) Pan de corteza de árbol con que se alimentan las clases indigentes de Noruega.

hoy, hermano predicador! ¿Qué es eso, ermitaño, rehusáis mi cerveza?

El ermitaño, en efecto, había sacado de debajo de su ropón una gran calabaza llena de un agua muy clara de que llenó su vaso.

—Por vuestra vida, ermitaño de Linrass—exclamó el verdugo,—que si no queréis probar mi cerveza, he de probar ese agua que prefiere á ella vuestro paladar de anacoreta.

—Sea—respondió el ermitaño.

—Empezad por quitaros ese guante, reverendo hermano—replicó el verdugo;—siempre se da de beber con las manos limpias.

El ermitaño hizo un signo negativo.

—Es un voto—dijo.

—Pues venga—añadió el verdugo.

Apenas Orugix hubo tocado el vaso con los labios, cuando le arrojó al suelo violentamente mientras el ermitaño apuraba el suyo de un trago.

—Por el cáliz de Jesús, reverendo ermitaño, ¿qué diablos de bebida es ese licor infernal? En mi vida he catado otro tal ni tan malo desde el día en que estuve á punto de ahogarme en mi navegación de Copenhague á Drontheim. En verdad, señor ermitaño, que no es esa agua de la fuente de Linrass, sino del mar...

—¡Agua del mar!—repitió Spiagudry con un espanto profundo, aumentado más y más con la vista del guante.

—Vaya, vaya, viejo Absalón—dijo el verdugo volviéndose hacia él y riendo bestialmente,—que aquí todo os asusta, hasta la bebida de un santo cenobita que se mortifica.

—¡Oh! No, señor, no. ¡Pero el agua del mar...! No hay más que un hombre.

—Ea, señor doctor, confiese que no sabe qué decir, y que esa turbación proviene de una conciencia poco limpia ó de que nos desprecia...

Estas palabras, pronunciadas en tono enojado, redujeron á Spiagudry á la necesidad de disimular su terror. Para camelar á su terrible huésped recurrió á su vasta memoria y echó mano de la poca presencia de espíritu que le quedaba.

—¡Despreciar! ¿Yo despreciaros, señor, á vos, cuya presencia en una provincia da á esta provincia el *merum imperium!* ¡A vos, maestre de las altas obras, ejecutor de la vindicta secular, espada de la justicia, escudo de la inocencia! ¡A vos, á quien Aristóteles, libro sexto, capítulo último de su *Política*, coloca entre los *magistrados*, y cuyos justos emolumentos eleva París de Puteo, en su tratado *De Sindico*, á cinco escudos de oro, como lo prueba este pasaje: *Quinque aureos manivolto!* ¡A vos, señor, cuyos colegas en Cronstadt adquieren la nobleza después de cortar trescientas cabezas! ¡A vos, cuyas terribles, pero honrosas funciones, son desempeñadas con orgullo, en Franconia por el casado más reciente, en Reutlinga por el consejero más joven, en Stedien por el último ciudadano instalado, por orden de antigüedad! ¿Ignoro yo por ventura, venerable señor, que vuestros compañeros tienen en Francia derecho de *havadium* sobre cada enfermo de San-Ladre, sobre los cerdos y sobre los bollos de la víspera de la Epifanía? ¡Cómo pudiera yo no profesaros el más profundo respeto,

sabiendo que el abad de *Saint-Germain-des-Prés* os da todos los años, el día de San Vicente, una cabeza de puerco y os coloca al frente de la procesión!...

Al llegar aquí, interrumpió bruscamente el verdugo la erudita facundia del conserje.

—¡A fe mía que ahora lo sé! El docto abad de que habláis, señor reverendo, no me ha pagado todavía uno solo de esos derechos que me pintáis de un modo tan seductor. Amigos míos—prosiguió Orugix—sin pararme en las extravagancias de este viejo chocho, no hay duda en que he malogrado mi carrera: no soy en el día más que el pobre verdugo de una pobre provincia, y sin embargo, sabe Dios que estaba destinado á hacer aún más fortuna que Stillison Dickoy, el famoso verdugo de Moscovia. ¿Querrán ustedes creer que yo soy el mismo que hace veinte y cuatro años fué designado para ajusticiar á Schumacker?

—¡A Schumacker, conde de Griffenfeld!—exclamó Ordener.

—¿Y eso os admira, señor mudo? Pues ni más ni menos; yo soy el que debió despachar para el otro mundo á ese Schumacker que una casualidad singular vuelve á poner á mi disposición... en caso de que el rey tenga á bien levantar el indulto. Apuremos este cántaro, señores, y contaré á ustedes por qué pasos, habiendo empezado con tan brillantes auspicios, he venido á acabar tan miserablemente.

Yo era, en 1676, criado de Rhum Stuald, verdugo regio de Copenhague. Cuando fué condenado á muerte el conde de Griffenfeld, cayó malo

mi amo, y yo, gracias á mis protecciones, fuí elegido para reemplazarle en aquella gloriosa ejecución. El 5 de Junio—jamás olvidaré aquel día—desde las cinco de la mañana, ayudado del maestro de obras bajas, levanté en la plaza de la Ciudadela un gran patíbulo que cubrimos de negro, por respeto al rango del reo. A las ocho la guardia noble rodeó el cadalso, y los hulanos de Slesvig contuvieron á la muchedumbre que se apiñaba en la plaza. ¡Quién no se hubiera ensoberbecido, entusiasmado, en mi lugar! En pie, y con el sable en la mano, esperaba yo en lo alto del tablado: todas las miradas estaban fijas en mí; yo era en aquel momento el personaje más importante de los dos reinos. Mi fortuna, decía yo para mi coleto, ya está hecha, porque ¿qué podrían sin mí todos esos grandes señores que han jurado la ruina del canciller? Veíame ya ejecutor regio con título en la capital; tenía criados, privilegios. ¡Escuchad! El reloj del castillo dió las diez; el reo sale de su prisión, atraviesa la plaza, sube al cadalso con paso firme y sereno continente. Quise atarle el pelo, pero me dió un empellón y se hizo á sí mismo este postrer servicio. —«Mucho tiempo hacía—dijo sonriendo al prior de San Andrés—que no me había peinado yo solo.» Ofrecíle la venda negra, que apartó de sus ojos con desdén, aunque sin mostrarme desprecio. —«Amigo mío—me dijo,—esta es acaso la primera vez que un espacio de pocos pies en cuadro reúne á los dos miembros extremos del orden judicial: el canciller y el verdugo.» Estas palabras han quedado

grabadas en mi memoria. Rehusó también el almohadón negro que quise poner bajo sus rodillas; luego abrazó al sacerdote y se arrodilló con serenidad, después de haber dicho en alta voz que moría inocente. Rompí entonces de un hachazo el escudo de sus armas, gritando como es costumbre: *No se hace esto sin justa causa.* Esta afrenta dió un golpe terrible á la firmeza del conde; palideció, pero al punto se apresuró á responder: *El rey me las ha dado; el rey puede quitármelas.* Apoyó su cabeza sobre el tajo, dirigiendo los ojos hacia el Oriente, ¡y yo! yo levanté el sable con las dos manos... ¡Escuchad! En aquel momento llegó un grito á mis oídos: *¡Perdón, en nombre del rey! ¡Perdón para Schumacker!* Volví la cabeza, y vi á un ayudante de campo que galopaba hacia el patíbulo, agitando un pergamino desarrollado. Levantóse el conde con aire, no alegre, sino solo satisfecho. Entregáronle el pergamino. —¡Dios mío!—exclamó—¡La prisión perpetua! ¡Su perdón es más cruel que la muerte! Y bajó, abatido como un criminal, del cadalso adonde había subido sereno. En cuanto á mí, todo me era indiferente, porque no pensé entonces en que la salvación de aquel hombre era mi pérdida. Después de haber demolido el cadalso, vuelvo á casa de mi amo, lleno todavía de esperanzas, aunque algo mohino por haber perdido el escudo de oro, precio de la cabeza del reo. Pero no paró aquí mi desgracia; al día siguiente recibí una orden de destierro y un diploma de verdugo provincial para el Drontheimus. ¡Verdugo de provincia, y de la última

provincia de Noruega! Vean ustedes ahora, señores, cómo causas pequeñas producen grandes efectos. Los enemigos del conde, con el objeto de darse ciertos visos de clemencia, lo habían dispuesto todo para que llegase el perdón un momento después de la ejecución de la sentencia; pero marró su cálculo por un minuto: achacáronlo á mi lentitud, como si hubiera sido cosa decente impedir á un personaje ilustre que se entretuviera algunos instantes antes del último. ¡Como si un ejecutor regio que degüella á un gran canciller pudiera hacerlo sin más dignidad ni mesura que un verdugo de provincia que ahorca á un judío! Agregóse á esto la malevolencia, las intrigas; yo tenía un hermano que, si no me engaño, vive todavía: éste logró un empleo, mudando de nombre, en la casa del nuevo canciller, el conde de Ahlefeld. En Copenhague, mi presencia importunaba á aquel miserable. Mi hermano me desprecia porque puede ser que yo le ahorque algún día.

Interrumpióse aquí el facundo orador para dar curso á su jovialidad, y luego prosiguió:

—Ya véis, amados huéspedes, que he tomado mi resolución ¡Sí, señor, y llévense todos los diablos la ambición y los ambiciosos! Ahora ejerzo aquí honradamente mi oficio; vendo mis cadáveres, ó Beclie los convierte en esqueletos, que me compra el gabinete de anatomía de Berghem: me río de todo, hasta de esa pobre hembra que ha sido gitana y que la soledad vuelve loca; mis tres herederos se crían en el temor del diablo y de la horca. Mi nombre es el coco de los

chiquillos del Drontheimus; los síndicos me surten de carretas y de vestidos encarnados; la Torre Maldita me guarece de la lluvia, como pudiera hacerlo el palacio del obispo; los sacerdotes que trae la tempestad á mi guarida me echan sermones, los sabios me adulan... En fin, soy tan feliz como cualquiera otro: como, bebo, ahorco y duermo.

No terminó el verdugo su discurso sin sazonarle con famosos tragos de cerveza y sonoras carcajadas.

—¡Mata y duerme!—murmuró el ministro.—¡Desgraciado!

—¡Qué feliz es ese miserable!—exclamó el ermitaño.

—Sí, hermano ermitaño—dijo el verdugo;—miserable como vos, pero mucho más feliz. Hablemos claros; el oficio no sería malo si no fuera porque parece que tienen empeño particular en hacerle la guerra. ¿Les parece á ustedes que no tengo noticia de las famosas bodas que han dado ocasión al nuevo capellán de Drontheim para pedir el perdón de doce reos que me pertenecen?...

—¿Que os pertenecen?—exclamó el ministro.

—Pues ya se ve que sí. Siete de ellos debían ser azotados, dos marcados sobre el carrillo izquierdo y tres ahorcados, lo que hace, en resumidas cuentas, doce. Esto es, doce escudos y treinta ascalinos que pierdo ahí en un quítame allá esas pajas si se concede el perdón; ¿qué dicen ustedes, señores, de ese capellán que así dispone de mi hacienda? Ese pícaro sacerdote se llama

Atanasio Munder. ¡Oh! ¡Si yo le cogiera entre mis uñas!...

Levantóse el luterano y dijo con voz serena y reposado continente:

—Hijo mío, yo soy Atanasio Munder.

Al oir este nombre inflamáronse en cólera todas las facciones de Orugix, que se lanzó impetuosamente de su asiento; pero su furiosa mirada encontró la mirada serena y evangélica del capellán, y volvió á sentarse lentamente, mudo y confuso.

Siguió á esta escena un momento de silencio; Ordener, que se había levantado de la mesa resuelto á defender al sacerdote, le rompió el primero.

—Nycol Orugix—dijo,—tomad estos trece escudos para remuneraros del perdón de los reos...

—¡Ah!—interrumpió el ministro.—¿Quién sabe si le obtendré? Sería preciso para ello que pudiese hablar al hijo del virrey, porque el asunto depende de su matrimonio con la hija del canciller.

—Señor capellán—respondió el joven con voz firme,—os prometo que le obtendréis. Ordener Guldenlew no recibirá el anillo nupcial sino á condición de que se ponga en libertad á vuestros protegidos.

—Joven extranjero, eso no depende de vos; ¡pero Dios os oye y os recompensará!

Los trece escudos de Ordener habían completado lo que comenzó la mirada del sacerdote. Nycol, enteramente apaciguado, recuperó su alegría.

—Yo digo—reverendo capellán,—que sois un

excelente sujeto, digno de decir misa en la capilla del mismo San Hilarión; lo que antes dije de vuestra paternidad, ni yo mismo lo creía. Vos seguís vuestro camino recto, y no es culpa vuestra si ese camino se cruza con el mío. Pero el que es un verdadero Beelcebub, á quien tengo unas ganas que ¡ya, ya! es el guardián de los muertos de Drontheim, el viejo renegado, el conserje de Spladjest... ¿Cómo le llaman?—¿Spliugry? ¿Spadugry? Diga vuestra merced, señor doctor de la peluca, vos que sois una Babel de sabiduría, que lo sabéis todo, ¿no pudierais ayudarme á dar con el nombre de ese pícaro brujo, vuestro compadre?... Alguna vez debéis haberle encontrado, los días de *sábado,* cabalgando en los aires sobre un palo de escoba.

Cierto que si el pobre Benigno hubiera podido evadirse en aquel punto y sazón sobre algún palafrén de aquella especie, el narrador de esta historia está seguro de que con mucha alegría le hubiera confiado su flexible y aterrada individualidad. Nunca jamás se había desarrollado en él con tanta energía el apego á la vida, como desde que percibía por todos sus órganos la inminencia del peligro. Todo cuanto veía le aterraba; las tradiciones de la Torre Maldita, los ojos desencajados de la mujer colorada, la voz, los guantes y la bebida del misterioso ermitaño, la aventurera intrepidez de su compañero, y sobre todo, la presencia del verdugo, de aquel verdugo en cuya guarida caía huyendo cargado de un crimen imaginario. Tanto temblaba, que todo movimiento voluntario estaba paralizado en él, so-

bre todo desde que vió el giro fatal que iba tomando la conversación, y oyó el furibundo apóstrofe del formidable Orugix. Como no se curaba en manera alguna de imitar el heroísmo del sacerdote, su lengua embotada no fué por mucho tiempo capaz de articular una sola palabra.

—Vamos—repuso el verdugo—¿sabéis el nombre de ese conserje de Spladjest? ¿O esa maldita peluca os vuelve sordo?

—Un poco, señor...—Pero—dijo en fin—os juro que no sé su nombre.

—¡No lo sabe!—dijo la espantable voz del ermitaño.—Mal hace en jurarlo: ese hombre se llama Benigno Spiagudry.

—¡Yo! ¡yo! ¡Dios mío!—exclamó el anciano con terror.

—¿Y quién dice que seais vos?—respondió el verdugo, prorrumpiendo en una estruendosa carcajada.—Aquí no se trata de vos, sino de ese maldito pagano de conserje. Vaya que el buen pedagogo de todo se espanta; ¿pues qué sería si estas gesticulaciones tan ridículas tuviesen un motivo fundado? Sería cosa de risa ahorcar á este viejo loco.—¿Con que es decir, venerable doctor—prosiguió el verdugo, á quien divertían no poco los terrores de Spiagudry—que no conocéis á ese Benigno Spiagudry?

—No señor—respondió el conserje, algún tanto tranquilizado por su *incógnito;*—no le conozco á fe mía. Y una vez que tiene la desgracia de desagradaros, sabe Dios cuánto me afligiría conocer á ese hombre.

—¿Y vos, señor ermitaño—repuso Orugix—parece que le conocéis?

—Sí, por cierto—respondió el ermitaño.—Es un hombre alto, viejo, seco, calvo...

Spiagudry, justamente sobresaltado en vista de aquella prosografía, arregló su peluca lo mejor que pudo.

—Tiene—continuó el ermitaño—las manos largas como las de un ladrón que no ha robado en ocho días y la espalda encorvada.

Spiagudry se gallardeó con sumo primor.

—Por lo demás, cualquiera le tomaría por uno de los cadáveres que custodia, á no ser por sus ojos tan penetrantes...

Llevó Spiagudry la mano á su emplasto protector.

—Mil gracias, padre—dijo el verdugo al ermitaño; —en cualquier sitio en que le encuentre, estoy seguro de reconocer al viejo judío...

Spiagudry, que era muy buen cristiano, indignado de aquella intolerable injuria no pudo reprimir una exclamación.

—¡Judío...! ¡Señor! Y luego se contuvo de pronto, temeroso de haber dicho demasiado.

—Sí, señor, judío ó pagano, ¿qué más da? si es cierto que tiene relaciones con el diablo, como se asegura.

—Yo lo creería—repuso el ermitaño con una sonrisa irónica que no ocultaba del todo su capucha, si no fuera tan gallina.—¿Pero cómo diablos había de hacer un pacto con Satanás? Es tan cobarde como pícaro. Cuando el miedo se apodera de él, no sabe lo que se hace.

Hablaba el ermitaño lentamente, como si procurara disfrazar la voz, pero la misma lentitud de sus palabras les daba una expresión singular.

—*¡No sabe lo que se hace!*—repitió interiormente Spiagudry.

—Me aflige que un pícaro sea cobarde—dijo el verdugo,—porque entonces ni aun merece la pena de que se le aborrezca. Se puede pelear contra una serpiente, pero á un sapo se le espachurra, y nada más.

Spiagudry aventuró algunas palabras en su defensa.

—Pero, señores—dijo—¿están vuestras mercedes seguros de que ese empleado público sea tal cual vuesas grandezas le pintan? ¿Tiene ácaso una reputación?...

—¡Una reputación!—repuso el ermitaño;—la más execrable reputación de la provincia.

Benigno se volvió, rabo entre piernas, hacia el verdugo.

—Señor maestro, ¿qué quejas tenéis contra él? Porque es indudable para mí que vuestro odio será muy legítimo.

—Razón tenéis, buen viejo, en no dudarlo. Como su comercio se parece al mío, Spiagudry hace cuanto puede por perjudicarme.

—¡Oh señor! ¡No lo creáis! O en caso de que eso sea así, como vos decís, sólo puede consistir en que ese hombre no os ha visto como yo, rodeado de vuestra graciosa consorte y de vuestros preciosos hijos, admitiendo á los extranjeros á la dicha de calentarse en vuestro doméstico hogar. Si hubiera gozado, como nosotros, de vuestra

amable hospitalidad, es bien seguro, señor, que ese desgraciado no podría ser vuestro enemigo.

Acababa apenas Spiagudry esta astuta alocución, cuando la mujer del verdugo, que hasta entonces había permanecido silenciosa, se levantó y dijo en voz agriamente solemne:

—Nunca es más venenosa la lengua de la víbora que cuando tiene un baño de miel.

Sentóse después de pronunciada esta grave sentencia, y continuó afilando sus pinzas, trabajo cuyo ruido ronco y chillón, llenando los intervalos de la conversación, hacía, á expensas de los oídos de los cuatro viajeros, el papel de los coros en una tragedia griega.

—*Esta mujer está loca seguramente*—dijo para su capote el conserje, no pudiendo explicarse de otro modo el mal efecto que había producido su adulación.

—Beclia tiene razón, señor doctor boquituerto —exclamó el verdugo.—Por lengua de víbora os tendré hasta la muerte, si continuáis justificando á ese bellaco de Spiagudry.

—¿Y le justifico yo por ventura? No quiera Dios que tal haga. ¡Jesús!

—Bien hecho, porque ni aun podéis imaginaros hasta dónde lleva su insolencia. ¿Querrá usted creer que el muy desvergonzado tiene la temeridad de disputarme la propiedad de Han de Islandia?

—¡De Han de Islandia!—dijo de pronto el ermitaño.

—Sí. ¿Conocéis á ese famoso bandido?

—Sí—dijo el ermitaño.

—¿No es cierto que todo bandido pertenece de derecho al verdugo? ¿Pues qué hace ese infernal Spiagudry? Pide que se señale un premio al que presente la cabeza de Han...

—¿Pide que se señale un premio al que presente la cabeza de Han?—interrumpió el ermitaño.

—Se atrave á hacerlo el insolente viejo, y sólo con el objeto de que le vaya á su Spladjest el cuerpo y quede yo privado de lo que es mio.

—¡Qué infamia, maese Orugix, osar disputaros un bien que os pertenece tan evidentemente!

Estas palabras iban acompañadas de la sonrisa maliciosa que aterraba á Spiagudry.

—Es tanto más negra esa infamia, buen ermitaño, cuanto sólo una ejecución como la de Han ú otra así podría sacarme de mi obscuridad y hacerme la suerte que perdí cuando aquello de Schumacker.

—¿De veras, maese Nycol?

—Sí, hermano ermitaño; venga vuestra paternidad á verme el día que degollemos á Han, é inmolaremos un cochinillo de leche á mi futura elevación.

—Con mucho gusto; ¿pero sabéis si estaré yo libre ese día? Además, hace un momento disteis al diablo la ambición.

—¿Pues no había de hacerlo, cuando veo que para destruir mis más justas esperanzas bastan un Spiagudry y una petición al gobernador?

—¡Ah!—repuso el ermitaño con un acento singular.—¿Spiagudry ha hecho esa petición?

Aquella voz era para el pobre Benigno como la mirada de la serpiente para el pájaro.

—Señores—dijo;—¿para qué hacer juicios aventurados? Puede que todo eso no sea más que un rumor infundado...

—¡Infundado!—respondió Orugix;—demasiado cierto es. La petición de los síndicos está ahora en Drontheim, apoyada con la firma del conserje del Spladjest. Sólo se espera la decisión de su excelencia el general gobernador.

Estaba el verdugo tan bien instruído, que Spiagudry no osó llevar adelante su justificación; contentóse, pues, con maldecir interiormente por la centésima vez á su imprudente compañero. Pero cuál fué su agonía, cuando vió al ermitaño, que por algunos momentos había estado meditabundo, levantar de pronto la cabeza, y le oyó decir con su habitual ironía:

—Maese Nycol, ¿cuál es el suplicio de los sacrílegos?

Hicieron estas palabras sobre Spiagudry el mismo efecto que si le hubieran arrancado su emplasto y su peluca; esperó con ansiedad la respuesta de Orugix, el cual, naturalmente calmoso, empezó por apurar su vaso.

—Eso depende del género del sacrilegio—respondió el verdugo.

—¿Si el sacrilegio es la profanación de un muerto?

Entonces sí que el pobre Benigno se esperó á ver su nombre pronunciado de un momento á otro por la boca del inexplicable ermitaño.

—Antiguamente—dijo Orugix con frialdad—se le enterraba vivo con el cadáver profanado.

—¿Y ahora?

—Ahora hay más humanidad.

—¡Más humanidad!—dijo Spiagudry respirando apenas.

—Sí—repuso el verdugo con el tono satisfecho y negligente de un artista que habla de su arte;—ahora se empieza por imprimirle con un hierro ardiendo una ese sobre las pantorrillas.

—¿Y luego?—interrumpió el viejo, contra el cual hubiera sido difícil ejecutar esta parte del castigo.

—Luego—dijo el verdugo—se contentan con ahorcarle.

—¡Misericordia!—exclamó Spiagudry:—¡se contentan con ahorcarle!

—Bien, ¿y qué? Vaya que el buen viejo me mira como el reo á la horca.

—Veo con placer—dijo el ermitaño—que se han adoptado principios de humanidad.

En este momento la tempestad, que había cesado, dejó oir muy distintamente á lo lejos el sonido claro é intermitente de una corneta.

—Nycol—dijo la mujer,—sin duda persiguen á algún malhechor, porque oigo la corneta de los arqueros.

—¡La corneta de los arqueros!—repitió cada uno de los interlocutores con un acento diferente y Spiagudry con el más profundo terror.

Apenas acababan esta exclamación, cuando llamaron á la puerta de la torre.

XIII

Lœvig es un villorrio situado sobre la orilla septentrional de Drontheim, y pegado á una cordillera baja de colinas peladas y singularmente coloreadas por diferentes especies de sembrados, semejantes á enormes láminas de mosaicos apoyadas al horizonte. El aspecto del pueblo es triste; la cabaña de madera y juncos del pescador, la choza cónica de tierra y de guijarros en que pasa el minero inválido los pocos días de su ancianidad que sus economías le permiten consagrar al descanso y á tomar el sol; la movible armazón de madera abandonada que cubre á su vuelta el cazador con un techo de paja y con paredes de pieles, forman algunas calles más largas que la aldea, porque son estrechas y tortuosas. En una playa donde no se ven hoy más que los vestigios de una inmensa torre, alzábase entonces la antigua fortaleza construída por Horda-el buen-Arquero, señor de Lœvig y hermano de armas del rey pagano Halfadano, y ocupada en 1698 por el síndico del pueblo, el cual hubiera sido el huésped mejor alojado en ella sin la argentada cigüeña que iba todos los veranos á posarse en la extremidad del campanario puntiagudo de la iglesia, semejante á una perla blanca en la cima del agudo bonete de un mandarín.

En la mañana del mismo día en que llegó Ordener á Drontheim, un personaje se apeó igualmente de incógnito en Lœvig. Su litera dorada,

aunque sin armas, sus cuatro robustos lacayos armados hasta los dientes, fueron desde el primer momento el objeto de todas las conversaciones y de todas las curiosidades. El posadero de *La Paviota de Oro*, especie de venta en que se apeó el personaje, se había dado desde que llegó éste un aire importante y misterioso, y respondía á todas las preguntas: *no sé nada*, en tono que quería decir: *lo sé todo, pero no sabréis nada*. Los lacayos eran callados y sombríos como las bocas de una mina. Empezó el síndico por encerrarse en su torre, esperando en su dignidad la primera visita del extranjero, pero pronto le vieron los habitantes, no sin notable sorpresa, presentarse dos veces inútilmente á la puerta de *La Paviota de Oro*, y mendigar á la caída de la tarde un saludo del viajero apoyado en la baranda de su ventana entreabierta. Inferían de aquí las viejas del pueblo que el personaje había hecho conocer al señor síndico su alta categoría; pero se engañaban. Un mensajero del recién venido se había presentado poco después de su llegada en la oficina del síndico para hacer visar su pasaporte, y el síndico había observado sobre el gran sello de lacre verde del paquete que llevaba dos *manos de justicia* cruzadas, sosteniendo un manto de armiño sobre el cual había una corona de conde impuesta á un escudo, en torno del cual pendían los collares del Elefante y de Dannebrog. Esta observación fué muy suficiente para el astuto síndico, que deseaba con singular empeño obtener de la gran cancillería el sindicado mayor del Drontheimus. Pero todas sus idas y venidas

fueron inútiles, porque el noble incógnito no quería ver á nadie.

Llegaba ya á su término el segundo día después de la llegada de este viajero á Lœvig, cuando entró el patrón en su cuarto diciendo, después de un profundo saludo, que acababa de llegar el mensajero que esperaba su cortesía.

—¡Que pase adelante!—dijo su cortesía.

Un momento después entró el mensajero, y cerró cuidadosamente la puerta; en seguida, inclinándose hasta el suelo delante del extranjero, que volvió hacia él la cabeza con suma indiferencia, esperó en un silencio respetuoso á que le dirigiese la palabra.

—Os esperaba esta mañana -dijo éste;—¿qué os ha detenido?

—Los intereses de vuestra gracia, señor conde. ¿Tengo yo otro cuidado, por ventura?

—¿Qué hace Elfega? ¿Qué hace Federico?

—Uno y otro están buenos...

—¡Buenos! interrumpió el conde.—¿No tenéis cosa más interesante que decirme? ¿Qué hay de nuevo en Drontheim?

—Nada; sino que llegó ayer el barón de Thorvick.

—Sí; ya sé que ha querido consultar á ese viejo mecklemburgués... á Levin, sobre el matrimonio proyectado... ¿Sabéis cuál ha sido el resultado de su entrevista con el gobernador?

—Hoy á las doce, hora en que salí, aún no había visto al general.

—¡Cómo, y llegó el día antes! Mucho me admira eso, Musdœmon; ¿y había visto á la condesa?

—Mucho menos, señor.

—Luego vos le habéis visto.

—Nada de eso; y aun cuando así fuera, yo no le conozco.

—¿Y cómo si nadie le ha visto, sabéis que está en Drontheim?

—Por su criado, que se apeó ayer en el palacio del gobernador.

—Pero y él, ¿dónde se ha apeado?

—Su criado asegura que inmediatamente después de llegar se embarcó para Munckholm, después de haber entrado en el Spladjest.

La mirada del conde tomó una expresión de cólera.

—¡Para Munckholm! ¡Para la prisión de Schumacker! ¿Estáis seguro? Siempre pensé que el tal Levin era un traidor. ¡Para Munckholm! ¿Qué motivo puede llevarle? ¡Irá á pedir consejo á Schumacker! ¡Irá...!

—Noble señor—interrumpió Musdœmon,—no es seguro que haya ido...

—¡Pues cómo! ¿Y lo que me decíais hace un momento? ¿Os burláis acaso de mí?

—Perdóneme vuestra gracia; yo no he hecho más que repetir al señor conde lo que decía el criado del señor barón. Pero el señor Federico, que estaba ayer de guardia en la torre, no ha visto al barón Ordener.

—Eso nada prueba; mi hijo no conoce al hijo del virrey. Ordener ha podido entrar de incógnito en el castillo.

—Pero el señor Federico asegura no haber visto á nadie.

—Eso es muy distinto—añadió el conde calmándose.—¿Mi hijo lo ha asegurado?

—Me lo ha asegurado tres veces, y el interés del señor Federico es en ello el mismo que el de vuestra gracia.

Esta reflexión del mensajero tranquilizó completamente al conde.

—¡Ah!—dijo.—Ya caigo. El barón al llegar habrá querido pasearse un poco por el golfo, y el criado habrá creído que iba á Munckholm. Porque, en efecto, ¿qué diablos había de ir á buscar á la torre? Hice mal en inquietarme. Esa indiferencia de mi yerno en ver al viejo Levin, prueba que no le ama tanto como yo temía. No creeréis, querido Musdœmon—prosiguió el conde sonriendo—que ya me había imaginado á Ordener enamorado de Ethel Schumacker, y que ya urdía en mi cabeza una novela con su correspondiente intriga amorosa sobre el tal viaje á Munckholm. Pero á Dios gracias, Ordener es menos loco que yo. A propósito, Musdœmon, ¿qué es de esa linda Danae en manos de Federico?

Musdœmon había concebido las mismas inquietudes que su amo relativamente á Ethel Schumacker, y con no poca dificultad había logrado vencerlas; pero contento de ver á su amo sonreir, guardóse muy bien de turbar su seguridad; antes bien procuró aumentarla, á fin de aumentar juntamente aquella serenidad tan preciosa en los grandes para sus privados.

—Noble conde—dijo,—vuestro hijo nada ha logrado con la hija de Schumacker; pero parece que otro ha sido más afortunado.

—¡Otro! ¿Y quién?—interrumpió el conde.

—¿Qué sé yo? Un vasallo..., un villano...

—¿Es eso cierto?—exclamó el conde, cuyo semblante duro y sombrío brilló radiante de alegría.

—Así nos lo ha asegurado el señor Federico á la noble condesa y á mí.

Levantóse el conde y empezó á pasear por la estancia frotándose las manos.

—¡Musdœmon! ¡Amigo Musdœmon! Un esfuerzo más y la victoria es segura. La rama del árbol ya está podrida; sólo nos falta derribar el tronco. ¿Traéis alguna otra buena noticia?

—Dispolsen ha sido asesinado.

La alegría del conde llegó á su punto.

—¡Ah! Veréis cómo vamos de triunfo en triunfo. ¿Se han cogido sus papeles? ¿Sobre todo aquel cofrecillo de hierro?...

—Con dolor anuncio á vuestra gracia que el asesinato no ha sido cometido por los nuestros. Ha sido muerto y despojado de cuanto traía en las playas de Urchtal, y esta proeza se atribuye á Han de Islandia.

—¡Han de Islandia!—repitió el conde, cuyo rostro se anubló de nuevo.—¡Cómo! ¡Ese célebre bandido á quien queremos poner al frente de nuestros rebeldes!

—El mismo, noble conde, y me temo, según lo que he oído decir, que nos cueste mucho trabajo el dar con él; en todo caso, me he asegurado de un jefe que tomará su nombre y podrá reemplazarle. Es un terrible montañés, alto y duro como un roble, feroz y atrevido como un lobo en un de-

sierto de nieve. Es imposible que este formidable gigante no se parezca á Han de Islandia.

—Luego ese Han de Islandia—preguntó el conde—¿es muy alto?

—Así lo dice la fama, señor.

—Siempre admiro, amigo Musdœmon, el arte con que disponéis vuestros planes. ¿Y cuándo estalla la insurrección?

—¡Oh! De un momento... á otro; acaso haya estallado ya. Hace mucho tiempo que la tutela real pesa sobre los mineros, y todos aprovechan con entusiasmo esta ocasión de sublevarse. El incendio empezará por Guldbranshal, se extenderá á Sud-Moer y penetrará en Kongsberg. Dos mil mineros pueden ponerse sobre las armas en tres días: la rebelión se hará en nombre de Schumacker, pues en este nombre hablan nuestros emisarios. Los cuerpos de reserva del Mediodía y las guarniciones de Drontheim y de Skongen se pondrán en movimiento, y vuestra gracia estará aquí justamente para sofocar la rebelión; nuevo é insigne servicio á los ojos del rey, y libertarle de ese Schumacker tan molesto para su trono. Estas son las indestructibles bases sobre las cuales se elevará el edificio que deben coronar las bodas de la noble señora Ulrica de Ahlefeld con el barón de Thorvick.

La conversación íntima de dos malvados nunca es muy larga, porque lo que en ellos hay de humano pronto se indigna de lo que tienen de infernal.

Cuando dos almas perversas se ostentan recíprocamente su impúdica desnudez, sus mutuas

fealdades las horrorizan. El crimen horroriza al mismo crimen, y dos hombres malos que conversan con todo el cinismo de la soledad acerca de sus pasiones, de sus placeres, de sus intereses, son el uno para el otro un espejo espantoso. Su propia bajeza los humilla en su imagen; su propio orgullo los confunde; su propia miseria los aterra, y no pueden evitarse ni desmentirse en el espejo que tienen delante, porque cada relación odiosa, cada horrible coincidencia, cada semejanza impura encuentra en ellos una voz siempre incansable que la denuncia á sus oídos, siempre cansados de escucharla. Por más secreta que sea su conversación, siempre tiene dos testigos insoportables: Dios, á quien no ven, y su conciencia, que sienten.

Las conversaciones confidenciales de Musdœmon eran tanto más enojosas para el conde, cuanto aquel infame privado atribuía siempre sin rebozo á su amo la mitad de los crímenes ejecutados ó por ejecutar. Muchos cortesanos tienen la destreza de ocultar á los ojos de los grandes la apariencia de las malas acciones, tomando sobre sí la responsabilidad del mal y aun dejando muchas veces al pudor de su patrono el consuelo de haber parecido resistir á un crimen provechoso. Musdœmon, por defecto de un refinamiento de destreza, seguía la marcha contraria: su intento era aparentar que aconsejaba rara vez, y que ejecutaba siempre. Conocía el alma de su amo, como éste conocía la suya; y por eso nunca se comprometía, sino comprometiendo al conde. La cabeza que el conde hubiera visto cortada con

más gusto, después de la de Schumacker, era la de Musdœmon; él lo sabía, como si su amo se lo hubiera dicho, y su amo sabía que él lo sabía.

Ya el conde había sabido lo que deseaba saber, y estaba satisfecho; sólo le faltaba despedir á Musdœmon.

—Musdœmon—dijo con amable sonrisa,—sois el más fiel y el más celoso de mis servidores. Todo va bien, y á vos os lo debo. Tengo de haceros secretario íntimo de la gran Cancillería.

Musdœmon se inclinó profundamente.

—Y no es eso todo—prosiguió el conde;—voy á pedir para vos por tercera vez el orden de Dannebrog, pero me temo mucho que vuestro nacimiento... vuestra indigna parentela...

Musdœmon se puso pálido y luego encarnado, y ocultó las alteraciones de su rostro, saludando de nuevo.

—Adiós—dijo el conde, presentándole la mano para que la besara;—adiós, señor secretario íntimo; id á redactar vuestro *placeat;* acaso encuentre al rey en un momento de buen humor.

—Concédale ó no su majestad, me confunden y ensoberbecen las bondades de vuestra gracia.

—Daos prisa, amigo, porque me urge el ponerme en camino. Es menester que procuréis recoger noticias exactas sobre ese Han de Islandia.

—Musdœmon, saludando por tercera vez, entreabrió la puerta.

—¡Ah! Ya me olvidaba—dijo el conde.—En vuestra nueva calidad de secretario íntimo, escribiréis á la Cancillería para que se le envía su destitución á este síndico de Lœvig, que compro-

mete su rango en el cantón con un sinnúmero de bajezas con personas á quienes no conoce.

XIV

—Sí, señor; es menester de toda necesidad que hagamos una romería á la gruta de Linrass. ¿Quién había de decir que aquel ermitaño, á quien maldecía yo cual si fuera un espíritu infernal, había de ser nuestro ángel libertador, y que la lanza que nos amenazaba á cada momento nos había de servir de puente para salvar el precipicio?

En estos asaz burlescamente figurados términos expresaba Benigno Spiagudry á los oídos de Ordener su alegría, su admiración y su gratitud al misterioso ermitaño. Ya conocerá el lector que nuestros dos viajeros han salido de la Torre Maldita, y en el momento en que ahora los hallamos han dejado ya bastante atrás la aldea de Vygla y siguen con dificultad un camino montuoso, lleno de charcos y piedras depositadas por los torrentes pasajeros de la borrasca sobre la tierra húmeda y glutinosa. Aún no es de día; pero los matorrales que coronan las cimas de los peñascos por ambos lados del camino se desprenden del cielo ya blanquecino como rayas negras, y la vista distingue los objetos, aún si color, ir tomando lentamente sus formas á aquella luz pálida y espesa, en cierto modo, que el crepúsculo del Norte derrama por entre las frías nieblas de la mañana.

Ordener guardaba profundo silencio, porque hacía ya algunos momentos que se había entregado á aquel medio sueño que permite á veces el movimiento maquinal del andar. No había dormido desde la víspera en que se dió al descanso en una barca de pescador amarrada al puerto de Drontheim, las pocas horas que separaron su salida del Spladjest de su vuelta á Munckholm. Mientras su cuerpo se adelantaba hacia Skongen, había volado su espíritu al golfo de Drontheim, á aquella sombría prisión, bajo aquellas lúgubres torres que encerraban el único ser con quien estaban unidas para él en este mundo ideas de esperanza y felicidad. Despierto, la memoria de su Ethel dominaba todos sus pensamientos; dormido, este recuerdo era como una imagen fantástica que iluminaba todos sus sueños. En esta segunda vida del sueño, en que el alma existe sola por un momento, en que el ser físico con todos sus males parece haberse desvanecido, veía aquella virgen adorada, no más bella, no más pura, sí más libre, más feliz, más suya. Pero en el camino de Skongen, el olvido de su cuerpo, el letargo de sus facultades, no podían ser completos, porque de cuando en cuando un hoyo, una piedra, una rama de árbol en que tropezaban sus pies, le hacían pasar bruscamente de lo ideal á lo positivo. Levantaba entonces la cabeza, entreabría sus cansados párpados, y se lamentaba de haber caído de su dulce viaje celestial á su penoso viaje terrestre, donde nada le recompensaba de sus ilusiones desvanecidas más que la idea de sentir sobre su corazón aquel

rizo de cabellos que le pertenecía en tanto que toda Ethel le perteneciese. Y luego este recuerdo reproducía la deliciosa imagen fantástica, y volvía á caer dulcemente, no en su sueño, sino en su vaga y tenaz meditación.

—Mi amo—repitió Spiagudry con voz sonora, que unida á un encontrón contra el tronco de un árbol, despertó á Ordener,—nada temáis. Los arqueros han tomado hacia la derecha con el ermitaño al salir de la torre, y ya estamos á bastante distancia para poder hablar. Verdad es que hasta aquí el silencio era cosa prudente.

—A fe, amigo—dijo Ordener bostezando,—que lleváis al extremo la prudencia. Tres horas hace por lo menos que salimos de la torre y dejamos á los arqueros.

—Así es; pero más vale sudar que toser. Si yo hubiera llegado á decir mi nombre cuando el jefe de aquella patrulla infernal preguntó por *Benigno Spiagrudy* con una voz como la de Saturno cuando pedía que le dieran sus hijos recién nacidos para devorarlos; si, como iba diciendo, aun en aquel momento terrible no hubiera yo recurrido en mi astucia á una prudente taciturnidad, ¿qué sería ahora de mí?

—Apostaría, buen anciano, á que en aquel momento nadie hubiera podido obtener que le dijerais vuestro nombre, aun cuando hubieran querido arrancárosle con tenazas.

—¿Y no hice muy bien, señor mío de mi alma? Si yo hubiera hablado, ¡el ermitaño á quien San Hospicio y San Usbaldo el solitario bendigan! el ermitaño no hubiera tenido tiempo para pre-

guntar al jefe de los arqueros si su patrulla se componía de soldados de la guarnición de Munckholm; pregunta insignificante, hecha únicamente para ganar tiempo. ¿Reparó vuestra merced en aquella sonrisa tan singular con que después de la respuesta afirmativa de aquel estúpido arquero, le dijo el ermitaño que le siguiera diciendole que conocía la guarida del fugitivo Benigno Spiagudry?

Detúvose aquí el conserje sin duda para tomar aliento, puesto que un momento después añadió con voz lacrimosa de ternura y entusiasmo:

—¡Santo sacerdote! ¡Digno y virtuoso anacoreta, consumado en la práctica de los principios de la humanidad cristiana y de la caridad evangélica! ¡Y yo necio de mí que me asustaba de su facha, algo siniestra en verdad, pero que ocultaba un alma tan sublime! ¿Y reparó también vuestra merced que había un no sé qué de singular en el acento con que me dijo *hasta más ver*, al irse con los arqueros? En otra ocasión aquel acento me hubiera sobresaltado, pero no es culpa del piadoso y excelente ermitaño si no le dió el cielo un eco de voz más agradable. La soledad comunica sin duda al metal de la voz humana ese tono singular; porque yo conozco, señor (aquí bajó tanto la voz el buen Spiagudry que apenas se le oía); yo conozco otro solitario... aquel formidable viviente que... pero no, por respeto al venerable ermitaño de Lynrass, no llevaré á cabo tan odiosa comparación. Sus guantes, á decir verdad, nada tenían de extraordinario, pues hace bastante frío para llevarlos; y en cuanto á

su bebida salada, tampoco me sorprende. Los cenobitas católicos se imponen á veces extrañas penitencias, y aun esa misma se halla indicada en este verso del célebre Uvensio, religioso del monte Cáucaso:

Rivos despiciens, maris potat undam amaram.

¿Cómo diablos no me acordé de este verso en aquella maldita torre de Vygla? Un poco más de memoria me hubiera evitado muchos necios sobresaltos. ¡Verdad es que no puede llamarse cosa fácil, como sin duda conoce muy bien vuestra discreción, eso de tener uno sus ideas bien puestas en orden en semejante asilo de abominación, sentado á la mesa de un verdugo! ¡De un verdugo! ¡De un ser consagrado al desprecio y á la execración universal! ¡Que no se diferencia del asesino más que por la frecuencia é impunidad de sus asesinatos! ¡Cuyo corazón, á toda la atrocidad de los más atroces bandidos, reune la cobardía á que no da cabida en éstos su existencia aventurera! ¡De un hombre que ofrece el agua y el pan con la misma mano que maneja instrumentos de tortura y hace rechinar los huesos de los miserables entre las chillas justas de un caballete!... ¡Respirar el mismo aire que un verdugo! ¡Y el mendigo más vil, si se siente manchado por este contacto impuro, abandona con horror los últimos harapos que protegían contra las escarchas del invierno sus llagas y su desnudez! ¡Y el canciller, después de haber firmado el diploma del verdugo, le arroja debajo de la mesa

en señal de asco y de maldición! ¡Y en Francia, cuando muere el verdugo, los sargentos del prebostazgo prefieren á sucederle el pagar una multa de cuarenta libras! ¡Y en Pest, el reo Chorchill, á quien ofrecieron su perdón con tal que se hiciera verdugo, prefirió ser el paciente á ser el ejecutor! ¿Y no es cosa de todo el mundo sabida, joven y noble señor, que Turmeryn, obispo de Maestricht, hizo purificar una iglesia en que había entrado el verdugo, y que la czarina Petrowna se lavaba la cara siempre que volvía de presenciar la ejecución de una sentencia de muerte? Bien sabréis que los reyes de Francia, por honrar á los militares, quieren que sean castigados por sus compañeros, á fin de que aquellos hombres valerosos, aun cuando sean criminales, no se cubran de infamia con el contacto de un verdugo. Y en fin, lo que es decisivo en la *Bajada de San Jorge á los infiernos*, por el sabio Melasio Iturham, ¿no da Carón la preferencia al bandido Robin-Hood sobre el verdugo Philiperass? A fe mía, señor caballero, que si algún día llego á ser poderoso, lo que sólo Dios puede saber, he de suprimir los verdugos y restablecer la antigua costumbre y las antiguas tarifas. Por asesinar á un príncipe se pagará, como en 1150, cuatrocientos cuarenta dobles escudos reales; por asesinar á un conde, mil cuatrocientos cuarenta escudos sencillos; por hacer el mismo servicio á un barón, mil cuatrocientos cuarenta escudos menores. Estimaré el asesinato de un noble cualquiera en mil cuatrocientos cuarenta ascalinos, y el de un plebeyo...

—¿No oís el trote de un caballo que se acerca á nosotros?—interrumpió Ordener.

Volvieron ambos la cabeza, y como había amanecido del todo durante el largo soliloquio científico de Spiagudry, pudieron distinguir, en efecto, á cien pasos detrás de ellos, un hombre vestido de negro, haciéndoles señal con un brazo de que se parasen, y aguijoneando con el otro á uno de aquellos caballejos de un color blanquecino que se encuentran con frecuencia, domados ó por domar, en las montañas de Noruega.

—Por amor de Dios, amo mío de mi alma, apretemos el paso; ese hombre se parece á un arquero como un huevo á otro.

—¡Cómo qué! ¿Somos dos, y hemos de huir delante de un hombre solo?

—Sí; veinte gavilanes huyen delante de un buho. ¿Qué gloria resulta de esperar á la justicia?

—¿Y quién os dice que ese hombre es la justicia?—repuso Ordener, cuyos ojos no estaban turbados por el miedo.—Tranquilizaos, buen viejo; yo conozco á ese viajero. Parémonos aquí.

Fué preciso ceder; un momento después llegó el jinete y dejó de temblar Spiagudry al reconocer el continente grave y reposado del sacerdote Atanasio Munder.

Saludólos éste con suma amabilidad y detuvo el paso de su rocín, diciendo en voz alterada por el cansancio:

—Hijos míos, por vosotros he vuelto atrás, y el Señor no permitirá que mi ausencia, prolongada con una intención de caridad, sea perjudicial á aquellos para quienes es útil mi presencia.

—Señor ministro—respondió Ordener—mucho placer sería para nosotros el poder serviros en algo.

—Yo soy, por el contrario, noble mancebo, el que trata de serviros á vos. ¿Tendríais la bondad de decirme cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Reverendo sacerdote... me es imposible.

—Deseo, en efecto, hijo mío, que haya de vuestra parte impotencia y no desconfianza. Porque entonces ¡ay de mí!, ¡ay de aquél de quien desconfía el hombre de bien, aun cuando no le haya visto más que una vez!

La humildad y unción del sacerdote conmovieron profundamente á Ordener.

—Todo lo que puedo deciros, padre mío, es que vamos á recorrer las montañas del Norte.

—Eso es precisamente lo que yo creía, hijo mío, y por eso he venido aquí. Hay en estas montañas algunas partidas de mineros y de cazadores, funestas muchas veces para los viajeros.

—Lo sé—dijo Ordener.

—Y yo sé que no se debe intentar que se aparte de su camino un noble caballero que va á buscar un peligro; pero el aprecio que he concebido hacia vos me ha inspirado otro medio de seros útil. El desgraciado monedero falso á quien hoy he preparado á presentarse delante de Dios, había sido minero: un momento antes de morir me dió este pergamino, en el cual está escrito su nombre, diciendo que este salvoconducto me preservaría de cualquier peligro si viajaba algún día por estas montañas. Pero ¿de qué podría servir este salvoconducto á un pobre sacerdote

que vivirá y morirá entre prisioneros, y que además, *inter castra latronum*, sólo debe buscar su defensa en la paciencia y en la oración, únicas armas de Dios? Si no he rehusado este salvoconducto, es porque no se debe afligir con un desdén el corazón del que dentro de pocos instantes nada tendrá que dar ni que recibir sobre la tierra. El señor se dignó inspirarme, porque hoy puedo ofreceros este pergamino, á fin de que os acompañe en los azares de vuestra peregrinación, y de que el don del moribundo sea un beneficio para el viajero.

Ordener, enternecido, recibió el presente del venerable sacerdote.

—¡Señor capellán—dijo,—el cielo quiera que se cumplan vuestros deseos! Gracias os doy, con todo—añadió, poniendo la mano en el puño de su sable;—aquí llevaba yo también mi salvoconducto.

—Joven—dijo el sacerdote,—acaso este frágil pergamino os protegerá mejor que vuestra espada de acero. La mirada de un penitente es más poderosa con el Señor, que la misma espada del arcángel vencedor. Adiós, mis prisioneros me aguardan; no dejéis de pedir á Dios alguna vez por ellos y por mí.

—¡Santo sacerdote!—repuso Ordener sonriendo—ya os he dicho que vuestros pobres penitentes obtendrán su perdón; lo prometo.

—¡Oh! No habléis con esa confianza, hijo mío; no irritéis al Señor. Un hombre no sabe lo que pasa en el corazón de otro hombre, y vos ignoráis aún lo que decidirá el hijo del virrey. Acaso

¿quién sabe? puede que no se digne jamás admitir á su presencia á un humilde ministro del altar. ¡Adiós, hijo mío; bendiga el cielo vuestro viaje, y ojalá consagre alguna vez vuestra alma generosa un recuerdo para el pobre sacerdote y una oración para los pobres prisioneros!

XV

En una sala contigua á las habitaciones del gobernador de Drontheim, tres de los secretarios de su excelencia acababan de sentarse alrededor de una gran mesa negra cubierta de pergaminos, de papeles, de sellos y de tinteros, y junto á la cual un taburete vacante anunciaba que aún no había llegado uno de los escribientes. Buen rato hacía ya que cada cual estaba meditando ó escribiendo, cuando uno de ellos exclamó:

—¿Sabe usted, Wapherney, que ese pobre bibliotecario Foxtipp va á ser exonerado de su empleo por el obispo; á lo menos así me lo han asegurado, gracias á la carta de recomendación con que apoyó usted la representación del doctor Anglyvio?

—¿Qué paparruchas son esas, Ricardo?—dijo con presteza aquel de los dos secretarios á quien no se dirigía Ricardo.—Wapherney no ha podido escribir en favor de Anglyvio porque la petición de ese hombre indignó al general cuando yo se la leí.

—Así me lo dijo usted, en efecto—repuso Wapherney;—pero hallé en la petición la palabra

tribuatur escrita del puño y letra de su excelencia...

—¡Qué diantre!

—Sí, amigo; y otras muchas decisiones de su excelencia de que no me habló usted, están igualmente trocadas en las apostillas. Por ejemplo, en la petición de los mineros, el general ha escrito *negetur*.

—¡Cómo! ¡Pero hombre, usted me aturde! El general temía la condición turbulenta de esos mineros.

—Acaso ha querido aterrarlos con la severidad, y lo que más me lo hace creer es que el memorial del capellán Munder, relativo á los doce penitentes, también ha sido negado...

El secretario á quien hablaba Wapherney se levantó impetuosamente de su silla.

—¡Oh! Lo que es eso, me permitirá usted que no lo crea. El gobernador es demasiado bueno y se me ha mostrado demasiado caritativo con aquellos pobres reos para que...

—Pues si no lo cree usted, Arturo, acérquese y lea.

Tomó Arturo el memorial, y vió el signo fatal de reprobación.

—A fe mía—dijo—que apenas creo lo mismo que estoy leyendo. Es menester volver á presentarle el memorial: ¿en que día anotó su excelencia estos papeles?

—Creo—respondió Wapherney—que hará unos tres días.

—Yo le diré á usted—respondió Ricardo en voz baja;—fué en la mañana que precedió á la apari-

ción tan corta y á la desaparición tan misteriosamente súbita del barón Ordener.

—¡Calla!—exclamó asombrado Wapherney, antes de que Arturo hubiese tenido tiempo para responder.—¿Pues no hay aquí un *tribuatur* en el burlesco memorial de ese majadero de Benigno Spiagudry?

Ricardo soltó una carcajada.

—¿No es ése el mismo guardián de los cadáveres que ha desaparecido de un modo tan singular?

—El mismo—repuso Arturo;—allí se ha encontrado un cadáver mutilado, de modo que la justicia le hace perseguir como sacrílego. Pero un laponcillo que le servía y que se ha quedado solo en el Spladjest, opina con toda la gente del pueblo bajo que el diablo se le ha llevado por brujo.

—Vaya una buena reputación—dijo riendo Wapherney—que deja ese personaje.

Apenas acababa su carcajada entró el cuarto secretario.

—A fe mía, Gustavo, que llegas hoy muy tarde. ¿Te casaste ayer, por ventura?

—¡Ca!—repuso Wapherney;—habrá tomado el camino más largo para pasar con su capa nueva por delante de los balcones de la amable Rosily.

—Wapherney—dijo el recién llegado—quisiera que hubieseis adivinado, pero la causa de mi retraso es por cierto mucho menos agradable, y dudo que mi capa nueva haya producido efecto alguno sobre los personajes que acabo de visitar.

—¿Pues de dónde viene usted?—preguntó Arturo.

—Del Spladjest.

—Bien sabe Dios—dijo Wapherney, dejando caer su pluma—que de ese impuro caballero hablábamos en este instante. Pero, si se puede hablar de ese sitio por pasatiempo, no comprendo cómo se puede entrar en él.

—Y mucho menos—añadió Ricardo—detenerse en él por su gusto. ¿Pero qué diablos iba usted á buscar allí, Gustavo?

—Sí—dijo Gustavo—tienen ustedes curiosidad, si no de ver, al menos de oir, y sería buen castigo el que no quisiera yo describir aquellos horrores que tanta repugnancia causan á esas imaginaciones delicadas.

Los tres secretarios instaron vivamente á Gustavo, que se hizo un poco de rogar, aunque su deseo de contarles lo que había visto no era en realidad menor que su deseo de saberlo.

—Vamos, Wapherney, si me prometes contar mi aventura á tu hermanita, que gusta tanto de cosas singulares, satisfaré tu curiosidad. Entré en el Spladjest llevado por el gentío que se apiñaba á su puerta, y no sin motivo, pues acababan de llevar los cadáveres de tres soldados del regimiento de Munckholm y de dos arqueros que se encontraron ayer á cuatro leguas dentro de las gargantas, en el fondo del precipicio de Cascadthymore. Algunos espectadores aseguran que estos infelices componían la patrulla enviada hace tres días, en la dirección de Skongen, en busca del conserje fugitivo del Spladjest. Si esto

es cierto, no se concibe cómo han podido ser asesinados tantos hombres armados. La mutilación de los cuerpos indica que han sido precipitados desde lo alto de los peñascos. ¡Qué horror!

—¡Cómo! ¿Los has visto, Gustavo?—preguntó Wapherney.

—Todavía me parece que los estoy viendo.

—¿Y se sospecha quiénes son los autores de ese atentado?

—Unos decían que podía muy bien haber sido una partida de mineros, y aseguraban que se habían oído ayer en las montañas los sonidos del cuerno que usan en vez de trompeta.

—¡De veras!—dijo Arturo.

—Sí; pero un viejo ha destruído esta conjetura haciendo observar que no había minas ni mineros por la parte de Cascadthymore.

—¿Pues quién puede haber sido?

—No se sabe; si los cuerpos no estuvieran enteros, pudiera creerse que han sido devorados por las fieras, porque se ven en sus miembros largos y profundos rasguños. En el mismo caso se halla el cadáver de un anciano con blanca barba que llevaron al Spladjest anteayer mañana, después de aquella terrible tempestad que te impidió, amado Leandro Wapherney, ir á visitar á la otra orilla del golfo á tu Hero de la colina de Larsynn.

—¡Bueno! ¡bueno!—dijo Wapherney sonriendo. —¿Pero quién es ese anciano?

—En su estatura, en su barba blanca como la nieve, y en el rosario que todavía tiene asido entre sus manos fuertemente enclavijadas, algunos

han reconocido á cierto ermitaño de las cercanías... al ermitaño de Lynrass, creo que le llaman. Es evidente que el pobre viejo ha sido igualmente asesinado, pero ¿con qué fin? Ya no se mata por opiniones religiosas, y el buen ermitaño no poseía en el mundo más que su ropón de buriel y el cariño de los devotos.

—¿Y dice usted—repuso Ricardo—que ese cuerpo está mutilado, como los de los soldados, por las garras de una fiera?

—Sí, amigo mío; y un pescador aseguraba haber observado heridas semejantes sobre el cuerpo de un oficial que hace algunos días se encontró asesinado en las playas de Urchtal.

—Es muy singular—dijo Arturo.

—¡Qué cosa tan horrible!—dijo Ricardo.

—Ea, señores—repuso Wapherney—silencio y trabajar, porque creo que el general llegará de un momento á otro. Gustavo, tengo mucha curiosidad por ver esos cadáveres, y si quieres, esta tarde, en saliendo, entraremos un momento en el Spladjest.

XVI

En 1675, es decir, veinticuatro años antes de la época en que pasa esta historia, fueron objeto de pública alegría en toda la aldea de Thoctee las bodas de la dulce Lucy Pelnyrh y del valiente, gallardo y honrado mancebo Caroll Stadt. Justo será decir que se amaban hacía muchos años; y ¡cómo pudieran no interesarse todos los corazo-

nes en dos jóvenes enamorados, el día en que tantos ardientes deseos, tantas inquietas esperanzas iban por fin á convertirse en felicidad!... Nacidos en la misma aldea, criados en los mismos campos, muchas veces, en su infancia, Caroll se había dormido, después de sus juegos, reclinado en el seno de Lucy; muchas veces, en su juventud, Lucy, después de sus trabajos, se había apoyado en el brazo de Caroll.

Lucy era la más linda y tímida de las doncellas de la comarca; Caroll, el más noble y bizarro de los jóvenes del cantón; amábanse, y así hubieran podido acordarse del día en que empezaron á amarse como del día en que empezaron á vivir.

Pero no tuvo su enlace tan felices auspicios como sus amores: habían mediado intereses domésticos, odios de familia, parientes, obstáculos; un año entero habían estado separados, y mucho sufrió Caroll lejos de su Lucy, y mucho lloró Lucy lejos de su Caroll antes del día feliz que los uniera para no sufrir ya nunca, ni llorar más que el uno al lado del otro.

Libertándola de un gran peligro, había obtenido Caroll la mano de su Lucy. Oyó un día lastimeros gritos en un bosque: acude, y ve á su Lucy, á quien un bandolero, terror de los montañeses, había sorprendido, y quería llevarse por fuerza. Atacó el intrépido Caroll al monstruo de faz humana, al cual el rugido singular que lanzaba como una fiera había hecho dar el nombre de Han. ¡Sí! Atacó á aquel á quien nadie osaba atacar; pero el amor le comunicaba fuerzas de león.

Salvó á su amada Lucy, volviósela á su padre, y su padre se la dió por esposa.

Día de regocijo fué para todo el pueblo el día en que se unieron los dos amantes. Sólo Lucy estaba triste, y, sin embargo, jamás había mirado á su Caroll con más ternura; pero aquella mirada era tan sombría como tierna, lo que, en medio de la alegría universal, era justo motivo de asombro. De cuando en cuando, á medida que parecía aumentar la felidad de su amado, más sus ojos expresaban el sentimiento y el amor.—¡Lucy mía!—la dijo Caroll después de la santa ceremonia:—¿es posible que la presencia de ese bandido, que es una calamidad para toda la provincia, sea una dicha para mí?

Observóse que Lucy meneó la cabeza y no respondió palabra.

Llegó la noche, dejáronlos solos en su nueva cabaña, y aumentaron las danzas y los juegos en la plaza de la aldea para celebrar la felicidad de los recién casados.

A la madrugada del siguiente día, Caroll había desaparecido: entregó algunas líneas escritas de su puño al padre de Lucy Pelnyrh, un cazador de los montes de Kole que le encontró antes de amanecer errante en las playas del golfo. El anciano Will Pelnyrh enseñó aquel papel al cura y al síndico, y sólo quedaron de las fiestas de la víspera el abatimiento profundo y honda desesperación de Lucy.

Esta misteriosa catástrofe consternó á todos los habitantes de la aldea, que en vano procuraron explicarla. Dijéronse muchas misas por el alma

de Caroll en la misma iglesia en que pocos días antes él mismo había entonado cánticos de acción de gracias por su felicidad. No se sabe cómo no murió la viuda de Stadt, la cual á los nueve meses de duelo y soledad, dió á luz un hijo: en aquel mismo día, la caída de un peñasco pendiente que la dominaba, destruyó la miserable aldea de Golyn.

El nacimiento de este hijo no disipó el sombrío dolor de su madre: en nada anunciaba Gill Stadt que llegaría con el tiempo á parecerse á su padre. Su infancia indómita anunciaba una juventud más indómita todavía. De cuando en cuando, un hombre rústico y pequeño, en quien algunos montañeses que le habían visto de lejos creían reconocer al famoso Han de Islandia, iba á la desierta cabaña de la viuda de Caroll, y los que pasaban entonces por allí cerca, oían lastimeros quejidos de mujer, entre rugidos de tigre. Llevábase el hombre al tierno Gill y pasábanse así meses y meses; luego se lo devolvía á su madre más montaraz y bárbaro que antes.

La viuda Stadt miraba á aquel niño con una mezcla de horror y de ternura. Estrechábale á veces entre sus brazos de madre, como al único ser que la enlazaba á la vida; otras veces le rechazaba con espanto, llamando á Caroll, á su querido Caroll. Nadie en el mundo sabía lo que pasaba en el corazón de aquella mujer.

Cumplió Gill los veintitrés años; vió á Guth Stersen y la amó con delirio. Pero Guth Stersen era rica, y él era pobre; entonces hízose minero en Rœraas para ganar oro. Desde entonces su madre no volvió á saber de él.

Una noche, sentada delante del torno con que ganaba la infeliz su miserable sustento, velaba con su lámpara medio apagada, en su cabaña, bajo aquel techo envejecido como ella en la soledad y en el luto, mudo testigo de la misteriosa noche de sus bodas. Inquieta, pensaba en su hijo, cuya presencia, tan ardientemente deseada, debía recordarla y producirla acaso bien amargos dolores. Aquella pobre madre amaba á su hijo, por más ingrato que éste fuera. ¿Y cómo no había de amarle? ¡Había sufrido tanto por él!

Levantóse de su asiento; fué á tomar en el fondo de un antiguo armario un crucifijo enmohecido en el polvo; consideróle un momento con ojos suplicantes, y luego arrojándole al suelo con espanto:—¡Rezar!—exclamó,—¡puedo yo rezar!... ¡Tú ya solamente tienes relaciones con el demonio, desventurada! ¡Tú ya perteneces al infierno!...

Y volvió á caer en sus sombrías vacilaciones, cuando llamaron á la puerta.

No sucedía esto con frecuencia en casa de la viuda Stadt, porque de largos años atrás, gracias á los extraordinarios misterios de su vida, toda la aldea de Thoctree la creía en relaciones con los espíritus infernales. No había alma viviente que osase acercarse á su cabaña. ¡Extrañas supersticiones de aquel siglo y de aquel país de ignorancia! ¡Aquella mujer debía al infortunio la misma reputación de brujería que debía á la ciencia el conserje del Spladjest!...

—¡Si fuera mi hijo! ¡Si fuera Gill!—exclamó precipitándose á la puerta.

Pero ¡ah! no era su hijo. Lucy vió delante de sí un ermitaño vestido de tosco buriel, y cuya capucha echada sobre el rostro sólo dejaba ver una barba negra y espesa.

—Santo hombre—dijo la viuda—¿qué queréis de mí? ¡No sabéis á qué puerta habéis llamado!...

—Sí lo sé—respondió el ermitaño con voz ronca y harto conocida.—Y quitándose los guantes, la barba negra y la capucha, descubrió un rostro atroz, una barba roja y dos manos armadas de horribles uñas.

—¡Oh!—exclamó la viuda ocultando el rostro entre sus manos.

—¿Qué es eso?—dijo el monstruo.—¿En veinticuatro años no te has acostumbrado aún á ver al esposo que debe acompañarte por toda una eternidad?

Y la infeliz murmuró con espanto: ¡La eternidad!...

—Oyeme, Lucy Pelnyrh, porque te traigo noticias de tu hijo.

—¡De mi hijo! ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?...

—No puede venir.

—Pero decidme...—repuso aquella madre.—¡Ah! ¡Gracias, gracias! ¡Todavía puedes darme un poco de felicidad!

—Yo te la traigo en efecto—dijo el hombre con sorda voz;—porque tú eres una débil mujer, y me asombro de que tus entrañas hayan podido concebir un hijo como el mío. Temías que su hijo siguiese mis huellas; ahuyenta esos temores.

—¡Cómo!—exclamó la madre con inefable alegría.—¡Mi hijo! ¿Mi amado Gill no es ya el que era?

Contemplaba el ermitaño su alegría con funesta sonrisa.

—¡Oh, no!—dijo.—¡No es ya el que era!

—¿Y por qué no ha volado á mis brazos? ¿Dónde le habéis visto? ¿Qué estaba haciendo?

—Dormía.

La pobre viuda, en el exceso de su alegría, no observaba las siniestras miradas, ni la expresión horrible y sardónica del ermitaño.

—¿Y por qué no despertarle? ¿Por qué no decirle: Gill, ven á ver á tu madre?

Su sueño era profundo.

—¡Oh! ¿Cuándo vendrá? Decidme por amor de Dios, si le veré pronto.

Sacó el recién venido de debajo de sus hábitos una especie de copa de una forma singular.

—Pues bien, mujer—dijo,—bebe á la próxima vuelta de tu hijo.

La viuda lanzó un grito de horror. ¡Aquella copa era un cráneo humano! Hizo un gesto de espanto, y no pudo articular una sola palabra.

—¡No, no!—gritó de repente el hombre con voz terrible.—No apartes los ojos, mujer. ¡Mira! ¿Quieres ver á tu hijo? ¡Pues bien... esto es todo lo que queda de él...

Y al triste resplandor de la lámpara presentaba, á los labios pálidos de la madre, el cráneo pelado y blanco de su hijo.

Demasiadas desventuras habían caído sobre aquella alma para que una desventura más pudiese aniquilarla. La infeliz levantó sobre el feroz ermitaño una mirada fija y estúpida.

—¡Oh! ¡La muerte!—dijo en voz desfallecida.—¡La muerte! Dejadme morir.

—¡Muere si quieres!... ¡pero acuérdate, Lucy Pelnyrh, del bosque de Thoctree; acuérdate del día en que el demonio, apoderándose de tu cuerpo, consagró tu alma al infierno! ¡Yo soy el demonio, Lucy, y tú eres mi esposa para toda la eternidad! Ahora, muere si quieres.

Era creencia general en aquellos países supersticiosos que algunos espíritus infernales se aparecían de cuando en cuando entre los hombres para vivir en el mundo con vidas de crimen y de calamidad. Entre otros célebres malvados, Han de Islandia tenía esta espantosa reputación. Creíáse, además, que la mujer que por seducción ó por violencia era presa de uno de aquellos demonios en forma humana, quedaba irrevocablemente, por esta sola desgracia, condenada á ser su eterna compañera en los infiernos.

Los sucesos que el ermitaño recordaba á la viuda despertaron en su mente estas horribles ideas.

—¡Dios mio!—exclamó dolorosamente.—¡Conque no puedo ni aun siquiera perder la vida! ¿Y qué he hecho yo? Porque tu lo sabes, Caroll mío, yo soy inocente. El brazo de una doncella no es tan fuerte como el de un demonio.

Prosiguió la miserable: sus miradas eran delirantes y sus palabras incoherentes parecían producidas por el temblor convulsivo de sus labios.

—Sí, Caroll mío; desde aquel día soy impura, y sin embargo inocente; ¡y el demonio me pregunta si me acuerdo de aquel horrible día! Ca-

rroll, esposo mío, yo nunca te engañé; llegaste demasiado tarde: yo fuí suya antes de ser tuya. ¡Horror! Y mi castigo ¿será eterno? No, jamás volveré á reunirme contigo, contigo, á quien adoro. ¿De qué me sirve el morir? Yo iré con este monstruo á un mundo que se le asemeja, al mundo de los condenados. ¿Y qué he hecho yo? Mis desgracias en la vida serán mis crímenes en la eternidad.

Fijaba en ella el ermitaño una mirada de triunfo y de eternidad...

—¡Ah!—exclamó de repente la infeliz, volviéndose hacia él.—¡Ah! Decidme: ¿no es verdad que todo esto no es más que un ensueño horrible producido por vuestra presencia? Porque, bien lo sabéis, Han, todas las noches fatales en que me ha visitado vuestro espíritu, han estado llenas para mí de apariciones impuras, de horribles ensueños y de visiones espantosas.

—¡Mujer, mujer, vuelve en ti! Así es cierto que tú estás despierta, como que Gill ha muerto.

El recuerdo de sus antiguos infortunios había casi borrado en aquella madre el de su presente amargura; estas palabras se la trajeron al corazón.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!—exclamó; y el acento de su voz hubiera conmovido á cualquiera excepto al ser infame que la escuchaba.—¡No, no, yo sé que volverá... que no ha muerto; yo no puedo creer que haya muerto!

—Pues bien; vé á preguntárselo á los peñascos de Rœraas que le han espachurrado, y al golfo de Drontheim que le ha tragado.

Cayó la viuda de rodillas y exclamó haciendo un esfuerzo violento:—¡Dios mío.

—¡Calla, esclava de los infiernos!

Calló la desgraciada; él prosiguió:

—No dudes de la muerte de tu hijo; ha sido castigado por donde pecó su padre. ¡Insensato! que dejó ablandar su corazón de granito por una mirada de mujer. Yo, yo te he poseído, pero nunca te he amado. Lá desgracia de tu Caroll se ha repetido en él. Mi hijo y el tuyo ha sido engañado por su querida, por la misma que ha causado su muerte.

—¡Muerto!—repitió Lucy—¡muerto! ¿Conque es verdad? ¡Oh Gill! ¡hijo de mi infortunio, concebido en el terror, dado á luz en la agonía! Tu boca desgarró mis pechos cuando eras niño; jamás tus caricias correspondieron á mis caricias, ni tus abrazos á mis abrazos: tú siempre huiste de tu madre, de tu madre, tan sola y tan abandonada en esta vida. Sólo me hacías olvidar mis males pasados dándome nuevas pesadumbres; tú me abandonabas por el demonio, autor de tu existencia y de mi viudez. ¡Jamás, oh Gill, jamás durante largos años me diste una sola alegría, y hoy, sin embargo, hijo mío, tu muerte me parece la más insoportable de mis aflicciones, hoy tu memoria es para mí una memoria de encanto y de consolación! ¡Dios mío!

No pudo continuar; ocultó su frente con su velo de negro sayal, y se la oyó sollozar dolorosamente.

—¡Miserable mujer!—murmuró el ermitaño; y luego añadió con voz sonora:—Enfrena tu dolor

como yo he dominado el mío. Escucha, Lucy Pelnyrh: mientras tú estás llorando la muerte de tu hijo, yo he empezado ya á vengarla. Su amada le dejó por un soldado de la guarnición de Munckholm; todo el regimiento perecerá á mis manos. Mira, Lucy Pelnyrh.

Acababa el monstro de levantar las mangas de su ropón y enseñaba á la viuda sus disformes brazos teñidos de sangre.

—Sí—dijo lanzando una especie de rujido;—allá en las playas de Urchtal, allá en las gargantas de Cascadthymore, es donde debe vagar con alegría el espíritu de Gill. Mira, mujer, ¿no ves esta sangre? Consuélate.

Entonces, como herido repentinamente por un recuerdo, se interrumpió añadiendo:

—Viuda, ¿no te han entregado de mi parte un cofre de hierro? ¡Cómo! ¡Te he enviado oró, te traigo sangre, y lloras todavía! ¡Tú no eres de la raza de los hombres!

La viuda, absorta en su desesperación, no respondió palabra.

—¡Vamos!—dijo con una sonrisa feroz, muda é inmóvil;—¡tampoco eres tú de la raza de las mures, Lucy Pelnyrh!—y la sacudía el brazo para que lo escuchara.—¿No te ha traído un mensajero de mi parte un cofrecillo de hierro bien cerrado?

La viuda, concediéndole una atención momentánea, hizo con la cabeza un movimiento negativo y volvió á caer en su adusto abatimiento.

—¡Ah miserable!—exclamó el ermitaño—¡miserable infiel! ¡Spiagudry, ese oro te costará muy caro!...

Y despojándose de sus hábitos eremíticos, lanzóse fuera de la cabaña rugiendo como una hiena que busca un cadáver.

XVII

Cuatro largos y monótonos días había ya contado Ethel desde que vagaba sola por el sombrío jardín de la torre de Slesvig, sola en su oratorio testigo de tantas lágrimas y confidente de tantos votos; sola en la galería en que una vez no oyó dar las doce de la larga noche. Acompañábala á veces su anciano padre; pero no por eso estaba ella menos sola, porque el verdadero compañero de su vida estaba ausente.

¡Pobre niña! ¿Qué había hecho aquella alma joven y pura para estar ya entregada á tanto infortunio? Arrebatada á la sociedad, á los honores, á las riquezas, á los placeres de la juventud, á los triunfos de la hermosura, todavía se hallaba en la cuna, cuando estaba ya en un calabozo: cautiva junto á un padre cautivo, había crecido viéndole consumirse; y para colmo de desgracia, para que no ignorase ninguna esclavitud, el amor había ido á buscarla en su prisión.

A lo menos si hubiera podido tener á su Ordener junto á ella, ¿qué la hubiera importado la libertad? ¿Hubiera sabido siquiera que existía un mundo de que vivía separada? Y además, su mundo, su cielo, ¿no hubieran estado con ella en aquel estrecho castillo, bajo aquellas negras torres erizadas de soldados, y hacia los cuales

no por eso hubiera dejado el pasajero de echar una mirada de compasión?

Pero ¡ah! por segunda vez su Ordener estaba ausente; y en vez de pasar con él horas siempre cortas, pero siempre continuas, entre santas caricias y casto amor, pasaba las noches y los días llorando su ausencia y rezando por él. Porque una virgen no tiene más que sus lágrimas y sus plegarias.

A veces envidiaba sus alas á la libre avecilla que venía á pedirle un poco de sustento por entre las rejas de su prisión. Dejaba á veces vagar sus pensamientos con la nube que un viento rápido impelia hacia el norte de los cielos, y luego de repente volvía la cabeza y se cubría los ojos, como si temiera ver aparecerse al gigantesco bandido y empezar el desigual combate sobre uno de los lejanos montes cuya azulada cumbre brillaba en el horizonte como una nube inmóvil.

¡Oh! ¡y qué cosa tan cruel es amar para el que está separado del objeto que adora! Muy pocos corazones han sentido este dolor en toda su extensión, porque muy pocos corazones han conocido el amor en toda su profundidad. Entonces, indiferente en cierto modo á su propia existencia, el alma se crea para sí misma una adusta soledad, un inmenso vacío, y para el ausente amado, no sé que mundo espantoso de peligros, de monstruos y de agonías; las diversas facultades que componían nuestra naturaleza se convierten y se pierden en un deseo infinito del objeto que nos falta; todo lo que nos rodea está fuera de nuestra vida. Y sin embargo, se respira, se

anda, se vive, pero sin pensar; como un planeta descarriado que hubiera perdido su sol, el cuerpo se mueve á la casualidad; el alma está en otra parte.

XVIII

Las playas de Noruega abundan en bahías estrechas, en angas (1), arrecifes, pantanos y puntas de tierra tan numerosos, que cansan la memoria del viajero y la paciencia del topógrafo más concienzudo. Antiguamente, si hemos de dar crédito á la tradición popular, cada istmo tenía su demonio particular, cada ensenada su fada que la habitaba, cada promontorio su santo que le protegía; porque la superstición confunde todas las creencias para darse motivos de terror. En la playa de Kelvel, á pocas millas norte de la gruta de Walderhog, sólo un sitio decían estaba libre de toda jurisdicción de los espíritus infernales, secundarios ó celestiales. Era este la llanura ribereña dominada por el peñasco sobre cuya cumbre se veían aún algunas antiguas ruinas del castillo del Ralfo ó Rodulfo el Gigante. Esta pequeña pradera inculta, ceñida al poniente por el mar, y estrechamente encerrada entre peñas cubiertas de matorrales debía aquel privilegio al nombre del antiguo Gigante noruego, su primer posesor. Porque, ¿qué

(1) Especie de puerto pequeño para embarcaciones menores.

fada, qué ángel ó qué demonio hubiera osado hacerse huésped ó patrón del dominio en otros tiempos ocupado por Ralfo el Gigante?

Verdad es que el solo nombre del formidable Rodulfo bastaba para imprimir un carácter espantoso á aquellos sitios terribles por naturaleza. Pero ello es que una memoria nunca es tan temible como un espíritu; y jamás un pescador rezagado por la borrasca, al amarrar su lancha en la anga de Ralfo, había visto á los duendes reir y danzar entre azules almas, sobre la cima de un peñasco, ni á las sílfides correr entre la hierba en su carro de fósforo tirado por gusanos de luz, ni á los santos alzarse á la luna después de su oración.

Sin embargo, si en la noche que siguió á la furiosa borrasca de que antes hablamos, las oleadas de la mar y la violencia del viento hubieran permitido á algún descarriado marinero arribar á aquella bahía hospitalaria, hubiera sentido acaso supersticiosos terrores al contemplar á los tres hombres que estaban á la sazón sentados alrededor de una inmensa hoguera encendida en medio del soto. Dos de ellos iban cubiertos de grandes sombreros de castor, y llevaban los anchos pantalones que usan los mineros reales. Estaban sus brazos desnudos hasta el hombro y envueltos sus pies en botines de cuero; un cinturón de lienzo carmesí sostenía sus sables corvos y sus largas pistolas. Ambos llevaban pendiente del cuello una trompa de cuerno; viejo era el uno, y el otro muy joven; y la espesa barba del anciano, y la larga melena del mancebo aumen-

taban la aspereza de sus fisonomías naturalmente duras y severas.

En su gorra de piel de oso, en su casaca de hule, en el fusil que á guisa de bandolera llevaba sobre la espalda, en su calzón corto y estrecho, en sus rodillas desnudas, en sus sandalias de corteza de árbol, y en la resplandeciente hacha que llevaba en la diestra, fácil era reconocer en el compañero de los dos mineros á un montañés del Norte de Noruega.

Cierto que quien hubiese visto de lejos aquellas tres extrañas figuras sobre las cuales la luz de la hoguera, agitada por las brisas del mar, proyectaba reflejos rojos é intermitentes, con con razón hubiera podido asustarse, aun sin creer en espectros, ni en demonios, porque le hubiera bastado creer en los ladrones, y ser algo más rico que un poeta.

Aquellos tres hombres volvían con frecuencia la cabeza hacia el sendero del bosque que desemboca en la llanura de Ralfo, y á juzgar por sus palabras, era de creer que esperaban á un cuarto personaje.

—¿Sabeis, amigo Kennybol, que á esta hora no esperaríamos con tanta paz á ese enviado del conde Griffenfeld en la pradera vecina, la del duende Tulbytilbet, ó allá abajo, en la bahía de San Cuthberto?

—No habléis tan alto Jonás—respondió el montañés al viejo minero;—bendito sea Ralfo el Gigante que nos protege. ¡El cielo me libre de volver á poner los pies en el soto de Tulbytilbet! El otro día fuí á coger en él un poco de ojiacanta, y sólo

cogí mandrágora que empezó á manar sangre y á gritar, que poco me faltó para perder el seso.

El más joven de los mineros soltó una carcajada.

—¡De veras, Kenybol! Pues yo creo que el grito de la mandrágora produjo todo su efecto sobre ese pobre cacumen.

—¡Tú serás el pobre cacumen!—dijo enojado el montañés.—Para que se vea, Jonás: ese loco se ríe de la mandrágora, se ríe como un insensato que juega con una cabeza de muerto.

—Mal hecho—dijo Jonás—ó si no, que vaya á la gruta de Walderhog, adonde las cabezas de todos lo que ha asesinado Han, el demonio de Islandia, vuelven por la noche á bailar alrededor de su cama de hojas secas, rechinando los dientes para adormecerle.

—Así es la verdad—dijo el montañés.

—¿No nos ha prometido el señor Hacket, á quien esperamos—repuso el joven—que Han de Islandia se pondrá al frente de nuestra insurrección?

—Lo ha prometido—respondió Keunybol—y con la ayuda de ese demonio estamos seguros de vencer á todas las ropillas verdes de Drontheim y de Copenhague.

—Tanto mejor—repitió el viejo;—pero no seré yo quien me encargue de estar de centinela de noche junto á él.

En este momento el ruido de las hojas secas pisoteadas bajo los pasos de un hombre llamó la atención de los interlocutores; volvieron éstos la cabeza, y un rayo de la hoguera les hizo conocer al recién venido.

—¡El es: es el señor Hacket! Salud, señor Hac-

ket, bien os habéis hecho esperar. Mas de tres cuartos de hora hace que estamos aquí...

El señor Hacket era un hombre grueso y pequeño, vestido de negro, en cuyo rostro jovial se veía una expresión siniestra.

—Bien, amigos míos; bien—les dijo;—he tardado tanto porque no conocía bien el camino, y por las precauciones que me ha sido forzoso tomar. Esta mañana he visto al conde Schumacker, quien me ha encargado que os entregue estas tres bolsas de oro.

Arrojáronse los dos viejos sobre el oro con el ansia general en los hijos de la pobre Noruega; pero el joven no quiso tomar la bolsa que le ofrecía Hacket.

—Guardad vuestro oro, señor emisario; mentiría si dijese que me rebelo por vuestro conde Schumacker á quien no conozco. No, yo me rebelo por emancipar á los mineros de la tutela real; me rebelo porque la cama de mi pobre madre no tenga una manta acuchillada como las costas de nuestra amada patria Noruega.

Lejos de mostrarse turbado el señor Hacket, respondió sonriendo:

—Pues entonces, amado Norbith, enviaré á vuestra anciana madre este dinero, á fin de que tenga dos mantas nuevas para los fríos de este invierno.

Mostróse el joven completamente convencido, y el enviado, como hábil orador, apresuróse á añadir:

—Pero guardaos bien de repetir lo que acabáis de decir inconsideradamente: que no tomáis

las armas por Schumacker, conde de Griffenfeld.

—Sin embargo...—murmuraron los dos viejos, —sabemos muy bien que se oprime á los mineros, pero no conocemos á ese conde prisionero de Estado.

—¡Cómo!—repuso impetuosamente el enviado. —¡Y podéis llevar la ingratitud hasta ese punto! ¡Gemíais en vuestros subterráneos privados de aire y de luz, despojados de toda propiedad, esclavos de la más onerosa tutela! ¿Y quién ha acudido en vuestra ayuda?, ¿quién ha reanimado vuestro valor?, ¿quién os ha dado oro y armas? ¿Quién, sino mi ilustre amo, el noble conde de Griffenfeld, más esclavo y más desventurado aún que vosotros? Y ahora colmados de sus beneficios, ¿rehusaréis serviros de ellos para conquistar su libertad juntamente con la vuestra?

—Tenéis razón—interrumpió el joven;—eso sería obrar con ingratitud.

—Bien, señor Hacket—añadieron los dos ancianos;—pelearemos por el conde Schumacker.

—¡Animo, amigos mios!, ¡sublevaos en su nombre!, llevad los nobles títulos de vuestro bienhechor de un confín al otro de Noruega. Escuchad: todo favorece vuestra empresa; vais á veros libres de un enemigo formidable: del general Levin de Knud, que gobierna la provincia. El secreto poder de mi noble amo, el conde de Griffenfeld, va á hacerle retirarse momentáneamente á Berghem. Ea, amigos, decidme: Kennybol, Jonás, Norbith, ¿están ya prontos todos vuestros compañeros?

—Mis hermanos de Guldbranshal—dijo Norbith—no esperan más que mis órdenes. Mañana mismo si queréis...

—Bien, mañana será: es menester que los jóvenes mineros de que sois el jefe, sean los primeros que levanten el estandarte. ¿Y vos, valeroso Jonás?

—Seiscientos valientes de las islas Fa-roër que no se alimentan hace tres días más que de carne de cabra montés y de aceite de oso en el bosque de Bennallag, sólo esperan una señal de su viejo capitán Jonás, de la aldea de Lœvig.

—Muy bien. ¿Y vos, Kennybol?

—Todos los que llevan una hacha por las gargantas de Kole, y trepan las peñas sin rodilleras, están prontos á unirse á sus hermanos los mineros apenas se los necesite.

—Basta. Anunciad á vuestros compañeros para que no duden de la victoria—añadió el enviado levantando la voz—que Han de Islandia será su jefe...

—¿Y eso es seguro?—preguntaron los tres á la par, con voz en que se mezclaba la expresión del terror á la de la esperanza.

—Dentro de cuatro días—respondió el enviado—os esperaré á los tres á esta misma hora, con vuestras columnas reunidas, en la mina de Apsyl-Corh, junto al lago Smiasen, bajo la llanura de la Estrella Azul. Han de Islandia me acompañará.

—No faltaremos—dijeron los tres jefes.—Y ¡ojalá no abandone Dios á los que ayuda el demonio!

—Nada temáis por parte de Dios—dijo Hacket

sonriendo. — Atended: en las antiguas ruinas de Crag hallaréis banderas para vuestras tropas. No olvidéis el grito de *¡Viva Schumacker! ¡Libertemos á Schumacker!* Es forzoso separarnos, porque ya no puede tardar en amanacer; pero antes jurad que guardaréis el más inviolable secreto sobre lo que acaba de pasar entre nosotros.

Los tres jefes, sin responder palabra, se abrieron con la punta de un sable la vena del brazo izquierdo; enseguida, cogiendo de la mano al enviado, dejaron caer en ella algunas gotas de sangre.

—Ya tenéis nuestra sangre—le dijeron.—Y luego el más joven exclamó:

—¡Que caiga toda la mía como la que derramo en este momento; que sean juguete todos mis proyectos de un espíritu maléfico, como lo es una paja del huracán; que mi brazo sea de plomo para vengar una injuria; que los murciélagos habiten en mi sepulcro; que vivo, me persigan los muertos; que muerto, profanen los vivos mi cadáver; que mis ojos se derritan en lágrimas como los de una mujer, si hablo jamás de lo que ha sucedido á esta hora en el soto de Ralfo el Gigante! ¡Oigan mi voz los ángeles bienaventurados!

—*Amén*—repitieron los dos ancianos.

Separáronse entonces, y sólo quedó en el soto la hoguera medio apagada, cuyos moribundos reflejos subían por intervalos hasta la cima de las arruinadas y solitarias torres de Ralfo el Gigante.

XIX

Trabajo le costaba, y mucho, al buen Benigno Spiagudry darse cuenta á sí mismo de los motivos que podían mover á un joven bien constituído y destinado, al parecer, á vivir largos años todavía en este mundo, como su compañero de viaje, á declararse voluntario agresor del formidable Han de Klipstadur. Ya varias veces, desde que empezaron su caminata, había sacado diestramente esta conversación; pero el joven aventurero guardaba sobre los motivos de su viaje un silencio obstinado. No habia sido más feliz el pobre viejo en la aclaración de todas las demás curiosidades que naturalmente debía inspirarle su extraño compañero. En una ocasión aventuró una pregunta directa sobre la familia y el nombre de su señor *amo*.—Llamadme Ordener—respondió el joven—y esta respuesta, poco satisfactoria, fué pronunciada en tono que no daba lugar á réplica de ninguna especie. Era, pues, necesario resignarse: cada cual tiene sus secretos, y aun el bueno de Spiagudry ¿no escondía cuidadosamente en su morral y debajo de su capa cierto cofrecillo misterioso, acerca del cual cofrecillo cualesquiera preguntas le hubieran parecido muy importunas y en alto grado impertinentes?

Cuatro días hacía ya que salieron de Drontheim sin haber adelantado mucho en su camino,

tanto á causa de los estragos causados en el terreno por la tempestad, cuanto por la multitud de sendas y vericuetos que el fugitivo conserje creía prudente tomar, evitando los sitios frecuentados. Después de haber dejado á Skongen á su derecha, al anochecer del cuarto día llegaron á las orillas del lago de Sparbo.

Presentaba un espectáculo lúgubre y magnífico juntamente aquella ancha sábana de agua en que se reflejaban los últimos rayos del día y las primeras estrellas de la noche, en un cerro de altos peñascos, de pinos negros y de gigantescas encinas. La vista de un lago, de noche, produce á veces á cierta distancia una ilusión de óptica muy singular: parece como si un abismo prodigioso, atravesando el globo de parte á parte, dejase ver el cielo á través de la tierra.

Detúvose Ordener contemplando aquellos antiguos bosques druídicos que cubren las montuosas orillas del lago como una cabellera, y las gredosas cabañas de Sparbo derramadas sobre la falda de una montaña como un rebaño desordenado de ovejas blancas. Escuchaba el lejano rumor de las fraguas (1), mezclado al sordo mujido de los inmensos bosques mágicos, á los gritos intermitentes de los pájaros silvestres y á la grave armonía de las olas del mar. Al Norte, do enorme peñasco de granito, iluminado aún por el sol, se alzaba majestuosamente encima de la aldea del Oëlmœ, y luego encorbaba su cabeza

(1) Las aguas del lago Sparbo son célebres para el temple del acero.

sobre un montón de torres arruinadas, como si el gigante no pudiera soportar su peso.

Cuando está el alma triste gusta de los espectáculos melancólicos, que hace ella aún más adustos con su propia tristeza. Si un desgraciado se encuentra entre gigantescas y ásperas montañas, junto á un lago sombrío ó en un negro bosque, en el momento en que va á desaparecer el día, sus ojos verán esta escena grave, esta naturaleza tétrica, como por entre un velo funeral; no les parecerá que el sol se pone, sino que muere.

Ordener meditaba silencioso é inmóvil, cuando exclamó su compañero:

—¡Bravo, señorito mío! ¡bravo por mi vida! ¡Eso honra á cualquiera, el estar meditando profundamente delante del lago de Noruega que contiene mayor número de pleuronectos!

Esta observación y el gesto que la acompañaba hubieran hecho sonreir á cualquiera menos á un amante separado de su querida acaso para siempre. El sabio conserje prosiguió:

—Permitid, sin embargo, que os arranque á vuestra docta contemplación para haceros observar que el día se va acercando á su fin, y que es forzoso darnos prisa si queremos llegar á Oëlmœ antes del crepúsculo.

La observación era exacta. Ordener se puso en marcha, y Spiagudry le siguió, continuando sus reflexiones mal escuchadas sobre los fenómenos botánicos y fisiológicos que presenta á los naturalistas el lago de Sparbo.

—¡Señor Ordener—decía,—si queréis creer á

vuestro afectuoso guía, abandonad vuestra funesta empresa. Sí, creedme, señor viajero, y os estableceréis aquí en las orillas de este lago tan curioso, donde podríamos entregarnos juntos á una multitud de doctas investigaciones, como, por ejemplo, á la de la *stella canora palustris*, planta singular que muchos sabios creen fabulosa, pero que el obispo Arngrim sostiene haber visto y oído en las orillas del Sparbo. Añádase á esto que tendríamos la satisfacción de habitar el suelo de Europa que contiene mayor cantidad de gisod (1), y que menos frecuentan los sicarios de la Themis de Drontheim. ¿No os sonríe esta idea, señor amo querido? Ea, renunciad á vuestro insensato viaje; porque, sin ofenderos, vuestra empresa es peligrosa y no ofrece provecho, *periculum sine pecunia*, es decir, insensato, y concebido en ocasión en que hubierais hecho algo mejor en pensar en otra cosa.

Ordener, que no prestaba la mayor atención á las palabras de su digno compañero, sólo sostenía conversación con aquellos monosílabos insignificantes y distraídos, que los muy habladores toman por otras tantas respuestas. De este modo llegaron á la aldea de Oëlmœ, en cuya plaza se observaba á la sazón un movimiento inusitado.

Los habitantes, cazadores, pescadores y herreros, salían de todas las cabañas y acudían á apiñarse alrededor de un cerro circular ocupado por algunos hombres, uno de los cuales toca-

---

(1) Espejuelo, piedra de que se hace el yeso.

ba una trompeta, agitando por cima de su cabeza una banderola blanca y negra.

—Será sin duda algún titiritero—dijo Spiagudry, *ambubaiarum collegia, pharmacopolæ*—algún miserable de los que convierten el oro en plomo y las llagas en úlceras. Veamos qué invención infernal va á vender á esos pobres petates. ¡Si á lo menos esos impostores se limitasen á engañar á los reyes! ¡Si todos ellos imitaran al dinamarqués Borch y al milanés Borri, famosos adquimistas que se la pegaron de lo lindo á nuestro Federico III! Pero así necesitan ellos el maravedí del aldeano, como los millones del príncipe.

Pero Spiagudry se engañaba; al acercarse al otero reconocieron nuestros viajeros, en su ropón negro y en su gorro redondo y agudo, á un síndico rodeado de algunos arqueros. El hombre que tocaba la trompeta era el pregonero de los edictos.

Turbado en sumo grado el fugitivo conserje, murmuró en voz baja:

—En verdad, señor Ordener, que cuando entré en este villorrio no me esperaba en manera alguna á topar con un síndico. ¡Protéjame el bendito San Hospicio! ¿Qué diablos irá á decir?

No fué larga su incertidumbre, porque la voz chillona del pregonero se alzó repentinamente, escuchada en religioso silencio por la pequeña turba de los habitantes de Oëlmœ:

—«En nombre de S. M. y por orden de su excelencia el general Levin de Knud, gobernador, el síndico mayor del Drontheimus hace saber á todos los habitantes de las ciudades, pueblos y

aldeas de la provincia, que: 1.°, por la cabeza de Han, natural de Klipstadur en Islandia, asesino é incendiario, se ofrece el premio de mil escudos reales.

Resonó un vago murmullo en todo el auditorio; el pregonero prosiguió:

»2.° Por la cabeza de Benigno Spiagudry, nigromántico y sacrílego, ex conserje del Spladjest de Drontheim, se ofrece el premio de cuatro escudos reales.

»3.° Publicarán este edicto en toda la provincia los síndicos de las ciudades, pueblos y aldeas, quienes están encargados de facilitar su ejecución.»

Tomó el síndico su edicto de manos del pregonero, y añadió con voz lúgubre y solemne:

«La vida de estos dos hombres pertenece al que la quiera.»

Fácilmente se persuadirá el lector de que no sin alguna emoción escuchó esta lectura nuestro pobre y mal andante Spiagudry. Ni es tampoco dudable que las extraordinarias muestras de terror que no pudo reprimir en aquel momento, hubieran llegado á llamar la atención del grupo que le rodeaba, á no haberla absorbido enteramente la primera parte del edicto sindical.

—¡Un premio por la cabeza de Han!—saltó un viejo pescador que se había llegado al grupo arrastrando sus redes húmedas.—Tanto valdría que ofreciesen un premio también por la cabeza de Beelcebub.

—Para guardar la proporción entre Han y Beelcebub sería menester—dijo un cazador—que

ofreciesen solamente quince escudos por la cabeza cornuda del último demonio.

—¡Gloria á la santa madre de Dios!—añadió haciendo girar su huso entre los dedos, una vieja cuya frente calva temblequeaba.—Quisiera ver la cabeza de ese Han para cerciorarme de que sus ojos son dos ascuas, como aseguran por ahí.

—Sí, seguramente—repuso otra vieja,—pues que con sólo mirarla pegó fuego á la catedral de Drontheim. Yo por mí, quisiera ver al monstruo todo entero, con su rabo de serpiente, sus patas de macho cabrío, y sus anchas alas de murciélago

—¿Quién la ha contado esas patrañas, madre mía?—interrumpió el cazador con tono de importante fatuidad.—Yo he visto con estos ojos á Han de Islandia en las gargantas de Medsyhath, y sé que es un hombre como cualquiera de nosotros, con la diferencia de que vendrá á ser alto como un chopo de cuarenta años.

—¡Qué diablos!—dijo con singular expresión una voz en la muchedumbre.

Esta voz, que hizo estremecerse á Spiagudry, era la de un hombrecillo cuyo rostro desaparecía bajo un ancho sombrero de minero, y cubierto con una especie de estera de junco y de piel de vaca marina.

—Por mi vida—repuso con risa sandia un herrero que llevaba su enorme martillo á guisa de cartuchera—que aunque ofrezcan por su cabeza mil ó dos mil escudos, y aunque tenga cuatro ó cuarenta brazas de altura, no seré yo quien me encargue de ir á averiguarlo.

—Ni yo—dijo el pescador.

—Ni yo, ni yo—repitieron todas las voces.

—El que quiera hacerlo—repuso el hombrecillo—hallará á Han de Islandia mañana en la ruina de Arbar, junto al lago de Smiasen, y pasado mañana en la gruta de Walderhog.

—¿Estáis seguro de lo que decís, buen hombre?

Esta pregunta fué hecha á la par por Ordener, que asistía á aquella escena con un interés fácil de comprender para cualquiera menos para Spiagudry, y por un hombrecillo bastante obeso vestido de negro y de jovial fisonomía que salió al oir el primer toque de la trompeta del pregonero de la única posada que había en el pueblo.

El hombrecillo del sombrerón considerólos á ambos por un momento, y respondió con sorda voz:

—Sí.

—¿Y cómo lo sabéis para asegurarlo?—preguntó Ordener.

—Yo sé dónde está Han de Islandia, como sé dónde está Benigno Spiagudry: ni uno ni otro están lejos de aquí en este momento.

Despertáronse todos sus pasados terrores en el pobre Benigno, que apenas osaba mirar al misterioso hombrecillo y que se creía poco seguro bajo su peluca francesa. Empezó á tirar á Ordener de la capa, diciendo en voz baja: —¡Amo mío, señor! en nombre del cielo, por compasión... por piedad... vámonos, salgamos de este maldito barrio del infierno... Ordener, sorprendido como él, examinaba atentamente al hombrecillo, que vuelto

de espalda hacia la luz, parecía empeñado en ocultar el rostro.

—Ese Benigno Spiagudry—dijo el pescador—es uno que vi en el Spladjest de Drontheim. Es uno alto. Cuatro escudos ofrecen por él.

El cazador soltó una buena carcajada.

—¡Cuatro escudos! No dejará de ser pájaro de cuenta. Más se paga por una piel de zorra azul.

Esta comparación, que en otras circunstancias hubiera parecido muy necia al sabio conserje, le tranquilizó por entonces. Iba ya sin embargo á dirigir á Ordener una nueva súplica para decidirle á proseguir su camino, cuando el joven, sabiendo ya todo lo que deseaba saber, previno sus deseos saliendo del grupo que empezaba á desvanecerse.

Aunque al llegar á Oëlmœ tenían intención de pasar allí la noche, ambos salieron del pueblo como movidos por un convenio tácito, sin comunicarse siquiera el motivo de su precipitada partida. El de Ordener era la esperanza de encontrar pronto al bandido, y el de Spiagudry el deseo de alejarse cuanto antes de los arqueros.

Era Ordener demasiado serio y grave para reirse de las desventuras de su compañero, y así rompió el silencio con voz afectuosa.

—¿Os acordáis, anciano, del nombre de la ruina donde se podrá hallar mañana á Han de Islandia, según nos aseguró aquel hombrecillo que la echaba de saberlo todo?

—Lo ignoro: no le oí bien—respondió Spiagudry, que en efecto no mentía.

—Será preciso—continuó el joven—resignar-

nos á no encontrarle hasta pasado mañana en la gruta de Walderhog.

—¡La gruta de Walderhog, señor! Esa es la guarida predilecta de Han de Islandia.

—Pues encaminémonos á ella—dijo Ordener.

—Tomemos hacia la izquierda, por detrás del peñón de Hoëlmœ; se necesitan menos de dos días para llegar á la caverna de Walderhog.

—¿Conocéis acaso, anciano—repuso Ordener con mesura—á aquel hombre singular que decía conoceros?

Esta pregunta despertó en Spiagudry los temores que empezaban á debilitarse á medida que se alejaban de la aldea de Oëlmœ.

—Sabe Dios que no, señor—respondió con voz trémula.—Pero tiene una voz muy singular.

Ordener procuró tranquilizarle.

—No temáis nada, anciano, servidme bien y no os faltará mi protección. Si vuelvo vencedor de Han, os prometo no sólo vuestro perdón, sino también los mil escudos reales que ofrece la justicia.

El pobre Benigno amaba extraordinariamente la vida; pero amaba también el oro prodigiosamente. Las promesas de Ordener fueron verdaderas palabras mágicas, pues no sólo disiparon todos sus terrores, sino que despertaron en él aquella especie de jovialidad ridícula que se exhalaba en largos discursos, en raras gesticulaciones y en doctas reminiscencias.

—Señor Ordener—dijo,—aun cuando tuviera que sostener sobre ello una controversia con Over-Bilseuth, alias el *Hablador,* no, nada me arre-

draría para sostener que sois un joven muy digno y sumamente apreciable. ¿Qué cosa más digna, en efecto, ni más gloriosa *quid citharâ tubâ, vel campanâ dignius*, que exponer noblemente su vida por libertar á la patria de un monstruo, de un bandido, de un demonio, y que es la quintaesencia de todos los demonios, de todos los bandidos y de todos los monstruos reunidos? Y no se me diga que os guía un sórdido interés; el noble señor Ordener abandona la recompensa de su combate al compañero de su viaje, al anciano que le conducirá á una milla nada más de la gruta de Walderhog; porque ¿no es verdad, noble y magnánimo señor, que me permitiréis esperar el resultado de vuestra ilustre expedición en la aldea de Surb, situada á una milla de la gruta de Walderhog dentro del bosque? Y cuando vuestra brillante victoria sea conocida, señor, Noruega entera sentirá un júbilo semejante al de *Veremundo el Proscripto,* cuando desde la cumbre de este mismo peñasco de Oëlmœ que estamos costeando en la actualidad, divisó la hoguera que su hermano *Halfdam* había encendido, en señal de regocijo, sobre el castillo de Munckholm...

Al oir este nombre, interrumpió Ordener impetuosamente:

—¡Cómo! ¿Desde lo alto de este peñasco se distingue el castillo de Munckolm?

—Sí señor; á distancia de doce millas al Sur, entre las montañas que llamaban nuestros padres los *Trastos de Frigga.* A esa hora se ve perfectamente el faro de la torre.

—¡Con que sí!—exclamó Ordener agitado con la idea de ver al menos por última vez el sitio donde habitaba toda su felicidad.—Anciano, ¿sin duda habrá algún sendero que conduzca á la cumbre de este peñasco?

—Uno hay que empieza en el bosque en que vamos á entrar, y se eleva, con muy poca inclinación, hasta la cabeza pelada de la roca, sobre la cual se continúa en escalones labrados en la peña por los compañeros de *Veremundo el Proscripto,* en cuyo castillo desemboca. Bien podéis ver sus ruinas á la luz de la luna.

—Pues es menester, amigo, que me indiquéis esa senda; en estas ruinas pasaremos la noche; en estas ruinas desde las cuales se ve el castillo de Munckholm.

—¿Habláis de veras, señor?—dijo Benigno.—Pues ¿y el cansancio del día?

—Anciano, yo os ayudaré á subir: en mi vida me he sentido tan dispuesto á andar.

—¡Pero señor! ¡y las zarzas que obstruyen ese sendero abandonado hace tantos años, y las piedras, y la noche!...

—Yo iré delante.

—Y si alguna fiera maléfica, algún animal impuro, algún monstruo espantable...

—Yo no he emprendido este viaje para huir de los monstruos.

La idea de detenerse tan cerca de Oëlmœ desagradaba en alto grado á Spiagudry; la de ver el faro de Munckholm, y aun acaso la luz de las ventanas de Ethel, encantaba á Ordener.

—Señor mío de mi corazón—dijo Spiagudry

—creedme, renunciad á ese proyecto; tengo un presentimiento de que nos será fatal.

Pero ¿qué eran todas las súplicas del mundo en comparación de los deseos de Ordener?

—Vamos—dijo impaciente—no olvidéis que os habéis comprometido á servirme bien. Quiero que me indiquéis esa senda. ¿Dónde está?

—Al instante vamos á llegar—dijo el conserje precisado á obedecer.

En efecto, no tardaron en llegar á la senda; entraron en ella y Spiagudry observó, con una admiración mezclada de espanto, que las altas hierbas estaban tendidas y quebradas, y que el antiguo sendero de *Veremundo el Proscripto* parecía haber sido hollado recientemente.

XX

Delante de algunos papeles desparramados sobre su mesa, entre los cuales se distinguen algunas cartas recién abiertas, el general Levin de Knud medita, al parecer, profundamente. Un secretario en pie junto á él, espera sus órdenes. El general ora taconea con sus espuelas la rica alfombra extendida bajo sus pies, ora juega distraído con la condecoración del Elefante, que lleva pendiente al cuello con el collar de la orden. De cuando en cuando abre la boca para hablar, y luego se para y se pasa la mano por la frente, y echa de nuevo una ojeada sobre los despachos abiertos que cubren la mesa.

—¡Diablura como ella!—exclamó por fin.

Siguió á esta exclamación un momento de silencio.

—¿Quién había de imaginarse que esos diablos de mineros llevarían la cosa hasta tal extremo? Es preciso, forzosamente, que secretos amaños los hayan impelido á esa rebelión. ¿Pero sabe usted, Wapherney, que la cosa es muy seria? ¿Sabe usted que quinientos ó seiscientos canallas de las islas Fa-roër, mandados por un maldito viejo llamado Jonás, han desertado ya de sus minas? ¿Que un joven fanático llamado Norbith, se ha puesto igualmente á la cabeza de los descontentos de Guldbranshal? ¿Que en Sund-Moër, en Hubfalto, en Kongsberg, todos los cabecillas que no esperaban más que una señal, acaso se han sublevado ya? ¿Sabe usted que también los montañeses han metido su cucharada en el asunto, y que uno de los más atrevidos zorros de Kole, el viejo Kennybol, se ha proclamado su jefe? ¿Y sabe usted, en fin, que es fama general en todo el Drontheimus, y así lo aseguran además los síndicos que me escriben, que ese famoso tuno, ese formidable Han, manda en jefe la insurrección? ¿Qué dice usted de esto Wapherney? ¡Hem!

—Vuecencia—respondió el secretario—conoce las medidas...

—Hay además en este maldito asunto una circunstancia que no puedo comprender, y es que nuestro prisionero Schumacker sea, como se asegura, el autor de la rebelión. Esto, que á nadie admira, es lo que más me admira á mí. Difícil me parece que un hombre á cuyo trato era aficionado mi querido Ordener, sea un traidor; y,

sin embargo, se asegura que los mineros se han sublevado en nombre de Schumacker; que este nombre es su bandera, y aun se suena que le dan los títulos de que le ha privado el rey. Todo esto parece indudable... Pero ¿en qué consiste que la condesa de Ahlefeld conocía ya todos estos detalles hace seis días, cuando apenas se manifestaban los primeros síntomas reales de la insurrección en las minas? ¡Cosa extraña! No importa; es preciso atender á todo. Venga mi sello, Wapherney.

Escribió el general tres cartas, las selló y entregóselas al secretario.

—Que pasen estos pliegos al barón Vœthaün, coronel de los arcabuceros que están actualmente de guarnición en Munckholm, á fin de que su regimiento se dirija, á marchas forzadas, contra los rebeldes. Esta es una orden para el comandante de Munckholm, de vigilar más estrictamente al ex gran canciller. Será preciso que yo vea y hable á Schumacker. Y, en fin, que envíen esta carta á Skongen, al mayor Wolhm, comandante de la plaza, para que dirija una parte de sus tropas al foco de la insurrección. Que se ejecuten estas órdenes inmediatamente.

Salió Wapherney, dejando al gobernador sumergido en sus cavilaciones.

—El asunto es más serio de lo que parece—decía hablando consigo mismo.—Allí los mineros insurgentes; aquí la cancillera intrigante; acullá ese loco de Ordener, y... ¡qué sé yo dónde está! Puede que ande viajando por medio de esos bandidos, dejando aquí, bajo mi protección, á ese

Schumacker, que conspira contra la seguridad del Estado, y á su hija, por cuya seguridad he tenido la complacencia de alejar del castillo á la compañía en que se hallaba ese Federico de Ahlefeld, á quien acusa Ordener. Y ahora que pienso en ello, me parece que esa compañía podría muy bien contener las primeras columnas de los insurgentes; su posición no puede ser más á propósito para el caso. Walhstrom, donde está de guarnición, se halla junto al lago Smiasen y á dos pasos de la ruina de Arbar. Ese es uno de los puntos adonde forzosamente ha de extenderse la rebelión...

En este momento fué interrumpido el general en sus cálculos por el ruido de la puerta que se abría.

—¿Qué ocurre, Gustavo?

—Mi general, un mensajero desea hablar á vuecencia.

—¿Qué será? ¡Algún desastre! Que pase adelante.

El mensajero, introducido, entregó unos pliegos al gobernador.

—Señor—dijo,—son de parte de su serenidad el virrey.

El general abrió precipitadamente los despachos.

—Por San Jorge—exclamó con un movimiento de sorpresa,—que estoy por creer que todos se han vuelto locos. ¿Pues no me dice ahora el virrey que vaya á reunirme con él en Berghen?... Dice que es para un negocio urgente y por orden del rey. ¡Vaya un negocio urgente

que llega á tiempo! «El gran canciller, que visita actualmente el Drontheimus, suplirá vuestra ausencia...» Suplente de que maldito si me fío... «Le asistirá el obispo...» A fe mía que elige Federico un buen par de gobernadores para un país en rebelión: ¡dos togados, un canciller y un obispo! Sin embargo, puesto que el rey lo manda... no hay más remedio que obedecer. Pero antes de ponerme en camino quiero ver á Schumacker y tantearle. Bien conozco que quieren meterme en un caos de enredos y de artimañas; pero yo tengo para dirigirme una aguja de marear que no engaña jamás...: mi conciencia.

XXI

—Sí, señor conde; hoy mismo, en la ruina de Arbar, podremos encontrarle. Una multitud de circunstancias me hacen dar crédito á esta preciosa noticia que adquirí ayer tarde por casualidad, como os he contado en la aldea de Oëlmœ.

—¿Estamos lejos de esa ruina de Arbar?

—Debe estar cerca del lago de Smiasen. El guía me ha asegurado que llegaríamos allá antes del mediodía.

Así conversaban dos personajes á caballo y embozados en sendas capas obscuras, los cualos seguían muy de madrugada una de las mil veredas estrechas y tortuosas que cruzan en todos sentidos el bosque situado entre los lagos de Smiasen y de Sparbo. Un guía montañés, provisto de su bocina y armado con su hacha, los pre-

cidía montado en un caballejo gris, y marchaban detrás de ellos otros cuatro jinetes armados hasta las uñas, hacia los cuales volvían con frecuencia la cabeza estos dos personajes, como si tuviesen miedo de ser oídos.

—Si ese bandido islandés se halla en efecto en la ruina de Arbar—decía aquel de los dos interlocutores, cuyo palafrén seguía respetuosamente un poco detrás del otro,—bien podemos darnos por muy felices, porque lo más difícil era encontrar á ese ser invisible.

—¿Así lo creéis, Musdœmon? ¿Y si fuera á desechar nuestras ofertas?

—¡Imposible, señor, imposible! Oro é impunidad, ¿qué bandolero ha de resistir á tanto?

—Pero bien sabéis que ese bandolero no es un pícaro como otro cualquiera. No juzguéis, pues, de él por vos mismo; y si rehusara, ¿cómo habíais de cumplir la promesa que hicisteis en la noche de anteayer á los tres jefes de la insurrección?

—En ese caso, noble conde, caso que miro como imposible, si no seducimos al verdadero Han, ¿hase olvidado vuestra gracia de que un fingido Han de Islandia me espera dentro de dos días á cierta hora en el punto donde he citado á los tres jefes, en la Estrella Azul, sitio muy inmediato por cierto á la ruina de Albar?

—¡Tenéis razón, siempre razón, amigo Musdœmon—dijo el noble conde.—Y uno y otro volvieron á sumergirse en el círculo particular de sus reflexiones.

Musdœmon, interesado como buen favorito en

sostener el buen humor de su amo, hizo con objeto de distraerle una pregunta al guía:

—Buen hombre, ¿qué quiere decir esa especie de cruz de piedra medio arruinada que se distingue á lo alto entre aquellas encinas?

El guía, hombre de miradas fijas, de continente estúpido, volvió la cabeza y la meneó varias veces diciendo:

—¡Oh! Ese es el patíbulo más antiguo de Noruega; el santo rey Olao le hizo construir para un juez que había hecho un pacto con un bandido.

Vió Musdœmon en el rostro de su amo una expresión muy contraria á la que esperaba de las sencillas palabras del guía.

—Vaya que fué—prosiguió éste—una aventura muy singular; la abuela Osias me la ha contado, y dice que el bandido ahorcó al juez...

El pobre guía no reparaba en su simplicidad, que la aventura con que quería regalar á sus viajeros era casi un ultraje para ellos. Musdœmon le detuvo.

—Basta, basta, — dijo; — ya conocemos esa aventura.

—¡Insolente!—murmuró el conde,—¡ya conoce esa aventura! ¡Ah! ¡Musdœmon, tú me las pagarás todas juntas!

—¿Me pareció que hablaba su gracia?—dijo Musdœmon con aire obsequioso.

—Iba pensando en los medios de haceros obtener por fin el orden de Dannebrog, y ahora caigo en que las bodas de mi hija Ulrica con el barón Ordener, serán una coyuntura excelente...

Musdœmon se confundió en protestas de celo y de gratitud.

—Pero—repuso su gracia—hablemos de nuestros asuntos. ¿Creéis que la orden del retiro momentáneo que le destinamos haya llegado al mecklemburgués?

Acaso se acuerda el lector de que bajo este nombre acostumbraba el conde designar al general Levin de Knud, que era, en efecto, natural de Mecklemburgo.

—¡Hablemos de nuestros asuntos!—dijo para su capote Musdœmon, algún tanto mohino;—parece que mis asuntos no son *nuestros asuntos*.—Señor conde—respondió en alta voz,—creo que el mensajero del virrey debe estar actualmente en Drontheim, y que, por consiguiente, el general no puede tardar en ponerse en camino.

—Esa disposición, amigo mío—dijo el conde con voz afectuosa,—es uno de vuestros golpes magistrales, una de vuestras mejor imaginadas intrigas y más hábilmente ejecutadas.

—El honor que de ella resulte, tanto pertenece á vuestra gracia, como á mí—replicó Musdœmon, cuidadoso, como ya hemos dicho, de mezclar al conde en todas sus travesuras.

Conocía el magnate este secreto pensamiento de su confidente, pero quería aparentar que lo ignoraba.

—Amado secretario íntimo—dijo sonriendo,—siempre sois modesto; pero nada bastará á hacerme desconocer vuestros eminentes servicios. La presencia de Elfega y la ausencia del mecklemburgués aseguran mi triunfo en Drontheim.

Yo soy el jefe de la provincia; y si Han de Islandia acepta el mando de los rebeldes, que yo quiero ofrecerle en persona, sobre mí redundará, á los ojos del rey, la gloria de haber apaciguado tan peligrosa insurrección y hecho prisionero á ese formidable bandido.

Iban así hablando en voz baja, cuando volvió el guía la cara hacia ellos.

—Señores amos—dijo,—vean vuestras mercedes hacia la izquierda, la colina sobre la cual *Biordo el Justo* hizo decapitar, á presencia de su ejército, á *Vellón el de las dos lenguas,* aquel traidor que había separado de la corte á los verdaderos defensores del rey, y atraído á los enemigos al campamento, para aparentar que él solo había libertado la vida á Biordo...

Todas estas tradiciones de la antigua Noruega no debían ser muy gratas á Musdœmon, á juzgar por el tono áspero con que interrumpió al guía.

—Ea, basta de charla; calle el sandio, y continúe su camino sin volver la cara atrás; ¡qué nos importan esas aventuras necias, ni esas cruces, ni esos árboles! Esos cuentos de viejas incomodan á mi noble amo.

Tenía razón.

XXII

Volvamos atrás. Dejamos á Ordener y á Spiagudry trepando con bastante dificultad á la luz de la luna, la falda del encorvado peñasco de Oëlmœ. Este peñasco, pelado en el nacimiento

de su curvatura, era llamado por los aldeanos noruegos el *Cuello de Buitre,* denominación que expresa en efecto con bastante exactitud la figura que presenta de lejos aquella enorme mole de granito.

A medida que se elevaban nuestros viajeros hacia la parte calva del peñasco, los árboles del bosque se convertían en matorrales: sucedía el musgo á la hierba, los agavanzos, las retamas, los acebos á las encinas y abedules; degradación sucesiva en la vejetación, que sobre las altas montañas indica siempre la proximidad á la cumbre, anunciando el adelgazamiento gradual de la capa de tierra de que está revestida la que pudiéramos llamar *armazón* del monte.

—Señor Ordener—decía Spiagudry, cuya vivaz imaginación andaba siempre como arrebatada en un torbellino de ideas diversas;—¡ay!, sabe Dios que esta cuesta es bien ardua, por vida mía, y que se necesita para seguiros todo el cariño, celo y entusiasmo... Pero me parece que estoy viendo á la derecha un magnífico *convalvulus:* bien quisiera examinarle. ¡Ojalá fuera de día!

—¿Sabe usted que es acción muy impertinente eso de evaluar á un sabio como yo en cuatro miserables escudos? Verdad es que el famoso Fedro era esclavo, y que Esopo, si hemos de creer al docto Planudio, fué vendido en una feria como un rocín ó una cosa. ¿Y quién no ha de enorgullecerse de tener una semejanza cualquiera con el grande Esopo?

—¿Y con el célebre Han?—añadió Ordener sonriendo.

—Por San Hospicio bendito—respondió el conserje, que no pronunciéis así ese nombre: yo os juro, señor, que no echaría nada de menos esa última conformidad. ¿Pero no sería fenómeno singular el de que el valor metálico de su cabeza viniese á parar en manos de Benigno Spiagudry, su compañero de infortunio? Señor Ordener, vuestra merced es más noble que Jason, que no dió el vellocino de oro al piloto de Argos; y cierto que vuestra empresa, cuyo objeto no adivino positivamente, no es, yo lo juro, menos peligrosa que la de Jason.

—Pero una vez—dijo Ordener—que conocéis á Han de Islandia, dadme amigo, algunos detalles acerca de su persona. Ya me habéis dicho que no es un gigante como cree la opinión más general.

—¡Silencio!—interrumpió Spiagudry—¿no oís un ruido de pasos detrás de nosotros?

—Sí—respondió el joven,—pero no es nada; será algún bicho á quien asusta nuestra llegada, que huye por entre los jarales.

—Así es, ínclito César; ¡hace tanto tiempo que estos bosques no han visto seres humanos! Y si hemos de juzgar por la fuerza de las pisadas, el animal debe ser crecidito: será un alce ó un renjífero; esta parte de Noruega está llena de ellos, como también de gatos monteses. Uno vi, entre otros que llevaron á Copenhague, de un tamaño monstruoso. Voy á haceros la descripción de este feroz animal...

—Más quisiera, amigo mío—dijo Ordener—que me hicieseis la descripción de otro monstruo no menos feroz: de ese horrible Han de Islandia...

—Bajad la voz, señorito mío. ¡Vaya que pronuncia vuestra merced ese nombre con una calma! ¿Con que no sabéis?... ¡Cielos!, ¡escuchad!

Diciendo estas palabras, acercóse Spiagudry á Ordener, que acababa de oir, en efecto, muy claramente un grito semejante á la especie de rugido que, si no lo ha olvidado el lector, aterró tan profundamente al tímido conserje en aquella noche tempestuosa en que salieron de Drontheim.

—¿Habéis oído?—murmuró éste, palpitando de miedo.

—Sin duda que he oído—dijo Ordener,—y no alcanzo el motivo por qué tembláis de ese modo. Será el bramido de alguna fiera, ó acaso ni más ni menos que el grito de uno de esos gatos monteses de que hablabais hace un momento. ¿Esperabais atravesar estos sitios y á esta hora, sin que nadie revelara la presencia de los huéspedes á quienes molestamos? Yo os aseguro, anciano, que tienen ellos más miedo que nosotros.

Spiagudry, viendo la serenidad de su compañero, se tranquilizó algún tanto.

—Vamos, es muy posible, señor, que también en esto tengáis razón. Pero este grito de fiera se parece horriblemente á una voz... Ha sido una inspiración diabólica, permitid que os lo diga, la de subir á este castillo de *Veremundo el Proscripto*. Temo que nos suceda alguna diablura en el *Cuello de Buitre*.

—Nada temáis mientras estéis conmigo—respondió Ordener.

—¡Oh! Lo que es vuestra merced de nada se asusta; pero sólo el bienaventurado San Pablo

puede coger las víboras sin hacerse daño. Ni aun siquiera habéis reparado, cuando entramos en este maldito sendero, que parecía haber sido hollado poco antes, y que las hierbas ni aun habían tenido tiempo para enderezarse desde que pasó alguno sobre ellas.

—Confieso que todo eso me parece indiferente, y que la mayor ó menor serenidad de mi ánimo no depende de la mayor ó menor curvatura de la hierba. Pero yá vamos á salir de entre los matorrales y no volveremos á oir ni pasos ni gritos de animales; no os diré, pues, amigo mío, que echéis el resto de vuestro valor, sino que hayáis recurso á todas vuestras fuerzas, porque la cuesta de la peña será sin duda más ardua que ésta.

—No creáis, señor, que sea más escarpada que ésta; pero el sabio viajero Suckson refiere que muchas veces se halla obstruída por enormes pedazos de roca que no se pueden remover, ni son fáciles de salvar. Hay, entre otros, un poco más allá de la poterna de Malaër á que nos vamos acercando, un enorme fragmento triangular de granito, que siempre tuve grandes deseos de ver por mis propios ojos. Shœnning asegura haber visto en él los tres caracteres rúnicos primitivos.

Buen rato hacía ya que trepaban nuestros viajeros por la peña pelada, cuando llegaron á una torrecilla derruída, por la cual era preciso pasar y que Spiagudry hizo reparar á Ordener.

—Esta es la poterna de Malaër, señor. Este camino abierto en la roca presenta otras contracciones muy curiosas, que indican cuáles eran

las antiguas fortificaciones de nuestras fortalezas noruegas. Esta poterna, que siempre estaba defendida por cuatro hombres de armas, era el primer puesto avanzado del castillo de Veremundo. A propósito de *puerta* ó *poterna,* el monje Urensio hace una observación singular: la palabra *janua*, que biene de *Janus*, cuyo templo tenía aquellas puertas tan célebres, ¿no puede ser el origen de la palabra *jenízaro*, guardia de la puerta del sultán? No dejaría de ser curioso que el nombre del príncipe más apacible de la historia, hubiera pasado á los soldados más feroces de la tierra.

Entre la científica erudición del buen conserje, subían nuestros viajeros con no poco trabajo pasando sobre piedras movedizas y cortantes guijarros, interpolados con aquel césped corto y resbaladizo que crece á veces entre las peñas. Ordener olvidaba el cansancio, pensando en la dicha de ver desde lejos las torres de Munckolm, cuando exclamó de repente Spiagudry:

—¡Ah! ¡ya le diviso! ¡esto sólo basta á remunerarme de todos mis trabajos. ¡Ya la veo, señor, ya la veo!...

—¿Qué?—dijo Ordener, que pensaba entonces en su Ethel.

—Qué ha de ser. La pirámide triangular de que hace mención Shoenning. Yo seré, con el profesor Shoenning y el obispo Ysleif, el tercer sabio que ha tenido la dicha de examinarla. ¡Lástima es que no pueda hacerlo más que á la luz de la luna!

Al acercarse al famoso fragmento, lanzó Spia-

gudry un grito de dolor y de espanto juntamente. Sorprendido Ordener hasta lo sumo, informóse con interés de la nueva causa de su agitación, pero el corserje arqueólogo permaneció un largo rato sin poder responderle.

—Pensabais—dijo Ordener—que esta piedra obstruiría el camino, y ahora debéis ver con alegría que le deja perfectamente expedito. Pues eso es justamente lo que me desespera—dijo Benigno con lamentable acento.

—¿Cómo?

—¡Pues qué, señor!—repuso el conserje,—¿no véis que esta pirámide ha sido derribada del puesto que ocupaba? ¿qué la base que gravitaba sobre el sendero está ahora expuesta al aire, mientras que el cuerpo de la columna está apoyado contra el suelo, sobre la misma faz, precisamente en que Shœnning descubrió los tres caracteres rúnicos primordiales?...

—¡Pobre de mí!...

—Desgracia es, en efecto—dijo el joven.

—Y agréguese á esto—añadió azorado Spiagudry,—que el trastorno de esta mole prueba la presencia en este sitio de algún ser sobrenatural. Como no haya sido el mismo diablo el que la ha echado por tierra, no conozco en Noruega más que un sólo hombre cuyo brazo pueda...

—Dejad á un lado, amigo, esos terrores pánicos. ¿Quién sabe si esta piedra no está así hace más de un siglo?

—Ciento cincuenta años hace, en verdad—dijo Spiagudry algo tranquilizado—que la examinó el último observador, pero me parece que ha

sido derribada hace muy poco; todavía está húmedo el sitio que ocupaba.

Ordener, impaciente por llegar á las ruinas, separó á su guía de junto á la maravillosa pirámide, y logró con buenas palabras disipar los nuevos temores que había inspirado al pobre sabio aquel acontecimiento singular.

—Escuchad, anciano: cuando hayáis recibido los mil escudos reales que os producirá la cabeza de Han, podréis estableceros en las orillas del lago y entregaros en toda paz á vuestros importantes estudios.

—Razón tenéis, noble señor; pero no habléis con tanta ligereza de una victoria harto dudosa. Tengo que daros un consejo para que os sea más fácil apoderaros del monstruo...

—¡Un consejo! ¿Y cuál?—dijo Ordener con sumo interés.

—El bandido—dijo éste en voz baja, y echando inquietas miradas en torno de sí;—el bandido lleva en el cinto un cráneo, en el cual tiene costumbre de beber. Este cráneo es el de su hijo, cuyo cadáver es el mismo por cuya profanación soy perseguido.

—Alzad un poco la voz y nada temáis, porque apenas os oigo. Ibais diciendo que ese cráneo...

—De ese cráneo—dijo Spiagudry acercándose al oído del joven—es del que debéis procurar apoderaros. El monstruo funda en él no sé qué ideas supersticiosas, de modo que cuando esté en vuestro poder el cráneo de su hijo haréis de él cuanto os dé la gana.

—Bueno es eso, amigo mío. ¿Pero cómo he de apoderarme de ese cráneo?

—Con la astucia, señor, con la astucia; durante el sueño del monstruo, por ejemplo.

—Basta—dijo Ordener interrumpiéndole.—Vuestro consejo no puede servirme, porque yo nunca sé si un enemigo duerme. Para pelear no conozco más que mi espada.

—Señor, señor; no está probado que el arcángel Miguel no usara de la astucia para debelar á Satanás...

Aquí Spiagudry se detuvo de repente, y extendió entrambas manos hacia adelante exclamando con voz moribunda:

—¡Cielo! ¡cielo! ¡y lo que estoy viendo allá abajo! ¡Mirad, amo mío, ¿no véis allí un enanito que va por este mismo sendero delante de nosotros?

—Bien sabe Dios—dijo Ordener, alargando la vista—que nada veo.

—¿Nada, señor? En efecto, el sendero da la vuelta y ya ha desaparecido detrás de esa peña. ¡No pasemos adelante, señor, por amor de Dios!

—Pues en verdad que si ese supuesto personaje ha desaparecido tan pronto, no anuncia con ello grandes intenciones de aguardarnos; y el que él huya no es una razón para que huyamos nosotros.

—¡Protéjanos el bienaventurado San Hospicio! —dijo Spiagudry, que en todo trance peligroso se acordaba de su patrón favorito.

—Habréis tomado—añadió Ordener—la sombra movible de un mochuelo espantado por un hombre.

—Pues no me cabe duda en que he visto un enanillo... aunque también es verdad que la luz de la luna produce á veces singulares ilusiones de óptica. A esa misma luz, Baldan, señor de Merneugh, tomó la cortina blanca de su lecho por la sombra de su madre, lo que le decidió á ir al día siguiente á declarar su parricidio á los jueces de Cristianía, que iban á sentenciar á muerte al paje inocente de la difunta. De modo que bien puede decirse que la luz de la luna salvó la vida á ese paje.

Nadie era más propenso que Spiagudry á olvidar lo presente en lo pasado: un recuerdo de su inagotable memoria bastaba para desterrar todas las impresiones del momento; y así, la historia de Baldan disipó todo su terror. Luego prosiguió con voz más serena:

—Es muy posible que del mismo modo me haya engañado la luz de la luna,

Iban en tanto llegando á la cima del Cuello de Buitre, y ya empezaban á ver la cima de las ruinas que les había ocultado mientras subían la curvatura del peñasco.

—No se admire el lector de que con tanta frecuencia encontremos ruinas en la cumbre de los montes de Noruega. Cualquiera que haya recorrido muchas montañas en Europa no habrá dejado de ver frecuentemente restos de castillos y de fortalezas suspendidos en las crestas de los más altos picos, como antiguos nidos de buitres ó de águilas que murieron. En Noruega, sobre todo en el siglo á que nos hemos transportado, estas especies de construcciones aéreas asombra-

ban, no menos por su variedad que por su número. Ya se veían murallas desmanteladas, girando á manera de cintura alrededor de un peñasco; ora leves y agudas torrecillas alzadas en la punta de una roca coma una corona, ó bien sobre la cabeza blanca de una alta montaña, anchas torres agrupadas alrededor de un castillejo, presentando de lejos el aspecto de una antigua tiara. Veíanse junto á las ligeras bóvedas ojivas de un claustro gótico, los enormes pilares egipcios de una iglesia sajona; junto á la ciudadela de cuadradas torres de un jefe pagano, el almenado castillo de un paladín cristiano; al lado de una fortaleza arruinada por el tiempo, un monasterio destruído por la guerra. Todos estos edificios, mezcla de arquitecturas singulares y casi ignoradas en el día, construídas por los años en sitios al parecer inaccesibles, sólo habían dejado en ellos algunas reliquias, como para ostentar al mismo tiempo el poder y la miseria de los hombres. Acaso pasaron en su recinto cosas muy más dignas de contarse que todo lo que se cuenta sobre la tierra; pero los sucesos pasan, los ojos que los vieron se cierran; las tradiciones se extinguen con los años como un fuego que no se ha recogido, y luego ¿quién podría penetrar el secreto de los siglos?

El castillo de *Veremundo el Proscripto,* adonde llegaban á la sazón nuestros dos viajeros, era uno de aquellos á cuya historia atribuía la superstición más lances increíbles, más aventuras maravillosas. En sus murallas de guijarros, formadas con un cimiento endurecido por el tiempo

más que la piedra, bien se conocía que había sido construído hacia el quinto ó sexto siglo. De sus cinco torres sólo una permanecía aún en pie cuan alta era; las otras cuatro, más ó menos degradadas, cubriendo con sus leves fragmentos la cumbre del peñasco, estaban unidas entre sí con líneas de ruinas, las cuales indicaban igualmente los antiguos límites de los patios en el recinto del castillo. Era muy difícil penetrar en aquel recinto, atascado con piedras, pedazos de la roca y arbustos de toda especie, que, rastreando de ruina en ruina, coronaban con sus ramos las murallas derruídas, ó dejaban pender hasta el fondo del precipicio sus larguísimos y flexibles brazos. A estas trenzas de ramos suponía la superstición que venían á mecerse á la luz de la luna azuladas almas, espíritus culpables de los que voluntariamente se habían ahogado en el lago Sparbo; á ellas también prendía el duende del lago la neblina en que bajaba al fondo del agua al salir el sol. Misterios espantosos de que más de una vez fueron testigos algunos intrépidos pescadores, cuando, para aprovechar el sueño de los perros de mar, osaban por la noche impelir su lancha hasta debajo del peñasco de Oëlmœ que se redondeaba en la sombra encima de su cabeza como el ojo rasgado de un puente gigantesco.

Salvaron no sin trabajo nuestros dos aventureros la muralla del castillo por una brecha, pues la antigua puerta estaba atascada con ruinas. La única torre que, como ya hemos dicho, permanecía en pie, estaba situada en la extre-

midad del peñasco, y era la misma, según dijo Spiagudry á Ordener, desde cuya cúspide se veía el fanal de Munckholm. Dirigiéronse, pues, á ella, aunque era completa la obscuridad en aquel momento, estando embozada la luna en un ancho y negro nubarrón. Iban á penetrar por la brecha de otra muralla para llegar á lo que había sido el segundo patio del castillo, cuando se paró Benigno de repente y cogió del brazo á Ordener, con mano tan fuertemente temblorosa, que casi comunicaba al joven su temblor.

—¿Qué es eso?—dijo Ordener sobresaltado.

Benigno, sin responder, apretó aún más el brazo del joven, como para pedirle que callara.

—Pero ¿en fin?...

Una segunda presión, acompañada de una especie de sollozo mal reprimido, le decidió á esperar con paciencia á que pasara aquel nuevo terror.

Al fin Spiagudry, con voz doliente, dijo:

—Conque ¿qué decís, señor?

—¿De qué?—dijo Ordener.

—Sí, señor—continuó el otro en el mismo tono; —¡no me diréis ahora que no os arrepentís de haber subido hasta aquí!

—Pues ya se ve que no me arrepiento, amigo mío, y espero subir aún más arriba. ¿Y por qué me he de arrepentir?

—Cómo, señor ¿Habláis de veras? ¿Conque no habéis visto...?

—¿Visto qué?

—¡Conque no habéis visto...!—repitió el pobre conserje con voz aún más llena de espanto.

—Ya he dicho que no—respondió Ordener con impaciencia;—nada he visto, ni he oído más ruido que el de vuestros dientes, que el miedo hace chasquear como un par de castañuelas.

—¡Cómo! Allí detrás de esa pared, en la sombra, aquellos dos ojos llameantes como ascuas que se fijan en nosotros... ¿no los habéis visto?

—No, por vida mía.

—¿No los habéis visto pasar, subir, bajar y desaparecer, en fin, entre las ruinas?

—A fe que no sé lo que queréis decir. Pero aun cuando así sea, ¿qué importa?

—¡Cómo! Señor Ordener, ¿sabéis que no hay en Noruega más que un solo hombre cuyos ojos reluzcan así en las tinieblas?

—¿Y qué importa? ¿Quién es ese hombre con ojos de gato? ¿Es Han, ese formidable islandés? ¡Tanto mejor si está aquí! Eso nos evitará un viaje á Walderhog.

El *¡tanto mejor* no vino muy á gusto de Spiagudry, por lo que no pudo menos de revelar su secreto pensamiento, prorrumpiendo en esta exclamación involuntaria:

—¡Ah, señor! ¡Y me prometisteis dejarme en la aldea de Surb, á una milla del sitio del combate!...

El noble Ordener comprendió y sonrió.

—Razón tenéis, anciano; sería una injusticia mezclaros en mis peligros; pero no temáis nada. En todas partes véis á ese Han de Islandia... ¿No puede haber en estas ruinas algún gato montés cuyos ojos sean tan brillantes como los de ese hombre?

Por quinta vez logró tranquilizarse Spiagudry, ya fuera porque la explicación de Ordener le pareciese en efecto muy natural, ya porque la serenidad de su compañero tuviese algo de contagiosa.

—¡Ah señor!—exclamó,—á no ser por vos ya me hubiera muerto de miedo diez veces al subir estas peñas. Verdad es que á no ser por vos, tampoco lo hubiera intentado.

La luna, que en aquel momento salió de entre las nubes, dejóles ver la entrada de la más alta torre, á cuyo pie habían llegado. Penetraron en ella levantando una pesada cortina de yedra que hizo llover sobre ellos una nube de sapos dormidos y de nidos de aves nocturnas. Hizo lumbre el conserje con dos pedernales, dejando caer las chispas sobre un montón de hojas y retamas secas que reunió Ordener. Al cabo de pocos instantes alzóse una llama clara que, disipando las tinieblas que los rodeaban, les permitió observar el interior de la torre.

Sólo quedaba de ella la muralla circular, que era sumamente gruesa y estaba revestida de yedra y de musgo; los techos de sus cuatro pisos se habían derruído sucesivamente, cayendo al entresuelo, donde formaban un montón enorme de escombros. Una escalera estrecha y sin pasamano, rota en cien partes, giraba en espiral sobre la superficie interior de la muralla, en cuya cima desembocaba. A los primeros chirridos del fuego, una nube de lechuzas y de zumayas cruzaron la estancia huyendo con pesado vuelo, con gritos atónitos y lúgubres, y enormes murciélagos vinie-

ron de cuando en cuando á lamer la llama con la punta de sus alas color de ceniza.

—He aquí unos huéspedes que no nos reciben muy jovialmente—dijo Ordener;—pero no vayáis á asustaros de nuevo.

—¡Yo, señor!—respondió Spiagudry sentándose junto al fuego;—¡yo temer á un buho ó á un murciélago! ¡Yo vivía entre cadáveres y no temía á los vampiros! ¡Ah! ¡Yo sólo temo á los vivos! Convengo en que no soy valiente, pero tampoco soy supersticioso. Y en prueba de ello, si queréis creerme, señor, riámonos de estas señoras aves de negras alas y de cantos roncos, y pensemos en cenar.

Ordener no pensaba más que en Munckholm.

—Aquí tengo algunas provisioncillas — dijo Spiagudry, sacando su morral de debajo de la capa;—pero si vuestro apetito iguala al mío, pronto habrán desaparecido este pan negro y este queso rancio. Bien veo que aún tendremos que quedarnos muy lejos de los límites del rey francés Felipe *el Hermoso: Nemo audeat comedere præter duo fercula cum potagio*. Verdad es que no deben faltar en la cima de esta torre nidos de paviotas ó de faisanes; pero ¿cómo diablos subir por una escalera perlática, que todo lo más sólo podría sostener á un silfo?

—Pues con todo—repuso Ordener—yo no lo soy y habrá de sostenerme, porque es seguro que subiré á lo alto de la torre.

—¡Por coger unos nidos, señor! Eso no merece la pena: por amor de Dios no cometáis esa imprudencia. No hay que matarse por cenar me-

jor. Tenga vuestra merced presente, además, que podría equivocarse y coger un nido de lechuza.

—¡Sí! ¡En nidos estoy pensando ahora! ¿No me habéis dicho que desde lo alto de la torre se ve el castillo de Munckholm?

—Así es la verdad; se ve hacia el Sur. Bien conozco que el deseo de fijar ese punto importante para la ciencia geográfica ha sido el motivo de este penoso viaje al castillo de Veremundo. Pero dignaos considerar, noble señor Ordener, que el deber de un sabio concienzudo puede ser arrostrar á veces el cansancio, pero el peligro jamás. Por amor del cielo, no os aventuréis en esa maldita escalera, en que apenas osaría posarse un pajarraco.

No tenía Benigno los mayores deseos de quedarse solo en la torre. Al ir á levantarse para tomar á Ordener de la mano, cayó sobre las piedras el morral que tenía sobre las rodillas, despidiendo un sonido metálico.

—¿Qué es lo que suena en ese morral?—preguntó Ordener.

Esta pregunta sobre un punto tan delicado para Spiagudry, le quitó las ganas de detener á su intrépido compañero.

—Vamos—dijo sin responder á su pregunta;—puesto que á pesar de mis súplicas os obstináis en subir á lo alto de la torre, tened mucho cuidado con las grietas de la escalera.

—Pero—repuso Ordener—¿qué hay en ese morral que da ese sonido metálico?

Este empeño indiscreto desagradó soberana-

mente al codicioso viejo, quien maldijo con todo su corazón al impertinente preguntón.

—¿Cómo puede un señor tan principal como mi amo ocuparse en que resuene ó no contra las piedras una miserable bacía de hierro? Pero una vez que no puede hacernos mudar de intento—añadió con premura,—no tardéis en bajar y cuidad mucho de asiros á la yedra que cubre las paredes. Veréis el fanal de Munckolm entre los dos Trastos-de-Frigga, al Mediodía.

No hubiera podido Spiagudry con más destreza desterrar cualquiera otra idea del ánimo de Ordener. Quitóse éste su capa y se lanzó sobre la peligrosa escalera, sobre la cual le siguió el conserje con los ojos hasta que ya no le vió más que deslizarse como una sombra vaga en lo más alto de la pared, alumbrada apenas en su cima por el agitado reflejo de la hoguera y el inmóvil resplandor de la luna.

Entonces, sentándose de nuevo y poniéndose el morral entre las piernas:

—Amado Benigno Spiagudry—dijo,—ahora que no te ve ese joven lince y que estás solo, apresúrate á romper el incómodo envoltorio de hierro que te impide tomar posesión, *oculis et manu,* del tesoro que sin duda contiene este cofrecillo. Privado de esta prisión será menos pesado para los hombros y más fácil de esconder.

Y ya armado de un gran piedra, preparábase á romper la cubierta del cofre, cuando cayendo un rayo de luz sobre el sello del hierro que la cerraba, paróse de repente el anticuario conserje.

—Por San Willebrod-el-Numismático que no me engañan mis ojos—exclamó frotando la cubierta tomada de moho:—estas son, por vida mía, las armas de Griffenfeld. Buena la iba á hacer rompiendo este sello, cuando es acaso el último modelo que queda de estas armas famosas rotas en 1676 por mano del verdugo. ¡Diablo!, no lleguemos á este sello. Sea cual fuere el valor de los objetos que contiene, á menos que, contra todas las probabilidades, sean monedas de Palmira ó medallas cartaginesas, más precioso es él todavía. Cátame, pues, único propietario de las armas hoy abolidas de Griffenfeld. Ocultemos este preciosísimo tesoro. Así como así, acaso hallaré algún secreto para abrir esta caja sin hacerme culpable de vandalismo. ¡Las armas de Griffenfeld! ¡Oh, sí! Esta es la *mano de justicia*, esta la balanza en campo de gules... ¡Qué felicidad!

A cada nuevo descubrimiento heráldico que hacía frotando el sello enmohecido, lanzaba un grito de admiración ó una exclamación de contento.

—Por medio de un disolvente abriré la cerradura sin romper el sello. Aquí deben estar los tesoros del excanciller. Si alguno, tentado por el cebo de los cuatro escudos sindicales, me reconoce y me prende, fácil me será obtener mi rescate. De modo que este bienaventurado cofrecillo me habrá salvado...

Esto diciendo, levantó los ojos maquinalmente. De pronto, su grotesca fisonomía pasó en un sautiamén de la expresión de una loca alegría á

la de un terror estúpido. Todos sus miembros temblaron convulsivamente. Sus ojos quedaron inmóviles, arrugada su frente, entreabierta su boca, y su voz se apagó en su gaznate como una luz á que se da un soplo.

Enfrente de él, al otro lado de la hoguera, un hombre pequeño estaba en pie, con los brazos cruzados. En sus vestidos de pieles ensangrentadas, en su hacha de piedra, en su barba roja y mirada devorante clavada en él, reconoció á la primera ojeada el pobre conserje al espantoso personaje que le visitó por última vez en el Spladjest de Drontheim.

—¡Yo soy!—dijo el monstruo con voz terrible. —¿Conque ese cofrecillo te habrá salvado?—añadió con atroz risa irónica. ¡Spiagudry! ¿es este el camino de Thoctree?

El miserable procuró articular algunas palabras.

—¡Thoctree!... Señor..., señor mío; allá iba ahora.

—¡Ibas á Walderhog!—respondió el otro con voz de trueno.

Petrificado Spiagudry, echó el resto de sus fuerzas para hacer con la cabeza un signo negativo.

—¡Me traes un enemigo! ¡Gracias! Así habrá un viviente de menos en el mundo. Nada temas, fidelísima guía; pronto te seguirá

El desdichado conserge quiso dar un grito y apenas pudo hacer oir un murmullo vago y confuso.

—¿Por qué te espanta mi presencia? ¿No me buscabas? Oye y no grites, ó eres muerto.

El bárbaro blandió su hacha de piedra sobre la cabeza del viejo, y luego prosiguió con una voz que salía de su pecho como el ruido de un torrente sale de una caverna.

—Me has vendido.

—¡No, excelencia! ¡No, alteza!—dijo en fin Benigno, articulando con trabajo estas palabras suplicantes.

Lanzó el otro una especie de sordo rugido.

—¡Ah, querías volver á engañarme!, no lo esperes. Oye: yo estaba sobre el techo del Spladjest cuando sellaste tu pacto con ese insensato; mi voz fué la que oiste por dos veces. En el camino, en medio de la tempestad, me oiste también; yo soy el que en la torre de Vygla te dijo: *¡Hasta más ver!*

El pobre conserje echó una mirada de desesperación implorando socorro: el otro prosiguió:

—No quería que se me escaparan aquellos soldados que te perseguían porque eran del regimiento de Munckhim. En cuanto á ti, no te me podías escapar. Spiagudry, yo soy el que viste en la aldea de Oëlmœ bajo un sombrerón de minero; mis pasos y mi voz fueron lo que oiste al subir á estas ruinas. ¡Yo soy, yo!

Demasiado convencido estaba de ello el miserable conserje. Revolcóse más muerto que vivo á los pies de su formidable juez, exclamando con voz capaz de quebrantar un corazón de piedra: ¡perdón!

El hombrecillo, con los brazos cruzados, fijaba en él una mirada llena de sangre, más ardiente que la llama de la hoguera.

—Pide tu salvación á ese cofrecillo de quien la esperas—dijo con ironía.

—¡Perdón, señor, perdón!—repitió el moribundo Spiagudry.

—Te encargué que fueras fiel y mudo: no has podido ser fiel; pero yo te juro que serás mudo en lo sucesivo.

El conserje, penetrando el horrible sentido de estas palabras, exhaló un largo gemido.

—Nada temas—dijo el monstruo;—no te separaré de tu tesoro.

Entonces desató su cinturón de cuero, metió una punta en el asa del cofrecillo, y lo suspendió de este modo al pescuezo de Spiagudry, que flaqueaba bajo su peso.

—Sepamos—dijo el otro:—¿á qué diablo quieres encomendar tu alma? Date prisa en llamarle antes que otro demonio se apodere de ti.

El desesperado anciano, incapaz de pronunciar una sola palabra, cayó de rodillas delante del enano haciendo mil extremos de súplica y de terror.

—¡No!, ¡no!—dijo éste.—Escucha, fiel Spiagudry: no sientas dejar sin guía á tu compañero. Yo te prometo que irá adonde vas tú. Sígueme; no haces más que enseñarle el camino. ¡Ven!

Y esto diciendo, asió al miserable con sus brazos de hierro, y llevóselo fuera de la torre, como se lleva un tigre á una larga culebra; un momento después oyóse en las ruinas un agudo quejido, á que se mezcló una espantosa carcajada.

XXIII

En tanto, el aventurero Ordener, después de haber estado veinte veces á punto de dar consigo en el suelo durante su peligrosa ascensión, había llegado por fin á la especie de azotea que se hacía en lo alto de la pared gruesa y circular. Con su repentina llegada, negros mochuelos centenarios, bruscamente turbados en sus ruinas, huyeron con vuelo oblicuo, volviendo hacia él su mirada fija, y gruesas piedras movedizas, empujadas por sus pies, cayeron en el abismo botando sobre los ángulos salientes de las peñas con sordos y lejanos estruendos.

En cualquiera otra ocasión hubiera Ordener dejado vagar sus ojos y sus reflexiones sobre la profundidad del abismo, aumentada con la profundidad de la noche. Su vista, observando en el horizonte todas aquellas grandes sombras, cuyos vagos contornos blanqueaba apenas una luna nebulosa, hubiera tardado mucho tiempo en distinguir los vapores entre los peñascos y las montañas entre las nubes; su imaginación hubiera animado todas las formas gigantescas, todas las apariencias fantásticas que da la luz de la luna á los montes y á las nieblas. Hubiera escuchado de lejos el confuso murmullo del lago y de los bosques, mezclado al silbido agudo de las hojas secas que el viento martillaba á sus pies entre las grietas de la roca, y su mente hubiera dado un lenguaje á todas esas bocas muertas que alza la

naturaleza material entre el sueño de los hombres y el silencio de la noche. Pero aunque esta escena influía sobre todo su ser, otros pensamientos le ocupaban. No bien puso el pie sobre la cima de la muralla, cuando dirigió su vista hacia el sur del cielo, y se sintió arrebatado de una alegría indecible al ver más allá del ángulo de las dos montañas un punto luminoso, radiante en el horizonte, como una estrella colorada. Aquel punto era el fanal de Munckholm.

Los que no comprendan la felicidad que sintió entonces nuestro joven, no están destinados á probar los verdaderos deleites de la vida. Todo su corazón latió con la precipitación de la fiebre; su pecho henchido, palpitando con fuerza, apenas podía respirar. Inmóvil, tendida la vista, contemplaba aquel astro lejano de esperanza y consolación. Parecíale que aquel rayo de luz, nacido en el seno de la noche en el castillo que contenía toda su felicidad, le traía algo de su Ethel. ¡Ah! No lo dudemos; al través de los tiempos y del espacio, las almas tienen á veces correspondencias misteriosas, y en vano el mundo real alza sus barreras entre dos seres que se aman; habitantes de la vida ideal, se aparecen en la ausencia y se unen en la muerte. ¿De qué sirven, en efecto, las separaciones corporales, las distancias físicas para dos corazones unidos invenciblemente por un mismo pensamiento y un deseo común? El verdadero amor puede sufrir; pero morir, jamás.

¿Quién no se ha detenido mil veces durante las noches de lluvia debajo de alguna ventana

alumbrada apenas por pálidos reflejos? ¿Quién no ha pasado y vuelto á pasar por delante de una puerta, y rondado con delicia alrededor de una casa? ¿Quién no se ha separado repentinamente de su camino por seguir de noche, en los recodos de una calle desierta, una flotante falda, ó una blanca mantilla, reconocida de súbito en la sombra? El que no conoce estas sensaciones bien puede decir que no sabe lo que es amar.

Enfrente del lejano fanal de Munckholm, Ordener meditaba. A su primera alegría sucedió una satisfacción triste é irónica; mil sentimientos diversos se agolpaban en su alma tumultuosa.—Sí—se decía—es menester que el hombre se afane largo tiempo entre penas y amarguras para ver por fin un punto de felicidad en la inmensa noche. ¡Allí está... durmiendo, soñando, pensando en mí tal vez!... ¡Pero quién la dirá que su Ordoner está ahora triste y solitario, suspendido en la sombra encima de un abismo!... ¡Su Ordener, que ya no tiene de ella más que un rizo de sus cabellos en el seno y una vaga luz en el horizonte!... Y luego dejando caer una mirada sobre los rojizos reflejos de la hoguera encendida en la torre que salían por entre las grietas de la muralla,—acaso—murmuró—desde las ventanas de su prisión echa una mirada indiferente sobre la llama lejana de esta hoguera...

Resonaron de repente un grito agudo y una carcajada, casi debajo de él en la orilla del abismo; volvió la cara azorado y vió desierto el interior de la torre. Inquieto por el anciano, se apresuró á bajar; apenas había andado algunos pasos en

la escalera, cuando subió hasta sus oídos un ruido sordo semejante al de un cuerpo pesado que cayera en las profundas aguas del lago...

XXIV

El sol llegaba á su ocaso: sus rayos horizontales dibujaban sobre la toga de lana de Schumacker y sobre el vestido de crespón de Ethel, la sombra negra de las rejas de su prisión. Ambos estaban sentados junto á la alta ventana ojival, el anciano en un gran sillón gótico y la joven en un taburete, á sus pies. El prisionero meditaba en su posición favorita y melancólica; su frente, calva y rugosa, estaba apoyada sobre sus manos, y sólo se veía de su rostro su blanca barba, que caía en desorden sobre su pecho.

—Padre mío—dijo Ethel, que buscaba todos los medios de distraerle,—mi padre y señor, esta noche he tenido un sueño de feliz presagio... Alce usted los ojos al cielo, padre mío, y contemple ese cielo tan hermoso.

—Yo no veo el cielo—respondió el anciano—sino por entre las rejas de mi prisión, como no veo tu porvenir, Ethel mía, sino al través de mis infortunios.

Y luego su cabeza, que levantó un momento, volvió á caer sobre sus manos, y uno y otro callaron.

—Padre mío y señor—repuso la joven un instante después con tímida voz—¿pensabais acaso en el señor Ordener?

—¿Ordener?—dijo el anciano como procurando recordar de quien le hablaba su hija.—¡Ah! ya sé quien quieres decir. ¿Y qué?

—¿Cree usted que vuelva pronto, padre mío? Ya hace mucho tiempo que se fué. Con hoy van cuatro días...

El anciano meneó tristemente la cabeza.

—Pues yo creo que cuando haga cuatro años que se fué, tan cerca estaremos de su vuelta como hoy.

Ethel se puso pálida como la nieve.

—¡Dios mío! ¿Creéis que no volverá?

Schumacker no respondió palabra; la niña repitió su pregunta con un acento suplicante é inquieto.

—¿No ha prometido que volvería?—dijo con aspereza el prisionero.

—¡Pues ya se ve que lo ha prometido, señor!—respondió Ethel inmediatamente.

—Pues entonces, ¿cómo puedes contar con su vuelta? ¿no es hombre? Creo que el buitre podrá volver al cadáver, pero no creo que vuelva segunda vez la primavera en el año que termina.

Ethel, viendo á su padre volver á sus melancolías, se tranquilizó, porque había en su corazón de virgen y de niña una voz que desmentía imperiosamente la adusta filosofía del anciano.

—Padre mío—dijo con firmeza,—el señor Ordener volverá; ¿no es él un hombre como los otros hombres?

—¿Qué sabes tú, hija mía?

—Lo mismo que vos sabéis en este asunto, padre mío y señor.

—Yo nada sé—dijo el anciano;—he oído palabras de un hombre que anunciaban acciones de un Dios. Luego añadió con amarga sonrisa:—He meditado sobre ello y he visto que era demasiado sublime para creerlo.

—Pues yo, señor, lo he creído precisamente porque era sublime.

—¡Oh, hija mía! Si fueras lo que debieras ser, condesa de Tongsberg y princesa de Wollin, rodeada como estarías de una corte de amables traidores y de adoradores interesados, esa credulidad podía ser muy peligrosa para ti.

—Pero, padre mío, esta no es credulidad, sino confianza.

—Bien se conoce, Ethel, que hay algo de sangre francesa en tus venas.—Esta idea transportó al anciano, por una transición imperceptible, á sus antiguas memorias, y así continuó con cierta complacencia: porque los que han degradado á tu padre aún más de lo que fué elevado, no podrán impedir que seas hija de Carlota, princesa de Tarento, ni que sea una de tus antepasadas Adela ó Edela, condesa de Flandes, de quien has heredado el nombre.

No pensaba Ethel seguramente en lo que estaba diciendo el adusto prisionero.

—Padre mío—dijo,—el cielo sabe que no hacéis justicia al noble Ordener.

—Noble hija mía... ¿qué sentido das á esa palabra? Muchos nobles he hecho yo que han sido muy viles.

—No digo yo, señor, que sea noble de la nobleza que se da.

—¿Sabes tú si desciende de un *jarl* ó de un *hersa?*

—Lo ignoro completamente; puede que sea hijo de un siervo ó de un vasallo. ¡Ah! También se pintan liras y coronas en el terciopelo de un estribo. Sólo quiero decir, padre mío, que es noble de corazón.

Entre cuantos hombres había visto Ethel, Ordener era el que más y al que menos conocía juntamente. Habíase aparecido en su destino, por decirlo así, como aquellos ángeles que visitaban á los primeros hombres, envolviéndose á la par en claridades y misterios; sólo su presencia revelaba su naturaleza, y eran adorados. De este modo Ordener había dejado ver á Ethel lo que más ocultan los hombres, el corazón, y había guardado absoluto silencio sobre aquellas cosas de que más suelen blasonar, sobre su patria y su familia; su mirada había bastado á Ethel, y ésta había tenido fe en sus palabras. La hermosa niña le amaba, le había dado su vida, nada ignoraba de su alma, y no sabía su nombre.

—¡Noble de corazón!—repitió el anciano,—¡noble de corazón! Esa nobleza es superior á la que dan los reyes; Dios, que es quien la da, la prodiga menos que ellos...—Entonces el prisionero levantó los ojos hacia sus armas rotas, añadiendo: —¡Y sobre todo nunca la quita!

—Por eso, padre mío—dijo Ethel—el que conserva la una, fácilmente se consuela de haber perdido la otra.

Estas palabras hicieron estremecerse al an-

ciano, y le volvieron todo su valor. Luego prosiguió con voz firme:

—Tienes razón, hija mía. Pero tú no sabes que la desgracia que el mundo considera injusta, resulta algunas veces justificada por nuestra íntima conciencia. Tal es nuestra miserable naturaleza: cuando somos desgraciados, se elevan en nosotros mismos, para recordarnos culpas ó errores antiguos, una multitud de voces que dormían en la prosperidad.

—No habléis así por amor de Dios, querido padre mío—dijo Ethel profundamente conmovida, porque en la voz doliente del anciano conoció que había dejado escapar el secreto de una de sus más hondas amarguras. Alzó la niña sus ojos hacia él, y besando su mano fría y arrugada, prosiguió con dulzura:—Con mucha severidad juzgáis á dos hombres muy nobles, al señor Ordener y á vos, padre mío.

—Y tú decides con mucha ligereza, Ethel. No parece sino que ignoras que la vida es una cosa muy grave.

—¿Es mal hecho, señor, tributar justicia al generoso Ordener?

Schumacker frunció las cejas, y dijo con tono severo:

—Yo no puedo aprobar, hija mía, que consagres toda tu admiración á un desconocido á quien muy probablemente no volverás á ver.

—¡Oh!—dijo Ethel, sobre quien aquellas palabras indiferentes pesaban como una capa de plomo—no lo creáis: es seguro que le volveremos á ver. ¿No ha emprendido por nosotros este via-

je? ¿no va á arrostrar por nosotros tantos peligros?

—Confieso que al principio me dejé alucinar como tú por sus promesas. Pero no; no irá, y así no tendrá que volver.

—Irá, señor, irá.

El tono con que Ethel pronunció estas palabras era casi el de la reconvención, porque se sentía ultrajada en su Ordener. Además, estaba muy segura en su corazón de lo que sostenía.

El prisionero prosiguió con suma indiferencia:

—¡Pues bien; si va á pelear contra ese bandido, si se expone á ese peligro, mayor motivo para que no vuelva: no volverá!

¡Pobre Ethel!... ¡Una palabra pronunciada con indiferencia cuán dolorosamente puede á veces tocar la llaga secreta de un corazón inquieto y desgarrado! Bajó la niña su rostro pálido para ocultar á las frías miradas de su padre las dos lágrimás que á pesar suyo se escapaban de sus hinchados párpados.

—¡Oh padre mío!—murmuró con voz doliente, —mientras estáis hablando así, tal vez ese noble desventurado muere por vos.

El anciano ministro meneó la cabeza en señal de duda.

—Ni lo creo, ni lo deseo; y aun cuando así fuera, ¿cuál sería mi crimen? Haber sido ingrato con ese joven como tantos otros lo han sido conmigo.

Un profundo suspiro fué la única respuesta de Ethel. Schumacker, en tanto, inclinando la cabeza sobre su bufete, continuó rompiendo dis-

traído algunas hojas de las *Vidas de los hombres ilustres* de Plutarco, cuyo volumen, ya lacerado en cien partes y todo lleno de notas, estaba delante de él.

Oyóse un momento después el ruido de la puerta que se abría, y Schumacker, sin volver la cara, pronunció su prohibición habitual:

—¡Que nadie entre! ¡Que me dejen; no quiero ver á nadie!

—Es su excelencia el gobernador—respondió la voz del ujier.

En efecto, un anciano en traje de general, que llevaba pendientes al cuello los collares del Elefante, de Dannebrog y del Toisón de Oro, se adelantó hacia Schumacker, que se levantó cuatro dedos en su silla, repitiendo entre dientes:—¡El gobernador! ¡El gobernador!—Este saludó con respeto á Ethel, que en pie al lado de su padre, le consideraba con inquietud y sobresalto.

Acaso, antes de pasar adelante, no será inútil recordar en pocas palabras los motivos de esta visita del general Levin á Munckholm. Sin duda no ha olvidado el lector las malas noticias que atormentaban al anciano gobernador, en el capítulo XX de esta verdadera historia. Apenas las hubo recibido, ocurriósele al general la necesidad de hacer sufrir á Schumacker un interrogatorio; pero no pudo decidirse á ello sin suma repugnancia. La idea de ir á atormentar á un desgraciado prisionero, presa ya de tantos tormentos y á quien había visto tan poderoso; de escudriñar severamente los secretos del infortunio, aun cuando fuera en efecto culpable, se re-

sistía á su alma noble y generosa. Sin embargo, el servicio del rey lo exigía, y no le permitía su honor salir de Drontheim, sin llevar los nuevos detalles que pudieran resultar del interrogatorio del autor aparente de la insurrección de los mineros. Por fin, en la tarde que debía preceder á su salida, después de una conferencia larga y confidencial con la condesa de Ahlefeld, resignóse el gobernador á ver al cautivo. En su tránsito al castillo, el recuerdo de los intereses del Estado, del partido que podrían sacar sus numerosos enemigos de lo que llamarían su negligencia, y acaso también, de las astutas palabras de la gran cancillera, habían fermentado en su cabeza y fortificádole en su enérgica resolución. Subió, pues, á la torre del León de Slesvig con proyectos de severidad, resuelto á proceder con el conspirador Schumacker como si nunca hubiera conocido al canciller Griffenfeld; á prescindir de todos sus recuerdos y hasta de su propio carácter, y hablar como juez inflexible á aquel colega de favor y de poderío.

Esto no obstante, apenas entró en la habitación del ex canciller, hicieron sobre él una impresión profunda de respeto y de compasión el rostro venerable y tétrico del anciano, y el dulce y algún tanto altivo semblante de Ethel; de modo que el primer aspecto de los dos prisioneros disipó en un punto casi toda la severidad.

Adelantóse hacia el ministro desgraciado, y le alargó involuntariamente la mano, diciendo sin advertir que el otro no correspondía á su atención:

—Salud, conde de Friffenf. Pero volviendo en sí de la sorpresa de una antigua costumbre, añadió precipitadamente:—¡Señor Schumacker! Luego se detuvo, satisfecho y rendido de tamaño esfuerzo. Siguióse una breve pausa, durante la cual buscaba en su cabeza el gobernador palabras que fuesen bastante severas para corresponder dignamente á la dureza de este exordio.

—En fin—dijo Schumacker,—¿vos sois el gobernador de Drontheimus?

El general, no poco sorprendido de verse interrogado por el mismo á quien venía á interrogar, hizo una señal afirmativa.

—En ese caso—respondió el prisionero—tengo que exponeros una queja.

—¡Una queja! Cuál, cuál? Y en el semblante del noble Levin se veía una expresión de interés. Schumacker prosiguió con su acostumbrado mal humor.

—Una orden del virrey prescribe que se me deje libre y solo en esta torre.

—Conozco esa orden.

—¡Señor gobernador!, hay, no obstante, quien se atreve á importunarme y á entrar en mi prisión.

—¿Cómo qué?—exclamó el general.—Decidme quién es el atrevido...

—Vos, señor gobernador.

Estas palabras, pronunciadas en tono altanero, ofendieron al general, quien respondió con voz casi irritada:

—Olvidáis que mi poder, cuando se trata de servir al rey, no conoce límites.

—Excepto—dijo Schumacker—los del respeto debido al infortunio. Pero los hombres no saben estas cosas.

El ex gran canciller decía esto como si hablara consigo mismo; pero le oyó el gobernador.

—¡Así es, así es! Mal hice en decir lo que dije, conde de Griff: señor Schumaker, quise decir; debí dejaros la cólera, pues yo tengo el poder.

Schumacker permaneció en silencio algunos instantes.

—Hay un no sé qué—repuso pensativo—en vuestra fisonomía y en vuestra voz, señor gobernador, que me recuerda á un hombre á quien conocí en otros tiempos. Hace ya muchos años, tanto, que nadie más que yo se acuerda ya de estas cosas; como que era en la época de mi prosperidad. Este tal era un cierto Levin de Knud, de Mecklemburgo. ¿Habéis conocido á ese loco?

—Sí le he conocido—replicó el general sin dar la menor muestra de turbación.

—¡Ah! ¿Conque no le habéis olvidado? Yo creía que nadie se acordaba de los hombres más que en la adversidad.

—¿No era un capitán de la milicia real?—prosiguió el gobernador.

—Sí, un simple capitán, á pesar de que el rey le quería mucho; pero él no pensaba más que en divertirse y no mostraba ambición. Era una cabeza singularmente extravagante la suya. Imposible parece semejante moderación de deseos en un favorito.

—Nada tiene de extraño.

—Yo le apreciaba bastante al bueno de Levin de Knud, porque no me hacía sombra; era amigo del rey, como lo hubiera sido de un cualquiera. Parecía que le amaba por su gusto y no en manera alguna por su provecho.

Quiso el general interrumpir á Schumacker; pero éste prosiguió con cierta tenacidad, ya fuera por espíritu de contradicción, ya porque aquel recuerdo le agradase en efecto.

—Una vez que habéis conocido al capitán Levin, señor gobernador, sin duda sabréis que tuvo un hijo, el cual por más señas murió siendo muy niño. ¿Os acordáis lo que pasó cuando le nació ese hijo?

—Mejor me acuerdo de lo que pasó á su muerte—dijo el general con voz alterada y cubriéndose los ojos con la mano.

—Es un suceso—prosiguió el indiferente Schumacker—que muy pocos conocen y que basta á pintar el carácter extravagante de ese Levin. El rey quiso sacar de pila al recién nacido, y ¿queréis creer que Levin rehusó este favor? Pues no es esto sólo; eligió para padrino de su hijo á un miserable mendigo que pedía limosna en las puertas de palacio. Nunca he podido comprender el motivo de semejante acto de demencia.

—Pues yo voy á decíroslo—respondió el general.—Escogiendo un protector para el alma de su hijo, el capitán Levin pensaba sin duda que un pobre es más poderoso que un rey delante del tribunal de Dios.

Reflexionó Schumacker un breve instante y dijo:

—Tenéis razón.

De nuevo quiso el gobernador que girara la conversación sobre el objeto de su visita, pero Schumacker le detuvo.

—Hacedme el gusto, si es cierto que ese Levin de Mecklemburgo no os es desconocido, de permitirme que hable de él. Entre cuantos hombres he visto en mis tiempos de prosperidad, ése es el único cuya memoria no me inspira ni asco ni horror: si llevaba la singularidad hasta la locura, no por eso dejaba de ser, por sus nobles prendas, caballero como pocos.

—Yo no soy de esa opinión. El tal Levin de Knud nada tenía de particular; muchos hombres hay que valen más que él.

Schumacker cruzó los brazos, y dijo alzando los ojos al cielo:

—Sí, ¡he aquí cómo son todos! No se puede elogiar delante de ellos á un hombre digno de elogio, sin que empiecen al instante á denigrarle: emponzoñan hasta el placer de alabar con justicia... y eso que no se presenta con mucha frecuencia.

—Si me conocierais, no me acusaríais de denigrar al gen...; quiero decir, al capitán Levin.

—Dejadme, dejadme—dijo el prisionero;—en punto á honradez y generosidad nunca ha habido dos hombres como ese Levin de Knud; decir lo contrario es calumniarle y elogiar sin mesura á esa execrable raza humana.

—Os aseguro—repuso el gobernador, procurando calmar la cólera de Schumacker—que no me anima la menor manevolencia contra ese Levin de Knud...

—No digais eso. Aunque era un loco, ya quisieran parecérsele los otros hombres; ellos son falsos, envidiosos, ingratos, calumniadores... ¿Sabéis que Levin de Knud daba á los hospitales más de la mitad de sus rentas?

—Yo ignoraba que lo supierais.

—¡Eso es!—exclamó el anciano con tono de triunfo.—Esperaba poder insultarle á su sabor, fiado en que yo ignoraría las buenas acciones de ese pobre Levin.

—Nada de eso...

—Paréceos que no sé qué hizo dar el regimiento que le destinaba el rey, á un oficial que le hirió en un desafío, porque decía que el otro era más antiguo que él...

—Yo creí, sin embargo, que esa buena acción había permanecido secreta.

—¿Y creéis que por eso sea menos hermosa esa acción, señor gobernador del Drontheimus? Porque Lovin de Knud ocultaba sus virtudes, ¿es una razón acaso para negarlas? ¡Oh! ¡Y qué verdad es que los hombres son siempre los mismos! Atreverse á confundir con ellos al noble Levin, al hombre que, no habiendo podido salvar á un soldado convicto de haber intentado asesinarle, señaló una pensión á la viuda de su asesino.

—¿Y quién no hubiera hecho otro tanto?

No pudo ya contenerse Schumacker al oir esto.

¿Quién? ¡vos! ¡yo! ¡todos los hombres señor gobernador! ¿Porque lleváis el brillante uniforme de general y esas veneras en el pecho, creéis en vuestro mérito? Vois sois general, y el pobre Le-

vin habrá muerto capitán. Verdad es que era un botarate que no pensaba en hacer fortuna.

—Si él no pensaba en ello, la bondad del rey suplía su negligencia.

—¡La bondad! ¡Decid la justicia!... si es que puede decirse la justicia de un rey. ¡Veamos! ¿qué insigne recompensa es ésa que le han dado?

—Su majestad ha recompensado á Levin de Knud más de lo que merecía.

—¡Bien dicho!—exclamó el antiguo ministro dando palmadas.—Un buen capitán acaba, tal vez después de treinta años de servicios, de ser nombrado mayor, y esta alta merced os hace sombra, noble general; bien dice un proverbio persa que el sol que se pone tiene envidia de la luna que sale.

Schumacker estaba tan irritado, que apenas pudo el general hacer oir estas palabras:—Si me interrumpís continuamente..., no me dejáis hablar...

—No, no—prosiguió el otro;—al principio me pareció, señor general, notar algunos puntos de semejanza entre vos y el capitán Levin, pero... ya veo que no existe ninguno.

—Pero escuchad...

—¿Escucharos para que me digáis que Levin de Knud es indigno de alguna miserable recompensa?...

—Os juro que no es esa mi intención...

—Estoy seguro de que vosotros los hombres llegaríais á sostenerme que es como todos vosotros: malo, hipócrita, ingrato...

—No...

—¡Qué sé yo! ¡Que ha vendido á un amigo, perseguido á un bienhechor, como lo habéis hecho todos vosotros... ó envenenado á su padre, ó asesinado á su madre!...

—Estáis equivocado... no es mi intención...

—Sabéis que él fué quien determinó al vicecanciller Wind, como también á Scheel, á Vinding y al justicia Lasson, tres de mis jueces, á no opinar por la pena de muerte, ¿y queréis que con sangre fría os oiga calumniarle? Sí, esta ha sido su conducta conmigo, y sin embargo siempre le hice más daño que bien, porque yo soy como vosotros, vil y malo.

Sentía el noble Levin durante esta extraña conferencia una agitación singular. Objeto juntamente de los ultrajes más directos y de las más sinceras alabanzas, no sabía qué responder á tan ásperos cumplimientos y á tan amables injurias; estaba indignado y enternecido. Unas veces iba á enfurecerse y otras á dar gracias á Schumacker. Presente é incógnito, gustábale ver al sombrío Schumacker defender en él y contra él á un amigo y á un ausente; solamente hubiera deseado que su abogado empleara algo menos de amargura y de acrimonia en su panegírico. Pero en el fondo de su alma los furiosos elogios prodigados el capitán Levin le hacían más impresión que las injurias dirigidas al gobernador de Drontheim. Clavando en el desgraciado favorito su mirada afable, tomó el partido de dejarle exhalar su indignación y su gratitud; hasta que el prisionero, en fin, después de una larga declamación contra la perfidia humana, cayó desplo-

mado en su sillón, entre los brazos de la trémula Ethel, diciendo:—¡Oh hombres! ¿qué os he hecho yo para tener la desgracia de conoceros?

Aún no había podido el general entrar de lleno en el motivo importante de su ida á Munckolm. Despertóse en él toda la repugnancia que le inspiraba la idea de atormentar al cautivo con un interrogatorio; á su compasión y á su enternecimiento se agregaban dos razones bastante poderosas: el estado de agitación en que había caído Schumacker no daba esperanza de que pudiese responder de un modo satisfactorio; y además, mirando de cerca el negocio, no creía el honrado Levin que semejante hombre pudiese ser un conspirador. Sin embargo, ¿cómo había de salir de Drontheim sin hacer algunas preguntas á Schumacker? Esta triste necesidad de su empleo de gobernador, venció por segunda vez todas sus irresoluciones, y así empezó suavizando lo más que pudo el acento de su voz.

—Calmad un poco vuestra agitación, conde Schumacker...

Feliz inspiración tuvo el buen gobernador al hallar esta calificación en que se conciliaba el respeto debido al juicio de degradación, con las atenciones que reclamaba la desgracia del degradado, uniendo su título nobiliario á su nombre plebeyo. Luego prosiguió:

—Es un deber penoso para mí el venir...

—Ante todas cosas—interrumpió el prisionero—permitidme, señor gobernador, que os vuelva á hablar de una cosa que me interesa mucho más que cuanto puede tener que decirme vuecen-

cia. Hace un momento me asegurasteis que ese botarate de Levin había obtenido la recompensa de sus servicios: desearía saber de qué manera.

—Su Majestad, señor de Griffenfeld, ha elevado á Levin al rango de general, y hace ya más de veinte años que ese botarate vive feliz, honrado con esta dignidad militar y con el aprecio de su rey.

Schumacker bajó la cabeza.

—Sí, ese loco de Levin, á quien le importaba muy poco llegar á viejo con el grado de capitán, morirá general, y el juicioso Schumacker, que esperaba morir gran canciller, vive siendo prisionero de estado.

Esto diciendo, cubrió el cautivo su rostro con ambas manos mientras se exhalaban de su pecho largos suspiros. Ethel, que de aquella conversación sólo sacaba en limpio lo que entristecía á su padre, procuró al punto distraerle.

—Ved allá á lo lejos, padre mío, hacia el Norte, aquella luz que brilla y en que no he reparado las noches anteriores.

En efecto; la noche, que ya era del todo entrada, hacía resaltar en el horizonte una luz débil y lejana que parecía salir de la cumbre de alguna remota montaña. Pero la vista y el alma de Schumacker no se dirigían constantemente, como la vista y el alma de Ethel, hacia el Norte, y así es que no respondió palabra. Solo el general hizo alto en la observación de la niña.—Puede que sea—dijo para sí—una hoguera encendida por los rebeldes; y como esta idea le recordara con

energía el objeto de su visita, dirigió la palabra al prisionero.

—Señor Griffenfeld, mucho siento molestaros, pero es preciso que sufráis...

—Os entiendo, señor gobernador; no os basta verme pasar mis días en esta torre, vivir deshonrado y solitario sin tener más que recuerdos amargos de grandeza y de poder; necesitáis aún violar mi soledad para escudriñar mis dolores y gozar de mis infortunios. Pues que ese noble Levin de Knud, que me ha recordado cierta semejanza exterior que tenéis con su persona, es general como vos, gran dicha hubiera sido para mí que se le diera el empleo que ocupáis; porque yo os juro, señor gobernador, que no hubiera sido él capaz de venir á atormentar á un desgraciado en su prisión.

Durante el curso de esta singular conferencia, más de una vez había estado á punto el general de decir su nombre para hacerla cesar; pero esta reconvención indirecta de Schumacker no le permitió hacerlo. Aquellas ideas estaban tan conformes con sus sentimientos interiores, que casi le hicieron avergonzarse de sí mismo; procuró, sin embargo, responder á la terrible suposición de Schumacker. ¡Cosa extraña! Por la diferencia de su carácter, aquellos dos hombres habían cambiado recíprocamente de posición. El juez se encontraba como reducido á justificarse ante el acusado.

—Con todo—dijo el general,—si el deber lo hubiera exigido, no dudéis que Levin de Knud..

—Lo dudo, noble gobernador—exclamó Schu-

macker,—y no dudéis vos tampoco que habría desechado con toda la generosa indignación de su alma el empleo de espiar y aumentar los tormentos de un desgraciado cautivo. El cielo sabe que le conozco mejor que vos: en ningún caso hubiera aceptado la comisión de verdugo. Ahora, señor general, os escucho: haced lo que llamáis vuestro deber. ¿Qué exige de mí vuestra excelencia?

Y el venerable ministro fijaba su mirada altiva sobre el gobernador. Toda la resolución de éste se disipó en aquel momento; sus primeras repugnancias se despertaron en él, por entonces invencibles.

—Tiene razón—dijo entre sí mismo.—¡Venir á atormentar á un desgraciado, fundándose en simples sospechas! ¡Que le den á otro la comisión, á mí no!

El efecto de estas reflexiones fué decisivo; acercóse al atónito Schumacker, y le apretó la mano; luego, saliendo precipitadamente,

—Conde Schumacker—dijo,—conservad siempre el mismo aprecio al general Levin de Knud.

FIN DEL TOMO PRIMERO

BIBLIOTECA DE NOVELAS POPULARES

(Traducciones hechas y corregidas por literatos eminentes; no confundirlas con otras nada recomendables.)

Administración: CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

A. DUMAS.—Los tres mosqueteros, 3 tomos.
A. DUMAS.—Veinte años después, 4 tomos.
A. DUMAS.—El Vizconde de Bragelonne, 6 tomos.
F. SOULIÉ.—Las memorias del diablo, 5 tomos.
VÍCTOR HUGO.—Los miserables, 5 tomos.
A. DELVAU.—Memorias de una buena hija, 1 tomo.
J. HUCHER.—La hermosa Mme. Pajol, 1 tomo.
E. SUÉ.—Los misterios de París, 5 tomos.
P. BRÉTIGNY.—Gabrielita, 1 tomo.
C. AUBERT.—La casamentera, 2 tomos.
VÍCTOR HUGO.—Nuestra Señora de París, 2 tomos.
E. SUÉ.—El judío errante, 4 tomos.
H. BALZAC.—La mujer de 30 años, 1 tomo.
A. BELOT.—El secreto terrible, 1 tomo.
P. FEVAL.—La cosaca, 1 tomo.
E. SOUVESTRE.—El pastor de hombres, 1 tomo.
E. SUÉ.—Los pecados capitales, 9 tomos.
E. ZOLA.—La taberna, 3 tomos.
VÍCTOR HUGO.—Los trabajadores del mar, 2 tomos.
A. DUMAS.—El Conde de Montecristo, 6 tomos.
P. DU TERRAIL.—Los dramas de París, 5 tomos.
P. DU TERRAIL.—Las hazañas de Rocambole, 4 tomos.
P. DU TERRAIL.—La resurrección de Rocambole, 5 tomos.
P. DU TERRAIL.—Última palabra de Rocambole, 7 tomos.
P. DU TERRAIL.—Las miserias de Londres, 5 tomos.
E. SIENKIEVICZ.—La familia Polaniecki, 2 tomos.
E. SOUVESTRE.—El rey del mundo, 3 tomos.
A. DUMAS (hijo).—La dama de las Camelias, 1 tomo.
P. DE KOCK.—Gustavo el calavera, 1 tomo.
P. DE KOCK.—La casta Susana, 1 tomo.
SAINT PIERRE.—Pablo y Virginia, 1 tomo.
E. SUÈ.—Martín el expósito, 5 tomos.
H. BALZAC.—Pequeñas miserias de la vida conyugal, 1 tomo.
F. SOULIÉ.—Las cuatro hermanas, 1 tomo.
VÍCTOR HUGO.—El noventa y tres, 2 tomos.
H. BALZAC.—Juan Luis, 1 tomo.
F. SOULIÉ.—Las cuatro épocas, 3 tomos.
MIE D'AGHONNE.—La esclusa de los cadáveres, 1 tomo.
J. SAND.—El hombre de nieve, 3 tomos.
H. BALZAC.—Los aldeanos, 2 tomos.
VÍCTOR HUGO.—Han de Islandia, 2 tomos.